

Temas de doctrina cristiana II

Segunda parte

Autor: C. H. Mackintosh

Las doctrinas más interesantes, así como el conocimiento más profundo de las Escrituras, pueden dejar el corazón frío y estéril.

Es a Cristo a quien debemos buscar y hallar en la Palabra; y, cuando lo hallamos, debemos alimentarnos de él por la fe. Esto nos dará la frescura, la unción y el poder de vida que tanto necesitamos en estos días de frío formalismo. ¿Qué valor tiene una ortodoxia fría sin un Cristo vivo, conocido en todo su poder y en toda la excelencia de su Persona? La sana doctrina es, sin duda, de inmensa importancia; y todo fiel siervo de Cristo se sentirá imperiosamente llamado a retener “la forma de las sanas palabras” (2 Timoteo 1:13). Pero, después de todo, un Cristo vivo es el alma y la vida, la esencia y la sustancia de la sana doctrina.

Aviso legal / Derechos:

© Ediciones Bíblicas – 1166 Perroy (Suiza/Switzerland)

Índice

| | |
|---|----|
| Introducción | 5 |
| Los dos “es necesario” de Juan 3 | 6 |
| La doctrina de la elección fuera de su lugar - “Límites” y “tropiezos” | 8 |
| La santificación - ¿Qué es? | 14 |
| Introducción | 14 |
| Qué es la santificación | 17 |
| El resultado práctico en el creyente | 19 |
| Cómo se efectúa la santificación | 24 |
| Castigo eterno vs. universalismo y aniquilacionismo | 27 |
| El castigo eterno..... | 30 |
| Significado invariable de la palabra “eterno” en el Nuevo Testamento | 30 |
| Conclusiones de estas Escrituras | 31 |
| Su relación con la inmortalidad del alma | 32 |
| Su relación con la naturaleza infinita de la expiación hecha por Cristo..... | 32 |
| Pecado temporal vs. castigo eterno..... | 33 |
| La falacia de que el castigo eterno es incompatible con el amor de Dios..... | 33 |
| ¡Conviértase!..... | 34 |
| Votos de confirmación..... | 36 |
| Saulo de tarso..... | 45 |
| El primero de los pecadores | 45 |
| El propósito de Dios respecto a Pablo | 46 |
| El primero de los legalistas | 46 |
| El más laborioso de los apóstoles | 48 |
| La perseverancia final - La seguridad eterna del creyente..... | 50 |
| La doctrina de la perseverancia final o la seguridad eterna del creyente..... | 50 |
| Respuestas breves y puntuales a preguntas planteadas..... | 53 |
| Explicación de pasajes generalmente aducidos por aquellos que procuran destruir la doctrina de la perseverancia final..... | 56 |
| 1. 2 Pedro 2:1..... | 59 |
| 2. 2 Pedro 2:20-22 | 59 |
| 3. Ezequiel 18:24-26..... | 60 |
| 4. Mateo 12:45..... | 61 |
| 5. 2 Juan 8-9..... | 61 |
| 6. Apocalipsis 3:11..... | 62 |
| El sábado, la ley y el ministerio cristiano..... | 63 |

| | |
|--|------------|
| El sábado | 63 |
| La ley | 66 |
| El ministerio cristiano | 70 |
| Breve exposición de verdades esenciales y conclusión | 76 |
| Las obras de la fe - frutos de la vida divina..... | 78 |
| El cristiano - su posición y su obra..... | 82 |
| Parte 1 | 82 |
| Parte 2..... | 88 |
| Parte 3..... | 95 |
| La perfección del creyente..... | 101 |
| La perfección en cuanto a la conciencia | 101 |
| La perfección del objeto del corazón del cristiano | 104 |
| La perfección en el andar..... | 108 |
| La perfección en el carácter de nuestro servicio | 110 |
| El ministerio de la reconciliación..... | 113 |
| La certeza cristiana y su fundamento | 113 |
| El creyente gime junto con la creación..... | 117 |
| El nuevo hombre es hechura de Dios | 122 |
| Los dos Adanes..... | 125 |
| Por la fe nos apropiamos de nuestra posición en Cristo | 127 |
| El tribunal de Cristo | 129 |
| Cada uno juzgado según sus obras..... | 132 |
| La incertidumbre de algunos creyentes..... | 133 |
| El ministerio de la reconciliación | 141 |
| 1. El fundamento del ministerio de la reconciliación..... | 141 |
| 2. Los objetos del ministerio de la reconciliación..... | 147 |
| 3. Los rasgos que caracterizan este ministerio..... | 147 |

Introducción

Las doctrinas más interesantes, así como el conocimiento más profundo de las Escrituras, pueden dejar el corazón frío y estéril. Es a Cristo a quien debemos buscar y hallar en la Palabra; y, cuando lo hallamos, debemos alimentarnos de él por la fe. Esto nos dará la frescura, la unción y el poder de vida que tanto necesitamos en estos días de frío formalismo. ¿Qué valor tiene una ortodoxia fría sin un Cristo vivo, conocido en todo su poder y en toda la excelencia de su Persona? La sana doctrina es, sin duda, de inmensa importancia; y todo fiel siervo de Cristo se sentirá imperiosamente llamado a retener “la forma de las sanas palabras” (2 Timoteo 1:13). Pero, después de todo, un Cristo vivo es el alma y la vida, la esencia y la sustancia de la sana doctrina.

Los dos “es necesario” de Juan 3

El Señor, durante su conversación con Nicodemo, emplea dos veces la expresión “es necesario”. Me refiero a los versículos 7 y 14 del capítulo 3 de Juan. Esta expresión, en ambos casos, es de una profundidad inmensa y de gran poder moral. Considerémosla atentamente, porque, aunque en el original es una palabra de apenas una sola sílaba, contiene todo un volumen de las verdades evangélicas más preciosas, desde cualquier punto de vista que se mire.

1. Primeramente, leemos: “No te maravilles de que te dije: Os *es necesario* nacer de nuevo” (Juan 3:7). Aquí tenemos la anulación completa del hombre en su mejor condición. Si es necesario que nazca de nuevo, que tenga una nueva vida, una nueva naturaleza, entonces no importa en lo más mínimo de qué pueda jactarme o no. Todo hombre, nacido de mujer, entra en este mundo con la imagen de su padre caído impresa sobre él. El hombre, tal como vino de la mano de su Creador, fue hecho “a imagen de Dios” (Génesis 1:27). Pero, desde el vientre materno, lleva la imagen y semejanza de una criatura caída (véase Génesis 5:3). De ahí la fuerza de la expresión de nuestro Señor: “Os *es necesario* nacer de nuevo”. No dice: es necesario una reforma, tratar de ser mejor, cambiar de modo de vida, comenzar una nueva página. Si hubiera sido así, Nicodemo nunca habría preguntado: “¿Cómo puede hacerse esto?” (v. 9). Un hombre de los fariseos habría entendido cualquiera de estas cosas. Un cambio de conducta, un cambio de carácter, cualquier reforma moral, cualquier mejoramiento personal, era absolutamente comprensible para un fariseo en todo tiempo; pero si se dice “os *es necesario* nacer de nuevo”, solo lo puede entender alguien que ha acabado consigo mismo y con sus obras; que ha sido llevado a ver que en él, esto es, en su carne, “no mora el bien” (Romanos 7:18); que se ve en completa bancarrota espiritual sin recurso alguno para poder pagar sus deudas, que nunca más podrá restablecerse por su propia cuenta. Le es necesario tener una nueva vida en la cual la declaración de quiebra no tiene validez, y gozarse en las riquezas de otro, al cual los acreedores no tienen derecho a reclamar.

Esta lacónica expresión “*es necesario*”, tiene un poder inmenso y afecta a todos por igual. Se dirige al borracho y le dice “*es necesario* nacer de nuevo”. Se dirige al abstemio más recalcitrante y le dice “*es necesario* nacer de nuevo”. Se dirige a todo tipo de personas, cualquiera sea su clase, condición o carácter, al hombre en cualquier posición social o ambiente en que se encuentre, a todo credo y a toda denominación, y le dice: “*Es necesario* nacer de nuevo”. Esto pesa muchísimo más sobre la conciencia que cualquier exhortación que pudiera hacerse fundada en la conducta moral. No interfiere en lo más mínimo en la cuestión de la reforma moral, en ninguna de sus diversas etapas. Concede un margen tan amplio como el filántropo o el reformador moral puedan

desear. No altera las diversas distinciones que la sociedad, la opinión pública, la ley o la equidad han establecido. No afecta en absoluto ninguna de estas cosas, pero alza su clara e imperiosa voz sobre ellas, y dice al pecador –al hombre nacido de mujer–, al peor y al mejor de los hombres: “*Es necesario* nacer de nuevo”. No requiere una reforma, sino un nuevo nacimiento; tampoco una mejora, sino una nueva vida.

2. Entonces, ¿qué debemos hacer? ¿Adónde hemos de volver nuestros ojos? ¿Cómo hemos de obtener esta nueva vida? La segunda vez que nuestro Señor afirma “es necesario” nos proporciona la respuesta:

“ Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así *es necesario* que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él *cree*, no se pierda, mas tenga vida eterna (Juan 3:14-15).

Esto lo aclara todo. Un segundo Hombre ha entrado en la escena. Hay dos *hombres* y dos “es necesario”. En cuanto al primer hombre, es necesario que nazca de nuevo, y en cuanto al segundo Hombre, es necesario que sea levantado. En una palabra, la cruz es la gran solución de la dificultad, la respuesta divina al “¿cómo?”. ¿Estoy completamente abatido por el primer “es necesario”? ¿Me veo abrumado por la insuperable dificultad que me plantea? ¿Estoy al borde de la desesperación al ver la aparente imposibilidad de lo que, sin embargo, “es necesario”? ¡Oh, con qué poder el segundo “es necesario” retumba en mi corazón! “Es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado”. ¿Por qué? Porque es necesario que yo tenga vida nueva, y esta vida está en el Hijo, y solo puede ser mía por Su muerte. La muerte del segundo Hombre es el único fundamento de vida para el primero: de vida para *mí*. Una sola mirada a Cristo, levantado para mí, es la vida eterna. El alma que simplemente cree en el Hijo de Dios, que ha muerto y resucitado, es nacida “de agua y del Espíritu”; “tiene vida eterna”; “ha pasado de muerte a vida” (Juan 5:24), de la vieja creación a la nueva, del primer hombre al Segundo, de la culpa a la justicia, de la condenación al favor, de las tinieblas a la luz, de Satanás a Dios. ¡Quiera Dios el Espíritu revelar al corazón del lector la belleza y el poder, la profundidad, amplitud y gloria moral de los dos “es necesario”!

“Nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo, el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador, para que justificados por su gracia, viniésemos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna” (Tito 3:5-7).

La doctrina de la elección fuera de su lugar - “Límites” y “tropiezos”

“ No reducirás los límites de la propiedad de tu prójimo, que fijaron los antiguos
(Deuteronomio 19:14).

“ Quitad los tropiezos del camino de mi pueblo
(Isaías 57:14).

¡Qué tiernos afectos y cuidados podemos ver en estos pasajes! Los límites que fijaron los antiguos no debían ser removidos; pero los tropiezos debían ser quitados. La heredad del pueblo de Dios debía conservarse íntegra, sin sufrir modificación alguna, mientras que los tropiezos debían ser diligentemente removidos de su camino. Tal era la gracia y el cuidado que Dios tenía para con su pueblo. Cada cual debía disfrutar la porción que Dios le había dado, al mismo tiempo que debía mantener libre de toda ocasión de tropiezo el camino en que era llamado a andar.

Ahora bien, a juzgar por las comunicaciones recientes, creemos que debemos prestar atención al espíritu de esos antiguos preceptos. Algunos de nuestros lectores nos han escrito confesándonos abiertamente sus dudas y temores, sus dificultades y peligros, sus conflictos y ejercicios espirituales; y es nuestro sincero deseo ser instrumentos en las manos de Dios para ayudarles a determinar los límites que él, por su Espíritu, ha fijado, y remover así los tropiezos que el enemigo pone diligentemente en su camino.

Podemos advertir, en algunos de los casos que hemos estado considerando, que el enemigo ha estado usando manifiestamente como tropiezo la doctrina de la elección *sacándola de su debido lugar*. La doctrina de la elección, en su correcto lugar, en vez de ser un tropiezo en la senda de buscadores angustiados, vendrá más bien a ser un límite establecido por los antiguos, incluso por los mismos apóstoles inspirados de nuestro Señor Jesucristo, en la heredad del Israel espiritual de Dios.

Pero todos sabemos que una verdad *sacada de su lugar*, es más peligrosa que un error manifiesto. Si un hombre se levantara a decir temerariamente que la doctrina de la elección es falsa, deberíamos rechazar sin titubeos sus palabras; pero tal vez no estemos tan bien preparados para hacer frente a otro que, aun cuando admita que tal doctrina es verdadera e importante, la saca del lugar que Dios le asignó. Esto último es lo que constantemente se ha hecho, para perjuicio de la verdad de Dios y oscurecimiento de las almas de los hombres.

¿Cuál es, pues, el verdadero lugar de la doctrina de la elección? Su verdadero lugar, el que Dios le asignó, es para los de casa, para la consolidación de los verdaderos *creyentes*. En lugar de esto, el enemigo la pone *fuera* de la casa, para servir de tropiezo a los *buscadores* angustiados. Oigamos las siguientes palabras pronunciadas por un alma profundamente ejercitada: «Si tan solo supiera que soy uno de los elegidos, sería del todo feliz, porque entonces podría obtener con plena confianza los beneficios de la muerte de Cristo».

Estas, sin duda, serían las palabras de muchos si solo fuesen a expresar sus propios sentimientos. Están haciendo un mal uso de la doctrina de la elección, la cual es una doctrina bienaventuradamente cierta en sí misma –un muy valioso “límite”–, pero que el enemigo ha convertido en un “tropiezo”. Para el buscador angustiado es sumamente necesario que tenga en cuenta que los beneficios de la muerte de Cristo le pueden ser aplicados, no por ser «uno de los elegidos», sino por ser *un pecador perdido*.

El punto de vista correcto desde el cual se obtiene una perspectiva salvadora de la muerte de Cristo, no es la elección, *sino la conciencia de nuestra ruina*. Gracia inefable es esta, porque yo sé que soy un pecador perdido; pero *no sé* que soy uno de los escogidos hasta no haber recibido, mediante el testimonio y la enseñanza del Espíritu, las buenas nuevas de salvación por la sangre del Cordero. La salvación –gratuita como la luz del sol, plena como el océano, permanente como el trono del Dios eterno–, me es *predicada no* como a uno de los elegidos, sino como a un pecador *completamente perdido*, culpable y arruinado; y cuando he recibido esta salvación, hay una prueba concluyente de mi elección.

“Porque conocemos, hermanos amados de Dios, vuestra elección; pues nuestro evangelio no llegó a vosotros en palabras solamente, sino también en poder, en el Espíritu Santo y en plena certidumbre (1 Tesalonicenses 1:4-5).

La elección no es mi certificado para aceptar la salvación; sino que la recepción de la salvación constituye la prueba de mi elección. Pues ¿cómo puede saber un pecador que es uno de los elegidos? ¿Dónde lo averiguará? Para ser una cuestión de fe, tiene que haber una revelación divina. Pero ¿dónde se halla revelado? ¿Dónde consta que el conocimiento de la elección sea un requisito previo indispensable, una noción esencial, para aceptar la salvación? En ningún lugar de la Palabra de Dios. Mi único derecho a la salvación es que soy un pobre pecador culpable merece-

dor del infierno. Si espero cualquier otro título, solo estaré removiendo un muy valioso límite de su propio lugar, y poniéndolo como tropiezo en mi camino. Esto, por decir lo menos, es muy imprudente.

Pero, más que imprudente, es una positiva oposición a la Palabra de Dios; no solo a las citas que aparecen al principio de este artículo, sino al espíritu y a la enseñanza de todas las Escrituras. Oigamos la comisión que el Salvador resucitado encomendó a sus primeros heraldos: “Y les dijo: Id por *todo* el mundo y predicad el evangelio a *toda* criatura” (Marcos 16:15). ¿Hay acaso en estas palabras un solo indicio sobre el cual basar una cuestión acerca de la elección? ¿Acaso alguno de los que se les predica este glorioso evangelio, es llamado a resolver de antemano la cuestión de su elección? Seguramente que no.

“Todo el mundo” y “toda criatura” son expresiones que descartan cualquier dificultad, y vuelven la salvación tan gratuita como el aire, y tan vasta como la familia humana. No se dice: «Id a una determinada parte del mundo, y predicad el evangelio a cierto número de personas». No; esto no estaría en armonía con esa gracia que debiera ser proclamada al mundo en toda su extensión. La ley, cuando fue dada, se dirigió a un cierto número de personas y se circunscribió a un determinado grupo. Pero cuando el Evangelio debía ser proclamado, su ámbito había de ser “todo el mundo”, y su objeto “toda criatura”.

De nuevo, oigamos lo que el Espíritu Santo dice mediante el apóstol Pablo: “Palabra fiel y digna de ser recibida por *todos*: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los *pecadores*, de los cuales yo soy el primero” (1 Timoteo 1:15). ¿Hay espacio aquí para plantear interrogantes en cuanto al título de uno para la salvación? En absoluto. Si Cristo Jesús vino al mundo a salvar pecadores, y si soy un pecador, entonces tengo el derecho de aplicar a mi propia alma los beneficios de su precioso sacrificio. Quedaría excluido de esos beneficios si debiese ser otra cosa que un pecador. Si en alguna parte de las Escrituras se declarase que Cristo Jesús vino a salvar únicamente a los elegidos, entonces es claro que, de alguna manera, debería demostrar que pertenezco a ese número de elegidos para poder apropiarme de los beneficios de la muerte de Cristo. Pero, gracias a Dios, no hay nada de esto, absolutamente nada que se le parezca, en todo el esquema del Evangelio.

“El Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había *perdido*” (Lucas 19:10). Y ¿no es eso lo que precisamente soy? Por cierto que sí. ¿Y acaso no debo contemplar la muerte de Cristo desde mi condición de pecador perdido? Sin duda que sí. ¿No puedo acaso, mientras contemplo ese precioso misterio bajo ese carácter, adoptar el lenguaje de la fe, y decir:

El cual me amó y se entregó a sí mismo por *mí*
(Gálatas 2:20)?



Sí, un amor tan incondicional y sin reservas como si yo fuese el único pecador sobre la faz de la tierra.

Nada puede ser más reconfortante y tranquilizador para el espíritu de un buscador angustiado, que señalar la manera en que la salvación ha sido llevada a él en la condición en que se halla, y en la posición que ocupa. No hay un solo tropiezo a lo largo de toda la senda que conduce a la gloriosa herencia de los santos, herencia establecida por límites que ni los hombres ni los demonios pueden jamás remover.

El Dios de toda gracia no dejó nada pendiente, nada incompleto, sino que ha provisto todo lo necesario para dar reposo, seguridad y perfecta satisfacción al alma. Él expuso la condición y el carácter de aquellos por quienes Cristo murió, en términos tales que no hay lugar para la duda ni la objeción. Escuchemos estas sobresalientes palabras: “Porque Cristo, cuando aún éramos *débiles*, a su tiempo murió *por los impíos*”. “Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que *siendo aún pecadores*, Cristo murió por nosotros”. “Porque si *siendo enemigos*, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo” (Romanos 5:6, 8, 10).

¿Puede haber algo más claro o más contundente que estos pasajes? ¿Acaso se emplea un solo término que pudiese suscitar alguna duda en el corazón de un pecador en cuanto a su pleno e indisputable derecho a los beneficios de la muerte de Cristo? ¡No, ninguno! ¿Soy “impío”? Por ellos Cristo murió. ¿Soy “pecador”? A los tales Dios muestra su amor. ¿Soy “enemigo”? A ellos Dios reconcilia por la muerte de su Hijo.

Todo así resulta tan claro como la luz del sol; y en cuanto al tropiezo teológico causado por sacar de su lugar la doctrina de la elección, es completamente eliminado. Como pecador obtengo los beneficios de la muerte de Cristo. Como alguien totalmente perdido obtengo una salvación gratuita y permanente. Todo lo que necesito para aplicarme a mí mismo el valor de la sangre de Jesús, es reconocerme como *pecador* culpable. No me ayudaría en lo más mínimo en este asunto que me digan que soy uno de los elegidos, porque Dios no se dirige a mí bajo este carácter en el Evangelio, sino bajo un carácter totalmente distinto: como un pecador *perdido*.

Pero entonces, algunos pueden sentirse dispuestos a preguntar: «¿Quiere usted descartar la doctrina de la elección?». ¡Dios no lo permita! Solo queremos verla en su correcto lugar: como un límite, no como un tropiezo. Creemos que el evangelista no tiene por qué *predicar* la elección. Pablo nunca predicó la elección. *Enseñó* la elección, pero predicó a Cristo. Esto hace la diferencia. Creemos que nadie que de alguna manera se vea obstaculizado por la doctrina de la elección sacada de su lugar, puede ser un verdadero evangelista. Hemos visto severos daños causados a dos clases de personas por predicar la elección en lugar de predicar a Cristo: los pecadores negligentes se hacen más negligentes todavía, mientras que las almas angustiadas han visto su angustia agudizada.

Seguramente estos son tristes resultados, y deberían bastar para despertar muy serios pensamientos en las mentes de todos aquellos que desean ser predicadores exitosos de esa salvación gratuita y plena que resplandece en el evangelio de Cristo, y que deja a todo el que oye sin la menor excusa. La principal tarea del evangelista es presentar, en su predicación, el perfecto amor de Dios, la eficacia de la sangre de Cristo y el fiel registro inspirado del Espíritu Santo: La Palabra escrita. Su espíritu debiera estar enteramente libre de toda traba, y su evangelio tan claro como un horizonte sin nubes. Debería predicar una salvación actual, gratuita para todos y firme como las columnas que sostienen el trono de Dios. El Evangelio es la revelación del corazón de Dios, tal como se expresa en la muerte de su Hijo, y como está escrito por acción del Espíritu Santo.

Si se atendiera a esto con más cuidado, habría más poder para responder a las tan reiteradas objeciones esgrimidas por los negligentes, así como para calmar las profundas angustias de las almas ejercitadas y cargadas. Los primeros no tendrían ningún motivo justo de objeción; los últimos, ninguna razón para temer. Cuando las personas rechazan el Evangelio a causa de los eternos decretos de Dios, rechazan lo que está *revelado* y se apoyan en lo que está *oculto*. ¿Qué pueden ellos saber acerca de los eternos decretos de Dios? Simplemente nada. ¿Cómo puede entonces lo que es secreto alegarse como razón para rechazar lo que está revelado? ¿Por qué rechazar lo que *puede* conocerse, apoyándose en lo que *no se puede*? Es evidente que los hombres no actúan de ese modo cuando desean creer un asunto. Si una persona está dispuesta a creer algo, no la encontraremos buscando ansiosamente argumentos de objeción. Pero, lamentablemente, los hombres no quieren creer a Dios. Ellos rechazan Su precioso testimonio que es tan claro como el radiante sol del mediodía, y aducen como pretexto para ello los divinos decretos que están envueltos en impenetrables tinieblas. ¡Cuánta insensatez, ceguera y culpabilidad!

En cuanto a las almas angustiadas que se atormentan a sí mismas con preguntas acerca de la elección, queremos mostrarles que no es conforme al pensamiento de Dios que presenten semejante dificultad. Dios se dirige a ellas en la condición exacta en que las ve y en la que se pueden ver a sí mismas. Se dirige a ellas como *pecadoras*, y eso es exactamente lo que son. *Ninguna otra cosa hay para cualquier pecador sino salvación, desde el momento en que él ocupa su verdadero lugar de pecador.* Esto es suficientemente sencillo para cualquier alma sencilla. Plantear interrogantes sobre la elección, no es sino pura incredulidad. Es, para ponerlo de otra forma, rechazar lo que está revelado, apoyándose en lo que está oculto; es rehusar lo que *puedo* conocer, basándome en lo que *no puedo* conocer.

Dios se ha revelado en la faz de Jesucristo, a fin de que le conozcamos y confiemos en él. Además, él ha hecho plena provisión por la expiación de la cruz para todas nuestras necesidades y todas nuestras culpas. De ahí que, en vez de aturdirme con la pregunta: «¿Seré uno de los elegidos?», tengo el bendito privilegio de descansar en el perfecto amor de Dios, en la plena suficiencia de Cristo y en el testimonio fiel del Espíritu Santo.

Debemos terminar este artículo, aunque existen otros tropiezos que quisiéramos ver removidos de la senda de los hijos de Dios, así como otros tantos límites que lamentablemente se han perdido de vista.

La santificación - ¿Qué es?

Introducción

Procurar paz y consuelo a aquellos que, aunque verdaderamente convertidos, no han echado mano de un Cristo completo, y que, en consecuencia, no gozan de la libertad del Evangelio, es el objeto que nos proponemos al considerar el importante y profundamente interesante tema de la santificación.

Creemos que un número importante de aquellos de quienes buscamos la prosperidad espiritual, sufren considerablemente a razón de ideas defectuosas o erróneas sobre esta cuestión vital. En algunos casos, la doctrina de la santificación es tan enteramente mal comprendida que la verdad de la perfecta justificación del creyente delante de Dios se ve seriamente comprometida.

Por ejemplo, a menudo oímos a algunas personas hablar de la santificación como de una obra progresiva, en virtud de la cual nuestra vieja naturaleza se tiene que ir mejorando gradualmente; y también hemos oído expresar la opinión de que, hasta que este proceso no alcance su punto culminante —es decir, hasta que la caída y corrupta naturaleza humana no haya sido santificada por completo—, no estamos en condiciones de entrar en el cielo.

Ahora bien, por lo que respecta a esta creencia, solo diremos que la Escritura, al igual que la auténtica experiencia de todos los creyentes, es enteramente contraria a la misma. La Palabra de Dios no nos dice ni una sola vez que el Espíritu Santo tenga por objeto la mejoría, ya de forma gradual, ya de cualquier otra forma, de nuestra vieja naturaleza, naturaleza que, al nacer, heredamos del caído Adán. El inspirado apóstol declara expresamente que

“ el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente (1 Corintios 2:14).

Este solo pasaje es claro y concluyente sobre este punto. Si “el hombre natural” es incapaz de “percibir” y de “conocer las cosas del Espíritu de Dios”, ¿cómo este “hombre natural” podría ser santificado por el Espíritu Santo? ¿No es evidente que hablar de la santificación de nuestra naturaleza es ir en contra de la directa enseñanza de 1 Corintios 2:14?

Podríamos citar otros pasajes para demostrar que el objeto de las operaciones del Espíritu, no es el de mejorar o santificar la carne, pero no es menester multiplicar las citas. Una cosa enteramente arruinada, jamás puede ser santificada. Hagamos lo que queramos con ella, está arruinada; y el Espíritu Santo, con toda seguridad, no descendió para santificar una ruina, sino para conducir al pecador arruinado a Jesús. En lugar de cualquier intento por santificar la carne, oímos que “el deseo de la carne es contra el Espíritu y el del Espíritu es contra la carne; y estos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisieréis” (Gálatas 5:17). ¿Podríamos suponer al Espíritu Santo haciendo la guerra contra aquello que debería estar gradualmente mejorando y perfeccionando? Por otra parte, ¿no cesaría el combate tan pronto como el proceso de mejoramiento hubiese alcanzado su apogeo? Pero ¿acaso vemos que el combate del creyente cese alguna vez entretanto esté en el cuerpo?

Esto nos conduce a la segunda objeción contra la errónea teoría de la santificación progresiva de nuestra naturaleza, esto es, la que se deriva de la auténtica experiencia de todos los creyentes. Lector, ¿es usted un verdadero creyente? Si es así, yo le preguntaría si alguna vez ha obtenido alguna mejora de su vieja naturaleza. ¿Es ella una pizca mejor ahora que al comienzo de su carrera cristiana? El creyente, por la gracia, sí puede –o debería– subyugarla más plenamente; pero esta naturaleza no es de ningún modo mejorada. Si no la hace morir, ella estará tan dispuesta como siempre a aflorar y a manifestarse en toda su vileza. “La carne” en un creyente, no es nada mejor que “la carne” en un incrédulo. Si se pierde de vista esta verdad, es difícil calcular adónde se podrá llegar. Si el creyente olvida que el *yo* debe ser juzgado, pronto aprenderá, mediante una amarga experiencia, que su vieja naturaleza es tan malvada como siempre, y que siempre será exactamente la misma hasta el fin.

Es difícil concebir cómo aquel que es llevado a esperar una mejora gradual de su naturaleza, puede gozar de un instante de paz; pues si tan solo se considerase a sí mismo a la luz de la santa Palabra de Dios, no puede sino ver que su vieja naturaleza –la carne– es exactamente la misma que cuando andaba en las tinieblas morales de su estado de inconversión. Es cierto que su condición y su carácter han sufrido un gran cambio a raíz de la posesión de una nueva naturaleza –una “naturaleza divina” (2 Pedro 1:4)– y a causa de la morada del Espíritu Santo en él para hacer efectivos los deseos de aquella. Pero no bien la vieja naturaleza actúa, encuentra que es tan contraria a Dios como siempre.

No dudamos de que la tristeza y el desaliento, de los que muchos cristianos se quejan, tienen su origen, en gran parte, en una concepción errónea de este punto importante de la santificación. Ellos buscan lo que jamás podrán encontrar. Buscan un fundamento de paz en una naturaleza santificada, en vez de hacerlo en un sacrificio perfecto; en una obra progresiva de santificación, en vez de buscarlo en una obra cumplida de expiación. En su opinión, es presuntuoso creer que sus pecados son perdonados entretanto su vieja naturaleza no sea completamente santificada; y al ver que ese objetivo no es alcanzado, no tienen una positiva seguridad de perdón, y son, pues, miserables. En una palabra, ellos buscan “un fundamento” totalmente diferente de aquel que el Señor dijo haber establecido, y, por consecuencia, no tienen absolutamente ninguna certidumbre. Lo único que parece ofrecerles un rayo de consuelo, es el éxito *aparente* de algún esfuerzo en su lucha por obtener una santidad personal. Si han tenido un día tranquilo, si son favorecidos por un tiempo de dulce comunión, si se hallan en una disposición de calma y de devoción, están prestos a exclamar: “No seré jamás conmovido, porque tú, Jehová, con tu favor me afirmaste como monte fuerte” (Salmo 30).

Pero, ¡ay! estas cosas proveen un pobre fundamento para la paz del alma. Ellas no son Cristo; y hasta tanto no veamos que nuestra posición delante de Dios es *en Cristo*, no tendremos una paz asegurada. Sin duda, el alma que realmente ha echado mano de Cristo, aspira a la santidad; pero si ha comprendido lo que Cristo es para ella, habrá acabado con todo pensamiento acerca de una naturaleza santificada. Ella ha hallado en Cristo su todo, y el deseo primordial de su corazón, es crecer a Su semejanza. Esta es la verdadera santificación *práctica*.

A menudo sucede que ciertas personas, al hablar de la santificación, tienen pensamientos rectos acerca de ella, aun cuando no se expresen según la enseñanza de la Escritura. Y hay muchos también que ven un solo lado de la verdad referente al tema de la santificación, pero no el otro; y aunque nos pese ofender a alguien por una palabra, es sin embargo siempre muy importante, al hablar de cualquier punto de la verdad, y particularmente de un punto tan vital como el de la santificación, hablar conforme a la divina integridad de la Palabra. Procederemos, pues, a citar, para nuestros lectores, algunos de los principales pasajes del Nuevo Testamento que desarrollan esta doctrina. Estos pasajes nos enseñarán dos cosas, a saber:

Primero: Qué es la santificación

Segundo: Cómo se efectúa la santificación

Qué es la santificación

El primer pasaje sobre el cual llamaremos vuestra atención es 1 Corintios 1:30: “Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, *santificación* y redención”. Aquí aprendemos que Cristo “nos ha sido hecho” estas cuatro cosas. Dios nos ha dado en Cristo un cofrecito precioso, y cuando lo abrimos con la llave de la fe, la primera joya que brilla ante nuestros ojos es la “sabiduría”; la segunda, la “justicia”; la tercera, la “santificación”; y la cuarta, la “redención”. Todas estas cosas las tenemos en Cristo. De la misma manera que tenemos una, tenemos todas. Y ¿cómo obtenemos todas estas cosas? Por la fe. Pero ¿por qué el apóstol menciona la redención a lo último? Porque ella comprende la liberación final del cuerpo del creyente, del poder de la mortalidad, cuando la voz del arcángel y la trompeta de Dios lo levantará de la tumba, o lo transformará, en un abrir y cerrar de ojos. ¿Acaso este acto será progresivo? Claro que no. Tendrá lugar “en un abrir y cerrar de ojos”. Ahora el cuerpo se encuentra en un determinado estado, y “en un momento” estará en otro. En el brevísimo lapso de tiempo, expresado por el rápido movimiento del párpado, el cuerpo pasará de la corrupción a la incorrupción, de la deshonra a la gloria, de la debilidad a la fuerza. ¡Qué cambio! Será inmediato, completo, eterno y divino.

Pero ¿qué tenemos que aprender del hecho de que la “santificación” se halle agrupada con la “redención”? Aprendemos que lo que la redención *será* para el cuerpo luego, la santificación lo *es* para el alma ahora. En una palabra, la santificación, según el sentido en el cual es empleado aquí el término, es una obra inmediata, completa, eterna y divina. La una no es más progresiva que la otra. La una es tan inmediata como la otra. La una es tan completa e independiente del hombre como la otra. No hay duda de que cuando el cuerpo haya sufrido este glorioso cambio, habrá alturas de gloria para recorrer, profundidades de gloria para penetrar y vastos campos de gloria para explorar. Todas estas cosas nos ocuparán durante la eternidad. Pero la obra que nos hará aptos para gozar de semejantes escenas será cumplida en un momento. Así es en cuanto a la santificación: los resultados *prácticos* de la misma deberán desarrollarse continuamente; pero el hecho mismo, tal como es mencionado en este pasaje, es llevado a cabo en un santiamén.

¡Qué inmenso alivio sería para miles de almas fervorosas, que están en la ansiedad y el combate, si pudieran verdaderamente echar mano de Cristo como su santificación! ¡Cuántos cristianos se esfuerzan inútilmente por lograr una santificación propia! Ellos vinieron a Cristo para la justicia, después de haber hecho muchos esfuerzos inútiles para obtener una justicia propia. Y ahora buscan la santificación de una manera totalmente diferente. Han obtenido “la justicia sin las

obras”, y se imaginan que deben obtener la santificación por las obras. Han obtenido la justicia por la fe, y se imaginan que deben arribar a la santificación por propios esfuerzos. Es así como pierden su paz. No ven que obtenemos la santificación precisamente de la misma manera que obtenemos la justicia, puesto que Cristo “nos ha sido hecho” tanto lo uno como lo otro.

¿Acaso obtenemos a Cristo por nuestros esfuerzos? No, sino por la fe. “Al que no obra”, dice la Escritura (Romanos 4:5). Esto se aplica a todo lo que obtenemos en Cristo. No estamos autorizados por ningún concepto a distinguir de 1 Corintios 1:30 “la santificación”, para ponerla sobre otra base totalmente diferente de todas las otras bendiciones que despliega este pasaje. No tenemos ni sabiduría, ni justicia, ni santificación, ni redención en nosotros mismos; ni podríamos procurarlas por mucho que podamos hacer; pero Dios ha hecho que Cristo sea todo esto para nosotros. Al darnos a Cristo, nos ha dado todo lo que está en Cristo. La plenitud de Cristo es para nosotros, y Cristo es la plenitud de Dios.

Además, en Hechos 26:18 se habla de los gentiles convertidos “para que reciban remisión de pecados, y herencia entre los que *son* santificados mediante la fe” (V. M.). Aquí, la fe es el instrumento por el cual se dice que somos santificados, porque ella nos pone en relación con Cristo. Tan pronto como el pecador cree en el Señor Jesús, queda ligado a él. Es hecho uno con Cristo, completo en él y acepto en él. Esta es la verdadera santificación y la verdadera justificación. No es un proceso; no es una obra gradual ni progresiva. La Palabra es muy explícita. Ella dice: “Los que *son* santificados mediante la fe en mí”. No dice “los que *serán* santificados” ni “los que *están siendo* santificados”. Si tal fuese la doctrina, la Palabra lo expresaría de esa forma.

Sin duda, el creyente crece en el conocimiento de esta santificación, en la conciencia de su poder y de su valor, de su influencia y de sus resultados prácticos; y la experimenta y la goza cada vez más. A medida que “la verdad” esparce su divina luz en su alma, entra más profundamente en la inteligencia de estas palabras: “ser santificado”, es decir, “ser puesto aparte” para Cristo, en medio de este mundo malo. Todo esto es verdadero, hermosamente verdadero; pero cuanto más vemos la verdad, más claramente comprendemos que la santificación no es propiamente una obra progresiva, cumplida en nosotros por el Espíritu Santo; sino que es el resultado de nuestra unión con Cristo por la fe; unión en virtud de la cual venimos a ser participantes de todo lo que él es. Es una obra inmediata, completa y eterna.

“ Yo sé que cuanto hace Dios es lo que para siempre será; nada se le puede añadir, ni nada se le puede quitar
(Eclesiastés 3:14, V. M.).

Ya sea que justifique o que santifique, “para siempre será”. Un sello de eternidad es puesto a cada una de las obras de Sus manos. “Nada se le puede añadir”, y, bendito sea su Nombre, “nada se le puede quitar”.

El resultado práctico en el creyente

Hay pasajes que presentan el tema bajo otro aspecto, y que requiere también ser considerado con más detalle. Me refiero al *resultado práctico* en el creyente de su santificación en Cristo. En 1 Tesalonicenses 5:23, el apóstol ora así por los santos a quienes se dirige: “Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo”. Aquí la palabra se aplica a una santificación que admite grados. Los tesalonicenses, al igual que todos los creyentes, tenían una perfecta santificación en Cristo; mas en cuanto a su gozo y a su manifestación práctica, ella no estaba cumplida sino en parte, y el apóstol ora para que ellos sean santificados por completo.

En este pasaje, es digno de notar que no se dice nada de “la carne”. Nuestra naturaleza caída y corrupta es siempre tratada como una cosa arruinada para siempre. Ella ha sido pesada en la balanza y hallada ligera. Ha sido medida por la regla divina y no ha alcanzado la medida. Se le aplicó una plomada perfecta, y fue hallada torcida. Dios la hizo a un lado. Su fin “ha llegado delante de él” (Génesis 6:3, V. M.). La condenó y le dio muerte (Romanos 8:3). Nuestro viejo hombre ha sido crucificado, muerto y sepultado (Romanos 6:8). Presentar las pruebas llevaría un volumen. ¿Irábamos a imaginar, pues, un instante que Dios el Espíritu Santo haya descendido del cielo con el objeto de exhumar una naturaleza condenada, crucificada y sepultada, a fin de santificarla? Basta mencionar tal idea para que sea abandonada para siempre por todo hombre que se someta a la autoridad de la Escritura. Cuanto más atentamente estudiemos la Ley, los Profetas, los Salmos y el Nuevo Testamento, tanto más claramente veremos que la carne es enteramente incorregible. Ella es absolutamente inservible. El Espíritu Santo no la *santifica*, sino que da al creyente el poder para *mortificarla*. Se nos habla de “despojar el viejo hombre” (Colosenses 3:9). Este precepto jamás nos habría sido dado, si el Espíritu Santo hubiese tenido por objeto santificar este “viejo hombre”.

Esperamos que nadie nos imputará el menor deseo de rebajar el nivel de la santidad personal, ni de debilitar las santas aspiraciones del alma al progreso en esa pureza que todo cristiano debiera desear ardientemente. ¡Que Dios no lo permita! Si hay algo que tenemos sobre todo en el corazón, es el deseo de promover, tanto en nosotros como en nuestros hermanos, esa plena pureza

personal, ese tono elevado de santidad práctica, esa entera separación de corazón respecto de todo mal moral bajo toda forma posible. Por eso suspiramos, por eso oramos y en eso deseamos crecer día a día.

Pero, al mismo tiempo, estamos plenamente convencidos de que una verdadera santidad práctica, jamás puede estar fundada sobre una base legal, y de ahí que insistamos en llamar la atención de nuestros lectores respecto de 1 Corintios 1:30. Es de temer que muchos que, en alguna medida, han abandonado el terreno legal en lo que concierne a “la justicia”, se queden atrás todavía en lo que concierne a “la santificación”. Creemos que esta es la trampa y el error de miles de cristianos, y es nuestro ardiente deseo verlo corregido. El pasaje que tenemos ante nosotros, si solo fuese recibido en el corazón por la fe, corregiría totalmente este grave engaño.

Todos los cristianos inteligentes están de acuerdo en cuanto a la verdad fundamental de “la justicia sin las obras”. Todos admiten plena y perfectamente que no podemos, mediante ningún esfuerzo, lograr una justicia propia delante de Dios; pero no todos ven tan claramente que, en la Palabra, la justificación y la santificación se hallan precisamente sobre el mismo fundamento. No podemos operar más nuestra santificación de lo que podemos operar nuestra justificación. Sí podemos intentar hacerlo, pero veremos tarde o temprano que nuestros esfuerzos son completamente vanos. Podemos hacer votos, tomar resoluciones, trabajar y combatir; podemos acariciar la esperanza de que mañana seremos mejor que hoy; pero, al fin de cuentas, seremos constreñidos a ver, a sentir y a reconocer que, en el asunto de la santificación, somos tan completamente “débiles” (Romanos 5:6) como lo demostramos ser en el asunto de la justificación.

¡Oh, qué precioso alivio para el alma sufriente que, tras buscar la satisfacción o el reposo a lo largo del camino de la santidad personal, descubre, tras años de luchas inútiles, que eso mismo tras lo cual suspira, se halla guardado y a su disposición en Cristo, a saber, una santificación completa que ha de gozarse *por la fe!* Tal cristiano puede haber luchado con sus hábitos, con sus malos deseos, con su carácter, con sus pasiones; puede haber estado haciendo los más laboriosos esfuerzos por subyugar la carne y crecer en santidad interior, pero ¡ay! ha fracasado. Descubre, con profundo dolor, que no es santo, y, sin embargo, lee que

sin santidad nadie verá al Señor

“

(Hebreos 12:14).

No dice, obsérvese bien, sin *una cierta medida*, o *cierto grado alcanzado* de santidad, sino sin la santidad misma, la que todo cristiano posee desde el momento que cree, ya sea que lo sepa o no. En la palabra “salvación” está tan bien incluida la perfecta santificación, como “la sabiduría, la justicia y la redención”. Él no ha obtenido a Cristo por sus esfuerzos, sino por la fe; y cuando echó mano de Cristo, recibió todo lo que está en Cristo.

Así pues, mirando a Cristo, permaneciendo en él, por la fe, él encuentra el poder para obtener la victoria sobre sus concupiscencias, sus pasiones, su carácter, sus hábitos, sus circunstancias y las influencias que le rodean. Es menester que mire a Jesús para todo. Él no es más capaz de someter una sola concupiscencia, que de borrar todo el catálogo de sus pecados o de producir una perfecta justicia o de resucitar un muerto. “Cristo es todo y en todos”. La salvación es una cadena de oro que se extiende desde la eternidad hasta la eternidad, y cada eslabón de esta cadena, es Cristo. Es Cristo desde el principio hasta el fin.

Todo esto es simple para la fe. La posición del creyente está en Cristo, y si él está en Cristo para una cosa, lo está para todas. Yo no estoy en Cristo para la justicia, y fuera de Cristo para la santificación. Si soy deudor a Cristo para la justicia, lo soy igualmente para la santificación. No soy deudor al legalismo, ni para lo uno ni para lo otro. Tengo lo uno y lo otro por gracia, por medio de la fe, y todo eso en Cristo. Sí, todo –absolutamente todo– en Cristo. Desde el momento que el pecador viene a Cristo, y cree en él, es sacado completamente del viejo terreno de la naturaleza; pierde su vieja posición legal con todas sus pertenencias, y es considerado como en Cristo. Ya no está más “en la carne”, sino “en el Espíritu” (Romanos 8:9). Dios no le ve más que en Cristo y como a Cristo. Viene a ser uno con Cristo para siempre. “Como él es, así somos nosotros en este mundo” (1 Juan 4). He aquí la posición absoluta, asegurada y eterna del más débil niño en la familia de Dios. No hay sino una sola y misma posición para todo hijo de Dios, para todo miembro de Cristo. Su conocimiento, su experiencia, su fuerza, sus dones, su inteligencia pueden variar, pero su posición es *una*. Todo lo que poseen de justicia o de santificación, ellos lo deben a lo que son en Cristo; por consiguiente, si no tienen una santificación perfecta, tampoco tienen una justicia perfecta. Pero 1 Corintios 1:30 nos enseña positivamente que Cristo “ha sido hecho” lo uno y lo otro a todos los creyentes. No dice que tenemos la justicia y «*una medida* de santificación». Tendríamos, en tal caso, tanta autoridad bíblica para poner la palabra «medida» delante de justicia como delante de santificación. El Espíritu de Dios no la ha puesto delante de una ni de otra. Ambas son perfectas, y son nuestras en Cristo. Dios jamás hace algo a medias. No hay tal cosa como una «semijustificación»; no, no existe nada parecido; tampoco hay nada semejante a una

«semisantificación». La idea de un miembro de la familia de Dios, o del Cuerpo de Cristo, que fuese completamente justificado, pero solo santificado a medias, es a la vez contraria a la Escritura y extremadamente ofensiva a todos los sentimientos de la naturaleza divina.

Es bastante probable que los conceptos erróneos que generalmente se tienen acerca de la santificación, se deban, en gran parte, al hábito de confundir dos cosas que son esencialmente diferentes, a saber: la *posición* y la *marcha* del creyente o, como a veces se dice, *posición* y *condición*. La posición del creyente es perfecta, eterna, inmutable, divina, por cuanto es el don de Dios en Cristo. Su andar es imperfecto, vacilante y caracterizado por la debilidad personal. Su posición es absoluta e inalterable. Su condición práctica puede presentar diversas imperfecciones, entretanto está en su cuerpo, y rodeado de diversas influencias contrarias que afectan diariamente su condición moral. Si, pues, su posición es medida por su marcha, su posición por su condición, lo que es a los ojos de Dios por lo que es a los ojos de los hombres, el resultado será necesariamente falso. Si yo razono según lo que soy en mí mismo, en lugar de razonar según lo que soy en Cristo, deberé necesariamente llegar a una falsa conclusión.

Deberíamos prestar mucha atención a esto. Somos muy propensos a razonar partiendo de nosotros mismos hacia Dios, cuando debería ser al revés: tomando a Dios como punto de partida para recibir de él nuestros argumentos. Deberíamos recordar estas palabras del Señor:

“ Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos (Isaías 55:9).

Dios no puede pensar en su pueblo, hablar de su pueblo ni actuar hacia los suyos sino solo según lo que ellos son en Cristo. Él les ha dado esta posición. Ha hecho de ellos lo que son. Hechura suya somos. Por eso, hablar de los suyos como justificados a medias, sería arrojar deshonra sobre Dios; y hablar de los suyos como santificados a medias, sería exactamente lo mismo.

Este curso de pensamientos nos conduce a otra importantísima prueba derivada de las autoritativas y concluyentes páginas de la inspiración: se trata de 1 Corintios 6:11. En los versículos precedentes, el apóstol pintó un horroroso cuadro de la humanidad caída, y les dijo abiertamente a los santos de Corinto que ellos habían sido parecidos a este retrato. “Y esto erais algunos”. He ahí un trato franco. No había palabras lisonjeras; ello no era recubrir la pared “con lodo suelto” (Ezequiel 13:10); no se ve ningún intento por ocultar una parte de la verdad en cuanto a la entera

e irreparable ruina de la naturaleza humana. “Y esto erais algunos; mas *ya habéis sido* lavados, *ya habéis sido* santificados, *ya habéis sido* justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios”.

¡Qué notable contraste entre los dos lados del “mas” del apóstol! Por un lado, todos tenemos la degradación del estado moral del hombre, y, por el otro, la perfección absoluta de la posición del creyente delante de Dios. En verdad se trata de un maravilloso contraste; y recuérdese que el alma pasa en un santiamén de un lado de este “mas” al otro. “Y esto *erais* algunos; mas *ya habéis sido*” ahora una cosa totalmente diferente. Tan pronto como ellos recibieron el evangelio de Pablo, fueron “lavados, santificados y justificados”. Fueron hechos aptos para el cielo, y si no lo hubiesen sido, ello habría sido una tacha sobre la obra divina.

“Está todo limpio”, dijiste tú Señor;

¿Alguna sospecha abrigará el corazón?

“Palabra fiel” la tuya, de seguro es,

Y una obra cumplida, no menos también.

Esto es divinamente cierto. El creyente menos experimentado “está todo limpio”, no como una cosa que ha logrado, sino como un resultado necesario de estar en Cristo. “Estamos en el verdadero” (1 Juan 5). ¿Alguno podría estar en Cristo, y al mismo tiempo no estar sino santificado a medias? Seguramente que no. El cristiano fiel crecerá, sin duda, en el conocimiento y la experiencia de lo que es realmente la santificación. Conocerá siempre mejor su poder práctico, el efecto moral sobre sus hábitos, sus pensamientos, sus sentimientos, sus afectos y sus asociaciones; en una palabra, comprenderá y desplegará la poderosa influencia de la santificación divina sobre toda su marcha, su conducta y su carácter. Pero, junto con esto, él fue tan plenamente santificado a los ojos de Dios desde el momento que quedó unido a Cristo por la fe, como lo será cuando haya de exponerse a los rayos de la presencia divina, y reflejar esta gloria que emana del trono de Dios y del Cordero. Él está en Cristo ahora, y estará en Cristo después. Su esfera y sus circunstancias serán diferentes. Sus pies se posarán sobre las calles de oro puro del santuario celestial, en lugar de estar sobre las áridas arenas del desierto. Estará en un cuerpo de gloria en vez de estar en un cuerpo de humillación; pero en cuanto a su posición, a su aceptación, a su plenitud en Cristo, a su justificación y a su santificación, todo ha sido perfectamente cumplido y determinado desde el momento que creyó en el Nombre del unigénito Hijo de Dios; tan firmemente determinado como siempre, por cuanto es Dios quien lo hizo, y como Dios podía hacerlo. Todo esto es lo que parece desprenderse de forma incontestable y necesaria de 1 Corintios 6:11.

Es de suprema importancia comprender claramente la diferencia que existe entre una verdad y su aplicación práctica o su resultado. Esta distinción es continuamente mantenida en la Palabra de Dios. “Ya *habéis sido* santificados”. He aquí la verdad absoluta, en cuanto al creyente, considerado en Cristo; mientras que la aplicación práctica de esta verdad en el creyente, y sus resultados en el creyente, la encontramos en pasajes tales como estos:

“ Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra (Efesios 5:25-26).

“Y el mismo Dios de paz os santifique por completo” (1 Tesalonicenses 5:23).

Cómo se efectúa la santificación

Pero ¿cómo tiene lugar esta aplicación, y cómo se obtiene este resultado? Por el Espíritu Santo, por medio de la Palabra escrita. Por eso se dice: “Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad” (Juan 17:17). Y también: “Dios os ha escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad” (2 Tesalonicenses 2:13). Asimismo en Pedro: “Elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu” (1 Pedro 1:2). El Espíritu Santo lleva a cabo la santificación práctica del creyente sobre la base de la obra cumplida de Cristo, y el modo en que lo hace es aplicando al corazón y a la conciencia la verdad tal como es en Jesús. Él desarrolla la verdad en cuanto a nuestra posición perfecta delante de Dios en Cristo; y, dando energía al nuevo hombre en nosotros, nos hace capaces de rechazar todo lo que sería incompatible con esta posición perfecta. Un hombre que “ha sido lavado, santificado y justificado”, no debería entregarse más a nada que sea contrario a la santidad, ni debería dar más rienda suelta a su temperamento, a sus pasiones y a sus concupiscencias. Él es separado para Dios, y debería limpiarse “de toda contaminación de carne y de espíritu” (2 Corintios 7:1). Posee el santo y feliz privilegio de aspirar a la santidad personal más elevada. Su corazón y sus hábitos debieran ser traídos y mantenidos bajo el poder de esta gran verdad: que “ya ha sido lavado, santificado y justificado”.

Esta es la verdadera santificación práctica. No es una tentativa de mejorar nuestra vieja naturaleza. No es un vano esfuerzo por reconstruir una ruina irreparable. No; es simplemente el Espíritu Santo que, mediante la poderosa aplicación de “la verdad”, hace al nuevo hombre capaz de vivir, de moverse y de tener su existencia en esa esfera a la cual pertenece. Aquí, indudablemente, habrá progreso. Tendrá lugar un crecimiento en el poder moral de esta preciosa verdad, un

crecimiento en capacidad espiritual para someter y tener en sujeción todo lo atinente a la naturaleza, un creciente poder de separación del mal que nos rodea, una creciente aptitud para ese cielo al cual pertenecemos, y hacia el cual marchamos, una creciente capacidad de gozarnos en sus santos ejercicios. Todo esto tendrá lugar mediante el misericordioso ministerio del Espíritu Santo, quien se sirve de la Palabra de Dios para desplegar ante nuestras almas la verdad en cuanto a nuestra posición en Cristo y a la marcha que *condice con* esa posición. Pero compréndase bien que la obra del Espíritu Santo en la santificación práctica, día a día, reposa sobre el hecho de que los creyentes

“ son santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre (Hebreos 10:10). ”

El Espíritu Santo tiene por objeto conducirnos al conocimiento, la experiencia y la manifestación práctica de lo que era verdad de nosotros en Cristo desde el mismo momento que creímos. En esta obra hay progreso; pero en cuanto a nuestra posición en Cristo, ella es eternamente cumplida.

“Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad” (Juan 17:17). Y también: “Y el mismo Dios de paz os santifique por completo” (1 Tesalonicenses 5:23). En estos pasajes, tenemos el gran lado práctico de la cuestión. Aquí vemos presentada la santificación, no meramente como algo que es absoluta y eternamente verdadero de nosotros en Cristo, sino también como algo que se cumple en nosotros, día a día, hora tras hora, por el Espíritu Santo, mediante la Palabra. Considerado desde este punto de vista, la santificación es, obviamente, algo progresivo. Yo debería estar más avanzado en santidad personal el próximo año que el presente. Debería, por la gracia, progresar cada día en santidad práctica. Pero –permítaseme preguntar– ¿qué es esto? ¿Qué es esto sino el cumplimiento, en mí, de lo que fue verdadero de mí, en Cristo, desde el momento que creí? La base sobre la cual el Espíritu Santo cumplió la obra *subjetiva* en el creyente, es la verdad *objetiva* de la perfección eterna de este en Cristo.

Asimismo leemos: “Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor” (Hebreos 12:14). Aquí la santificación nos es presentada como algo que hay que “seguir”, algo que hay que alcanzar con activo empeño, algo que todo verdadero creyente suspirará por cultivar.

¡Que el Señor nos introduzca en el poder de estas verdades! ¡Quiera él que no permanezcan alojadas en la región de nuestro intelecto como doctrinas y dogmas, sino que entren y permanezcan en el corazón, como realidades influyentes, poderosas y sagradas! ¡Dios quiera que conozcamos el poder santificante de la verdad (Juan 17:17); el poder santificante de la fe (Hechos 26:18); el poder santificante del Nombre de Jesús (1 Corintios 1:30; 6:11); el poder santificante del Espíritu Santo (1 Pedro 1:2); la gracia santificante del Padre (Judas 1)!

Y ahora, a Dios el Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, sean gloria y majestad, imperio y potencia, ahora y por todos los siglos. ¡Amén!

Castigo eterno vs. universalismo y aniquilacionismo

“ El que cree en el Hijo, tiene vida eterna; mas el que no obedece al Hijo, no verá la vida, sino que la ira de Dios permanece sobre él (Juan 3:36, V. M.).

Últimamente he estado pensando mucho en el último versículo de Juan 3. Me parece que da una respuesta muy contundente a dos de las principales herejías de nuestro tiempo: el *Universalismo* y el *Aniquilacionismo*. “El que cree en el Hijo, tiene vida eterna; mas el que no obedece (cree) al Hijo, *no verá la vida, sino que la ira de Dios permanece sobre él*” (Juan 3:36, V. M.).

Los que niegan el castigo eterno, como sabemos, se dividen en dos grupos, que difieren en aspectos esenciales de sus enseñanzas. Algunos profesan la creencia de que, al final, todos van a ser restaurados e introducidos en un estado de felicidad eterna. Son los llamados *universalistas*. Los otros –los *aniquilacionistas*– son de la opinión de que todos los que mueren sin Cristo, serán aniquilados o destruidos en cuerpo y alma –esto es, que dejarán de existir–; perecerán “como las bestias” (Salmo 49:20, LBLA).

Creo que estarán de acuerdo conmigo en que Juan 3:36 echa por tierra completamente estos dos errores fatales. El universalista se enfrenta a la arrolladora y concluyente declaración de que los incrédulos “no verán la vida”. Ella descarta de plano la idea de que todos los hombres serán salvos y restaurados para siempre. Los que se niegan a creer en el Hijo, morirán en sus pecados y nunca verán la vida.

Pero si eso fuera todo, el aniquilacionista podría decir: «Eso es exactamente lo que pienso. Solo aquellos que creen en el Hijo vivirán para siempre. La vida eterna está solo en el Hijo, y, en consecuencia, todos los que mueren sin Cristo perecerán. El alma y el cuerpo dejarán de existir».

Pero, por lo que leemos en la Escritura, no es así. Es cierto que el que no cree, no verá la vida, sino que –¡terrible hecho!– “la ira de Dios *permanece* sobre él”. Incuestionablemente esta sentencia contradice el aniquilacionismo. Si la ira de Dios ha de permanecer en los incrédulos, entonces es absolutamente imposible que ellos dejen de existir. Aniquilamiento e ira permanente son cosas totalmente incompatibles. Tenemos solo dos posibilidades: o borramos la palabra “permanece” del inspirado Libro o abandonamos por completo la noción de aniquilacionismo. Es imposible sostener ambas cosas.

Me refiero, por supuesto, a un solo pasaje de la Escritura. Este pasaje basta por sí solo para zanjar la solemne cuestión de la condenación eterna, para toda alma que simplemente se inclina ante la voz de Dios. Pero de eso se trata precisamente. La gente no quiere someterse a la enseñanza y autoridad de las Escrituras. Osan juzgar la Palabra de Dios y pronunciarse sobre lo que es digno de Dios o no. Se imaginan que la gente puede vivir en el pecado, en la locura, en rebelión contra Dios y en el rechazo de su Cristo, sin ser castigados por ello. Ellos mismos determinan que es incompatible con su idea de Dios admitir tal cosa como un castigo eterno. Atribuyen al gobierno de Dios lo que consideraríamos como una debilidad en cualquier gobierno humano, esto es, la incapacidad de castigar a los malhechores.

Sin embargo, la Palabra de Dios está en contra de ellos. Ella habla del “gusano” que “*no muere*” y el “fuego” que “*nunca se apaga*” (Marcos 9:44-48), de una “gran sima” que está *puesta* (Lucas 16:26) y de una ira que “*permanece*” (Juan 3:36). Quiero preguntar: ¿Qué significado tienen estas palabras para toda persona honesta y sin prejuicios? Se podría argüir que se trata de figuras. Damos por hecho que el “fuego”, el “gusano” y la “gran sima” son figuras. Pero figuras ¿de qué? ¿De algo efímero; de cosas que, tarde o temprano, se tienen que acabar? No, sino de algo eterno, si las cosas eternas son reales.

Si negamos el castigo eterno, debemos negar todo lo eterno (por ejemplo, la vida *eterna*, la gloria *eterna*, el Espíritu *eterno*, Dios *eterno*), porque la Palabra de Dios siempre emplea la misma palabra para expresar la idea de una continuidad sin fin. Hay alrededor de setenta pasajes en el griego del Nuevo Testamento en los que encontramos la palabra “eterno” o “para siempre” (*aiónios*). Se aplica, entre otras cosas, a la “vida” que poseen los creyentes, y al “castigo” de los malos (Mateo 25:46). Ahora bien, la cuestión es esta: ¿en virtud de qué principio puede uno atreverse a separar los seis o siete pasajes que hablan del castigo de los malvados, y decir que en ellos la palabra no significa “para siempre”, pero sí lo significa en los sesenta y tres restantes? Confieso que esto parece enteramente incontrovertible. Si el Espíritu Santo –si el Señor Jesucristo–, al hablar del castigo de los malos, hubiese creído conveniente emplear una palabra diferente de la que empleó al hablar de la vida de los creyentes, admito que podría haber algún motivo para formular una objeción. Pero no; hallamos la misma palabra invariablemente empleada para expresar lo que, como se sabe, no tiene fin. Por lo tanto, si el castigo de los impíos no es eterno, nada es eterno. No puede, pues, el argumento, para ser consecuente, detenerse en el castigo, sino que debe seguir adelante, hasta llegar finalmente a la negación de la existencia de Dios (véase Romanos 16:26).

De hecho, no puedo sino creer que la verdadera raíz de todo el problema está aquí. El enemigo quiere deshacerse de la palabra de Dios, del Espíritu de Dios, del Cristo de Dios y de Dios mismo. Comienza introduciendo astutamente la negación del castigo eterno; y, cuando esto se admite, se ha dado el primer paso en la pendiente resbaladiza que conduce al oscuro abismo del ateísmo.

Esto puede parecer fuerte, rudo y extremo, pero es mi profunda y firme convicción. Me urge en lo profundo la necesidad de advertir a todos nuestros jóvenes amigos del peligro de dar cabida en sus pensamientos a tan siquiera una sombra de duda o cuestionamiento sobre la verdad divinamente establecida del castigo eterno de los impíos en el infierno. El incrédulo no puede ser restaurado porque la Biblia dice que “no verá la vida”. Tampoco puede ser aniquilado, porque la Biblia dice: “La ira de Dios permanece sobre él”.

¡Cuánto mejor, más sabio y más seguro sería para nuestros semejantes huir de la ira venidera (1 Tesalonicenses 1:10), que negar que esa ira habrá de venir, o que, cuando venga, negar que será eterna!

El castigo eterno

“ Mas os digo, amigos míos: No temáis a los que matan el cuerpo, y después nada más pueden hacer. Pero os enseñaré a quién debéis temer: Temed a aquel que después de haber quitado la vida, tiene poder de echar en el infierno; sí, os digo, a este temed (Lucas 12:4-5).

Hemos recibido un escrito sobre el tema solemne del castigo eterno, cuyo autor parece expresar el sentir de una clase muy numerosa. Sentimos que debemos dar un claro y firme testimonio sobre un tema de tan grande importancia, y exponer lo que el Espíritu Santo nos enseña sobre él en la Santa Escritura.

Significado invariable de la palabra “eterno” en el Nuevo Testamento

Creemos que la Palabra de Dios enseña la eternidad del castigo con la mayor amplitud y claridad.

La palabra griega traducida “eterno” o “para siempre”, aparece unas setenta veces en el Nuevo Testamento. Daremos algunos ejemplos:

“Ser echado en el fuego *eterno*” (Mateo 18:8).

“Para tener la vida *eterna*” (Mateo 19:16).

“Irán estos al castigo *eterno*” (Mateo 25:46). Y en el mismo versículo:

“Los justos a la vida *eterna*”.

“Es reo de juicio *eterno*” (Marcos 3:29).

“Os reciban en las moradas *eternas*” (Lucas 16:9).

“En el siglo venidero la vida *eterna*” (Lucas 18:39).

“El que cree en el Hijo tiene vida *eterna*” (Juan 3:15, 16, 36).

“El mandamiento del Dios *eterno*” (Romanos 16:26).

Un “más excelente y eterno peso de *gloria*” (2 Corintios 4:17).

“Las (cosas) que no se ven son *eternas*” (2 Corintios 4:18).

“Una casa no hecha de manos, *eterna*, en los cielos” (2 Corintios 5:1).

“Los cuales sufrirán pena de *eterna* perdición” (2 Tesalonicenses 1:9).

“Nos dio consolación *eterna*” (2 Tesalonicenses 2:16).

“En Cristo Jesús con gloria *eterna*” (2 Timoteo 2:10).

“Autor de *eterna* salvación” (Hebreos 5:9).

“Habiendo obtenido *eterna* redención” (Hebreos 9:12).

“El cual mediante el Espíritu *eterno* se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios” (Hebreos 9:14).

“La promesa de la herencia *eterna*” (Hebreos 9:15).

“Nos llamó a su gloria *eterna*” (1 Pedro 5:10).

“En el reino *eterno* de nuestro Señor y Salvador” (2 Pedro 1:11).

“Este es el verdadero Dios, y la vida *eterna*” (1 Juan 5:20).

“Sufriendo el castigo del fuego *eterno*” (Judas 7).

Conclusiones de estas Escrituras

Ahora bien, sabemos que los opositores de la doctrina del castigo eterno se empeñan en demostrar que la palabra “eterno”, no significa eterno en el griego. Esta es una de las razones por las cuales hemos citado tantos pasajes en los que aparece la palabra griega *aionios*(eterno), y en los cuales el Espíritu Santo la emplea en una variedad de casos. La misma palabra que se aplica al *castigo eterno* de los impíos se aplica también a la *vida* que los creyentes poseen, a la *salvación* y a la *redención* de que gozan, a la *gloria* que aguardan, a las *mansiones* en que esperan morar y a la *herencia* que esperan disfrutar. Además, se aplica a *Dios* y al *Espíritu*. Si, pues, se sostiene que la palabra “eterno” no significa *eterno* cuando se aplica al castigo de los malvados, ¿qué seguridad tenemos de que signifique *eterno* cuando se aplica a la vida, la bendición y la gloria de los redimidos? ¿Qué autoridad tiene alguien –por erudito que fuere– para distinguir siete de los setenta pasajes en que aparece la palabra *aionios* (eterno), y decir que en esos siete la palabra no significa “eterno”, pero sí en los sesenta y tres restantes? ¡Ninguna! La gente podrá razonar según sus propias ideas acerca de la benevolencia y la bondad de Dios –podrá suscitar todo tipo de cuestionamientos respecto de la incongruencia de un Dios de amor con un tormento eterno–; discurrir acerca de la falta de proporción entre unos pocos años de pecado y una eternidad de

castigo. Una sola línea de la Escritura, a nuestro juicio, basta para barrer diez mil argumentos de la mente humana, por más que se apoyen en la erudita teoría de que la palabra “eterno” no significa eterno en griego.

“ Donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga
(Marcos 9:46).

¡Qué solemne declaración! Guárdese bien el hombre de tratar frívolamente tan grave asunto o de discurrir sobre él. Crean en lo que dice la Escritura y huyan de la ira venidera, y busquen refugio en Jesús, quien murió en el madero maldito del Calvario para librarnos de los tormentos eternos.

Su relación con la inmortalidad del alma

Pero no solo la eternidad del castigo está tan claramente establecida en la Escritura como la eternidad de Dios mismo, o de cualquier cosa que le pertenece, sino que creemos que ella también surge como una verdad necesaria de otras verdades que son generalmente recibidas incondicionalmente. Tómese, por ejemplo, la inmortalidad del alma. ¿Alteró la caída del hombre esta cuestión? Creemos que no. El hombre fue hecho poseedor de un espíritu inmortal, por “el aliento del Todopoderoso” (Génesis 2:7; Job 33:4); y no tenemos ninguna autoridad para decir que su caída introdujo algún cambio en cuanto a esto. En cuanto a su alma, tanto antes como después de su caída, el hombre era inmortal, sigue siendo inmortal y lo será para siempre. En efecto, él habrá de vivir para siempre en alguna parte. ¡Qué tremendo pensamiento! A muchos no les agrada. Se sienten gustosos de poder decir, “comamos y bebamos, porque mañana moriremos” (1 Corintios 15:32). Quieren dejar de existir como las bestias que perecen; y este deseo, no nos cabe duda, ha sido, en muchos casos, el origen de la noción de que el castigo no es eterno. Como dice un viejo proverbio inglés: «El deseo es el padre del pensamiento». Pero, ah, el hombre debe enfrentar esa terrible realidad: *La eternidad*. Salvo o no, no hay forma de eludirlo. Él debe o bien negar la inmortalidad del alma, o bien admitir la eternidad del castigo.

Su relación con la naturaleza infinita de la expiación hecha por Cristo

Consideremos la doctrina de la expiación. Si algo menos que un castigo eterno es debido al pecado, ¿qué necesidad había de un sacrificio infinito para librarnos de ese castigo? ¿Podía algo menos que el incomparable, inestimable sacrificio del Hijo de Dios librar a alguien del fuego del infierno, y ese fuego no ser eterno? ¿Derramó Jesús su sangre preciosa para librarnos de las conse-

cuencias de nuestros pecados, y esas consecuencias ser solo temporales? Nunca podríamos admitir tal proposición. Si usted reconoce la verdad de un sacrificio infinito, no puede dissociarla de la verdad de un castigo eterno.

Pecado temporal vs. castigo eterno

No le atribuimos ninguna importancia al argumento deducido de la falta de proporción entre unos pocos años de pecado y una eternidad de ayes y tormentos. No creemos que esta sea la verdadera forma de medir el asunto. La cruz es el único patrón por el que podemos llegar a un resultado verdadero; y creemos que los que niegan el castigo eterno, traen deshonor a la cruz al rebajarla a un medio de liberación de una condenación que no es eterna en su duración.

La falacia de que el castigo eterno es incompatible con el amor de Dios

Y ahora diremos unas palabras en cuanto a la idea de que es incompatible con el carácter de Dios permitir tal cosa como un castigo eterno. Muchos parecen atribuir gran importancia a esto. Parecen pensar que la miseria eterna nunca podría corresponderse con la misericordia y la bondad de Dios. Pero los que esgrimen este argumento parecen olvidar que esta cuestión tiene otro lado, que debe verse si queremos llegar a una conclusión sana sobre este punto. ¿Qué sucede con la justicia, la santidad y la verdad divinas? Estas cosas ¿no deben ser tenidas en cuenta? ¿Podemos basar un argumento en algunos atributos divinos y dejar fuera otros? Seguramente que no. Debemos considerar todos los atributos divinos. La cruz de Cristo los ha armonizado a todos, a la vista de todas las inteligencias creadas. En esa cruz, Dios manifestó su amor perfecto al pecador; pero también manifestó su perfecto odio por el pecado. Ahora bien, si una persona rechaza deliberadamente esa única vía de escape, aquel remedio perfecto, aquella provisión divina, ¿qué hacer? Dios no puede permitir el pecado en Su presencia. Él es

“ de ojos demasiado puros para mirar el mal, ni puede contemplar la iniquidad (Habacuc 1:13, V. M.).

¿Nos dirán los que niegan el castigo eterno qué hacer? ¿Cómo zanjar esta cuestión? Dirán que por aniquilación, es decir, pereciendo como las bestias. ¡Ah! Este argumento nunca prosperará. “Jehová Dios... sopló en sus narices aliento de vida, y el hombre vino a ser alma viviente” (Génesis 2:7, V. M.) ¿Alguna vez esto fue revocado? ¿Hay algún fundamento en la Escritura para la teoría de la aniquilación? Si lo hay, que se lo presente. Consideramos esta teoría como un muy miserable subterfugio, una lastimosa tentativa de deshacernos del horrible pensamiento de la

eternidad. Pero esto no sirve. Vuelva simplemente sus ojos sobre las páginas del inspirado Libro, y verá allí esa tremenda palabra: ¡“Eternidad”! “¡Eternidad”! “¡Eternidad”! Solo preste oído a la voz que sale de la profundidad de su ser moral, y oirá la misma palabra aterradora: ¡“Eternidad”! “¡Eternidad”! “¡Eternidad”! No puede negarla ni deshacerse de ella. No le queda otra opción que enfrentar el duro hecho de que habrá de vivir para siempre.

Entonces, ¿qué sucede con su pecado? El pecado no puede entrar en la presencia de Dios. Dios y el pecado nunca pueden estar juntos. Este es un principio invariable. Dios es bueno, sin duda, y la prueba de su bondad es el don de Su Hijo. Pero también es santo; y entre la santidad y el pecado debe haber una separación eterna; de esta manera nos vemos forzados a llegar a la misma conclusión solemne: que todos los que mueren en sus pecados, los que mueren habiendo rechazado la provisión infinita de Dios para el perdón de los pecados, tendrán que sufrir las consecuencias de sus pecados en el lago que arde con fuego y azufre a lo largo de los incontables siglos de la eternidad .

¡Conviértase!

No ahondaremos más sobre este tema aquí; pero quisiéramos suplicar encarecidamente al lector inconverso que se detenga y considere seriamente esta cuestión tan trascendental. No permita que lo engañen con vanas palabras; no preste oído a una falsa crítica, que quiere convencerlo de que “eterno” no significa *eterno* en el griego; porque, oh, indudablemente significa *eterno*, ya sea en hebreo, griego, latín o en cualquier idioma. “Eterno” nunca puede significar *temporal*, ni *temporal* puede significar *eterno*, en ninguna lengua que hay bajo el cielo. Tampoco escuche a un falso sentimentalismo, que quiere convencerlo de que Dios es demasiado bondadoso para enviar a cualquiera de sus criaturas al infierno de fuego. Dios fue tan bondadoso

“ que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna (Juan 3:16).

Pero Dios es demasiado santo para permitir que el pecado entre en el cielo; por eso, en vez de alimentarse con la vana esperanza (si se puede llamar esperanza) de la aniquilación, apóyese en la segura Palabra de Dios, que le habla de una salvación plena, gratuita y eterna por la sangre del Cordero. Nuestro Dios no se complace en la muerte de un pecador (véase Ezequiel 18:23). Su paciencia “es para salvación”, “no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento (2 Pedro 3:15, 9). No hay ninguna razón por la cual el lector tenga que perecer.

Dios espera para tener piedad (Isaías 30:18). Las puertas de la gracia están abiertas de par en par, y la espada del juicio está en la vaina. Se acerca con rapidez el momento en que todo será cambiado, y entonces todos los que mueren en sus pecados probarán, por una amarga experiencia, que, a pesar de todos los argumentos fundados en una falsa crítica y en un falso sentimentalismo, el castigo del pecado es y debe ser eterno.

Votos de confirmación

Mientras que el catolicismo y el protestantismo ritualistas siguen con la práctica religiosa de los votos de confirmación, en la iglesia evangélica, más precisamente en los Estados Unidos, surgió hace unos años un movimiento que también practica votos, denominado «promise-keepers» («cumplidores de promesas»). El presente artículo hará reflexionar, a la luz de las Escrituras, a todos los que de alguna manera están vinculados al ritualismo en cualquiera de sus formas (N. del T.).

“Todo lo que Jehová ha dicho, haremos” (Éxodo 19:8). Estas fueron las memorables palabras con que el pueblo de Israel virtualmente abandonó el fundamento sobre el cual el Dios bendito los acababa de colocar, y sobre el cual, además, él había tratado con ellos al sacarlos de Egipto. “Vosotros visteis” –les había dicho– “lo que hice a los egipcios, y cómo os tomé sobre alas de águilas, y os he traído a mí” (Éxodo 19:4). Todo esto era la gracia, la gracia pura, perfecta y divina. Él oyó los gemidos y vio la aflicción del pueblo en medio de las tinieblas y la degradación de la servidumbre de Egipto, y, por Su pura misericordia, descendió para librarlos. No trató de auxiliarlos ni buscó nada de ellos. “Su brazo le trajo salvación” (Isaías 59:16, LBLA). Obró *a favor* de ellos, *con* ellos y *en* ellos; y lo hizo en la singularidad y soberanía de su infalible gracia. Le dijo a Moisés al comienzo del libro del Éxodo: “*He descendido para librarlos de mano de los egipcios*” (Éxodo 3:8). Era una gracia absoluta e incondicional. No había ningún «si», ningún «pero», ninguna «condición», nada de «hacer votos» ni de «tomar resoluciones». Era la *pura gracia*, fundada en los eternos consejos de Dios, y justamente manifestada en directa relación con “la sangre del Cordero” (Apocalipsis 7:14). Por eso, desde el principio al fin, se le dijo a Israel: “*Estad firmes [quedados, quietos], y ved la salvación que Jehová hará*” (Éxodo 14:13). No se les dijo que «resolvieran», que «hicieran votos» ni que «obrasen». Dios estaba obrando por ellos. Él estaba haciendo *todo*: Se interpuso entre ellos y todos sus enemigos, entre ellos y todo mal. Extendió “el escudo de su salvación” (véase Salmo 18:35), para que pudiesen ocultarse detrás de sus impenetrables defensas, y permanecer allí en paz.

Pero, lamentablemente, Israel hizo un voto –un voto ciertamente extraño y especial–. No satisfechos con los hechos de Dios, de buena gana quisieron hablar de los suyos. Obraron como si la salvación de Dios fuese incompleta, y, sin tomar conciencia de su propia debilidad y nulidad, dijeron: “Todo lo que Jehová ha dicho, haremos” (Éxodo 19:8). Esto era asumir una posición temeraria, un terreno elevado. Pues el hecho de que un pobre gusano hiciese un voto así, demostraba lo poco que realmente comprendía de la gracia, y la pobre noción que tenía de la verdadera condición de la naturaleza caída.

Pero cuando Israel se propuso «hacer», fue puesto a prueba. Y la mirada más superficial a Éxodo 19 bastará para mostrar el profundo cambio que tuvo lugar desde el momento que pronunciaron las palabras “haremos”. Jehová les acababa de recordar cómo los tomó “sobre alas de águilas”, y los trajo a él. Pero ahora les dice: “Señalarás término al pueblo en derredor, diciendo: Guardaos, no subáis al monte, ni toquéis sus límites; cualquiera que tocare el monte, de seguro morirá” (Éxodo 19:12). Aquí tenemos un aspecto muy diferente de las cosas. Y no olvidemos que esto fue simplemente el resultado de lo que el hombre había dicho: “Haremos”. Esta expresión encierra mucho más de lo que muchos imaginan. Si apartamos la mirada de las obras de Dios, y la fijamos en las nuestras, las consecuencias serán sumamente desastrosas. Pero más adelante veremos esto con más detalle. Vamos a examinar ahora cómo la casa de Israel cumplió su voto especial. Veremos que ello terminó de la misma forma que terminan los votos del hombre en todas las épocas .

¿Hicieron ellos “*todo*” lo que Jehová les mandó? ¿Permanecieron “en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas” (Gálatas 3:10)? ¡Ay!, no. Al contrario, vemos que antes de que se dieran las tablas del testimonio, ellos habían quebrantado el primer mandamiento mismo del Decálogo, al hacer un becerro de oro e inclinarse ante él. Este fue el primer fruto de su voto quebrantado; de aquí en más siguió, en todas las etapas de su historia, deshonorando el nombre del Señor: quebrantando Sus leyes, despreciando Sus juicios, pisoteando Sus sagradas instituciones. Luego vemos que apedrean a los mensajeros que, en Su paciente gracia y longanimidad, Dios les envió. Finalmente, cuando el Hijo unigénito vino del seno del Padre, ellos con corazones perversos lo rechazaron y con manos inicuas lo crucificaron. Pasamos así del Sinaí al Calvario: en el primero oímos al hombre proponiéndose hacer todo lo que el Señor mandó, y en el último lo vemos crucificando al mismo Señor. Así sucede con los votos del hombre; así sucede cuando el hombre osa decir: “*Haré*”. Los fragmentos de las tablas del testimonio esparcidos bajo el monte ardiente constituyen tristemente el primer relato del fracaso de la audaz resolución del hombre, que siguió sin cambio alguno, hasta terminar en la cruz del Calvario. Todo fue fracaso –un grosero y completo fracaso–. Así será siempre que el hombre ose hacer votos o tomar resoluciones en la presencia de Dios.

Ahora bien, hay un muy notable parecido entre el voto de Israel al pie del monte Sinaí y el «Voto de Confirmación» de la Iglesia Establecida . Hemos echado un breve vistazo al primero; y ahora nos referiremos a este.

En «la administración del bautismo público de párvulos», después de varias oraciones y de la lectura del Evangelio, el ministro se dirige a los padrinos y madrinas de la siguiente manera:

«Muy amados, vosotros habéis traído a este niño para ser bautizado, y vosotros habéis rogado que nuestro Señor Jesucristo, se digne recibirle, santificarle con el Espíritu Santo, darle el reino del cielo y la vida eterna. Vosotros asimismo habéis oído que nuestro Señor Jesucristo ha prometido en su Evangelio conceder todo lo que habéis pedido: cuya promesa guardará y cumplirá por su parte muy seguramente. Por tanto, habiendo Cristo hecho esta promesa, este niño deberá también prometer por su parte, y por medio de vosotros, que sois sus fiadores (hasta que sea capaz de tomar esta obligación sobre sí) que *renunciará* al diablo y a todas sus obras, creará constantemente en la santa palabra de Dios, y *guardará obedientemente Sus mandamientos*. Yo por tanto demando: ¿Renuncias tú, en nombre de este niño, al diablo y todas sus obras, a la vana pompa y gloria del mundo, con todas sus concupiscencias, y a los pecaminosos deseos de la carne, de modo que no los seguirás, ni serás guiado por ellos? *Respuesta: Yo los renuncio todos*».

Y también:

«¿Quieres, pues, guardar obedientemente la santa voluntad y los mandamientos de Dios y caminar en ellos todos los días de tu vida? *Respuesta: Así lo haré*».

Los niños, cuando ya tienen uso de razón, toman, con deliberación y solemnidad, los dos votos arriba mencionados, como puede verse remitiéndose a la «Orden de la Confirmación». Tenemos, pues, en primer lugar, gente que, en nombre de niños que no son conscientes de sus actos, hace votos de «renunciar al mundo, a la carne y al diablo», y se compromete a guardar todos los mandamientos de Dios todos los días de su vida. En segundo lugar, vemos a esos niños, ya en una edad en que son conscientes de sus actos, poniéndose bajo el peso de esos terribles votos; y todo esto, además, como condición necesaria para el cumplimiento de la promesa de Cristo. O sea que, si dejan que algo del mundo, de la carne o del diablo tenga cabida en ellos, o si dejan de cumplir fielmente *todos* los mandamientos de Dios, entonces no pueden ser salvos, sino que deben ser inevitablemente condenados. En definitiva, la salvación aquí depende de un pacto del cual el hombre mismo se constituye en una de las partes. A Cristo se lo representa como dispuesto a cumplir con su parte, pero solo si el hombre cumple con la suya. En otras palabras, hay un «si» en este asunto que hace que no haya, ni nunca pueda haber, certeza de la salvación. Al contrario, solo puede producir un terror constante de condenación eterna que se cierne sobre el alma, siempre que la persona piense en este tema, por cierto.

Si el corazón no está absolutamente seguro del hecho de que Cristo verdaderamente lo ha hecho todo, de que quitó de en medio nuestro pecado, de que canceló para siempre nuestras deudas, de que, por su perfecto sacrificio, zanjó toda cuestión que pudiera suscitarse contra nosotros –ya sean los cargos de conciencia, las acusaciones de Satanás o las exigencias de la justicia divina–, de que no dejó una sola nube en el horizonte, de que todo está perfectamente cumplido –en una palabra, de que estamos de pie ante Dios en el poder de la justicia divina, y en el mismo favor con su propio Hijo–; si hubiese una sola duda en el alma en cuanto a la verdad eterna de todas estas cosas, entonces no podrá haber una paz inquebrantable. Y que esta paz inquebrantable no forma parte de aquellos que han hecho los tremendos votos mencionados, está claramente demostrado por las dudas e incertidumbres que se plantean en su mente cuando ya han pasado a la siguiente etapa de su jornada eclesiástica.

No cabe esperar que personas que osadamente han hecho un voto para renunciar a todo mal y cumplir todo bien, se acerquen a la mesa del Señor con otro reconocimiento que este: «El peso de nuestros pecados es insoportable». Solo una conciencia endurecida sería capaz de escapar de la convicción de que esos votos han sido incumplidos. Entonces de seguro que el peso de sus pecados será insoportable. Si hice votos, sin duda luego resultarán deshonorados. Y entonces todo el asunto de mi salvación se derrumbará, y me veré, conforme a los términos del pacto de mi propia elección, justamente expuesto a la maldición de una ley quebrantada. Entonces soy “maldito”; pues está escrito:

“ Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas (Gálatas 3:10).

Tampoco cambiará en nada la cuestión el decir que esos votos extraordinarios se realizan dependiendo de la gracia divina; porque no puede haber tal cosa como depender de la *gracia* cuando la gente se coloca directamente bajo la *ley*. No puede haber dos cosas más opuestas que la ley y la gracia. Ambas son puestas en directo contraste en las epístolas de Pablo a los Romanos y a los Gálatas. “Los que por la ley [griego: *en nomo*] os justificáis; de la gracia habéis caído” (Gálatas 5:4). Por tal motivo, pensar en depender de la gracia cuando me coloco bajo la ley, es exactamente lo mismo que acudir a Dios para que Su gracia me permita derribar todo el evangelio de su Hijo Jesucristo. “Todos los que dependen de las obras de la ley [griego: *ergon nomou*] están bajo maldición” (Gálatas 3:10). ¿Podría depender de la gracia de Dios para poder permanecer bajo maldición? El pensamiento no puede ser más absurdo. Y nótese que, en el último pasaje citado,

el apóstol no dice simplemente: «Todos los que incumplen la ley, están bajo maldición». Sin duda él enseña esto. Pero el punto principal es que todos aquellos que pretenden estar delante de Dios sobre la base de “las obras de la ley”, están necesariamente bajo maldición, por la sencilla razón de que no son capaces de cumplir Sus demandas. Si el hombre quisiera satisfacer las demandas de Dios, debería ser lo que no puede ser en sí mismo: sin pecado. La ley, como es su derecho, demanda perfecta obediencia. Y los que hacen votos de confirmación, prometen perfecta obediencia. Prometen renunciar a todo mal y cumplir todo bien, de la manera más absoluta; y además, hacen que su salvación dependa del cumplimiento de sus votos. ¿Por qué otro motivo los harían?

Si consideramos esto a la luz de la enseñanza apostólica en las epístolas a los Romanos y a los Gálatas, veremos que constituye la más completa negación de todas las verdades fundamentales del Evangelio. En primer lugar, es una negación de la ruina total del hombre, de su condición de “muerto” en sus “delitos y pecados”, ajeno “de la vida de Dios”, débil e impío, de “enemistad contra Dios” (Efesios 2:1; 4:18; Romanos 5:6; 8:7). Si me propongo renunciar a todo mal, y cumplir todos los mandamientos de Dios, entonces seguramente no reconozco que soy una criatura perdida, arruinada y sin esperanza; y, en consecuencia, no necesito un Salvador. Si osadamente me propongo «renunciar» y «hacer», «guardar» y «caminar», es porque definitivamente no estoy perdido, y por eso no necesito salvación. No estoy muerto, y por eso no necesito vida. No soy “débil”, y por eso no necesito la energía de esa vida nueva y divina que el Espíritu Santo comunica a todos los que, por Su gracia, creen en el Hijo de Dios. Si soy capaz de obrar por mí mismo, no necesito que nadie, ni siquiera el Señor Jesucristo, haga todo por mí.

Podemos agregar además, como resultado de lo que ya se ha señalado, que esos votos ponen completamente a un lado las glorias esenciales, las dignidades divinas y las sagradas virtudes de la cruz de Cristo. Si logro que mis padrinos hagan votos en mi nombre hasta que sea capaz de hacerlos por mi cuenta, es evidente entonces que no reconozco la enorme dicha de tener todos mis votos, todas mis responsabilidades y obligaciones como pecador perdido, todos mis pecados y defectos –todo, en definitiva– completa y eternamente satisfecho en la cruz. Si hay algo respecto a mí que no haya sido perfectamente resuelto en la cruz, inevitablemente habré de perecer. Puedo hacer votos y tomar resoluciones, pero ellos son “como la niebla de la mañana... que se pasa” (Oseas 13:3). Puedo tener padrinos que renuncien al diablo en mi nombre, y, cuando tenga

uso de razón, yo mismo puedo hablar de renunciar a él por mi propia cuenta. Pero ¿y si el diablo durante todo ese tiempo tiene agarrados tanto a mis padrinos como a mí? Él no va a renunciar a mí, a menos que la cadena con la cual me tiene atado sea rota en mil pedazos por la cruz.

También puedo tener un fiador que se proponga guardar todos los mandamientos de Dios por mí y, cuando llegue a la edad de la discreción de juicio, puedo proponerme guardarlos por mi cuenta; pero ¿y si ni mis fiadores ni yo entendemos realmente la verdadera naturaleza o espiritualidad, la majestad y severidad de esa ley? Más aún; ¿y si, por nuestros votos, mis fiadores y yo estamos obligados “a guardar toda la ley” (Gálatas 5:3), quedando así bajo su terrible maldición? ¿Qué será, pues, de todos nuestros votos y resoluciones? ¿No es evidente que estoy arrojando por la borda la cruz? Por cierto que sí. Para mí, esa cruz debe ser todo o nada. Si es algo, debe ser todo. Y si no es todo, no es nada. No hay término medio aquí, querido lector. El evangelio de la gracia de Dios presenta a Cristo como Aquel que responde por el pecador, como el gran Fiador de su pueblo. El «Oficio para la Confirmación» hace que un pecador sea fiador de otro o de sí mismo. El Evangelio presenta a Uno que posee “riquezas inescrutables” como el fiador de su pueblo. El «Oficio para la Confirmación» hace que una persona en quiebra se constituya en fiador de otro o de sí mismo. ¿Qué valor tiene un fiador así? ¿Quién lo aceptaría? No tiene ningún valor para Dios ni para el hombre. Si estoy en quiebra, no puedo prometer pagar nada, y si lo prometiera, nadie lo aceptaría –no pasaría de ser una mera formalidad vacía–. El pagaré de una persona en quiebra es de escaso valor; y ciertamente los votos y las resoluciones de un pobre pecador arruinado no solo son un vacío formalismo, sino una solemne burla en presencia del Dios Todopoderoso. Nadie que se conoce a sí mismo se atrevería a prometer que guardará todos los mandamientos de Dios. Tendría la plena convicción de que nunca haría nada semejante.

Pero, volviendo a la declaración de que aquellos *Votos de Confirmación* son hechos en la entera dependencia de la gracia de Dios, quisiera agregar que solo aquellos que son Suyos, son capaces de conocer o de confiar en la gracia.

En ti confiarán los que conocen tu nombre

“ (Salmo 9:10),

y nadie más. Ahora bien, la palabra de Dios vincula la vida eterna con el conocimiento de Él. “Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado” (Juan 17:3). Si, pues, tengo la vida eterna, no tengo que hacer votos para obtenerla. Si soy eternamente salvo, no tengo que hacer votos para obtener la salvación. Si mis pecados son

todos borrados por la sangre preciosa del Cordero, no tengo que hacer votos para tenerlos borrados. Alguien que ha hallado la vida, la justicia, la sabiduría, la santificación, la redención, todas las cosas en Cristo, no necesita votos bautismales, votos de confirmación, votos sacramentales ni ningún otro voto.

El consuelo y la paz del creyente más débil se basan en el hecho de que Cristo tomó sobre sí todos sus votos y todas sus responsabilidades, todos sus pecados y todas sus iniquidades y, por su muerte en la cruz, gloriosamente los cumplió, extinguió cada pena y demanda que se le presentó. Esto hace enteramente libre al creyente. De ahí se sigue que si no soy un hijo de Dios, no puedo guardar votos; y, si lo soy, no tengo que hacerlos. En cualquier caso, negaría la condición caída del hombre, y pondría a un lado las verdaderas glorias de la cruz. Puedo hacerlo en ignorancia, con las más sinceras intenciones, sin duda. Pero la ignorancia más profunda y la sinceridad más pura no pueden cambiar el verdadero principio que yace en la raíz de todo tipo de votos, promesas y resoluciones: una clara negación de las grandes verdades fundamentales del cristianismo. Un voto presupone la capacidad de cumplirlo. Pues bien, si prometo guardar todos los mandamientos de Dios perfectamente, todos los días de mi vida, entonces no estoy perdido ni soy débil. Debo tener fuerza, de lo contrario no podría asumir tan pesada responsabilidad.

Y observe además, querido lector, la extraña anomalía que encierra este sistema de votos. Mientras niega mi estado perdido, me priva de todo lo que se parezca a una certeza de ser siempre salvo. Si resuelvo guardar los mandamientos de Dios como una condición necesaria de mi salvación, nunca podré estar seguro de ser salvo hasta que haya cumplido la condición; pero como nunca podré cumplirla, nunca por tanto podré estar seguro de mi salvación; y así voy pasando de una etapa a otra, del bautismo a la confirmación, de la confirmación a la comunión, y de la comunión al lecho de muerte, en un estado de miserable duda y de atormentadora incertidumbre. Esto no es el Evangelio. Es un “diferente evangelio: el cual no es otro” (Gálatas 1:6-7, V. M.). El efecto inmediato de la obra de Cristo, cuando uno se apropia de ella por la fe, es dar paz inquebrantable a la conciencia; el efecto del sistema de votos, es mantener el corazón en constante duda y congoja. Cuántos se han acercado a la ordenanza de la confirmación con corazones temblorosos, ante la idea de tener que cargar sobre sus propios hombros los solemnes votos que, desde el tiempo de su bautismo, descansaban en sus padrinos. ¿Cómo podría ser de otra manera cuando se trata de una mente honesta? Si soy realmente sincero, el pensamiento de tener que tomar sobre mí aquellos solemnes votos bautismales, debe llenarme de horror. Algunos ¡ay! pasan por estas cosas con corazones irreflexivos y mentes frívolas; pero es evidente que el *servicio*

de confirmación nunca fue concebido para tales personas. Fue creado para espíritus reflexivos, serios, formales; y todos estos seguramente, se retiran de la ceremonia con corazones atribulados y con cargos de conciencia.

¡Con qué diferentes sentimientos contemplamos la cruz del Hijo de Dios! Allí, en verdad, Satanás fue puesto a un lado y sus obras destruidas. Allí la ley de Dios fue magnificada y hecha honorable, vindicada y establecida. Allí se respondió plenamente a la justicia de Dios. Allí Satanás fue vencido; allí la conciencia obtuvo su plena respuesta; allí el bendito Hijo de Dios bebió la copa de la ira no atenuada de Dios contra el pecado “hasta los sedimentos”. ¿Dónde está la prueba de todo esto? No en los votos incumplidos, deshonrados, de pobres y frágiles mortales; sino en un Cristo resucitado, ascendido, glorificado y sentado a la diestra de la Majestad en los cielos.

¿Quién que sepa algo de la pura y excelentísima gracia de Dios, o que haya probado algo de la verdadera dicha de una redención divinamente cumplida, puede tolerar palabras como «Cristo por Su parte» y «Este niño por su parte»? ¿Quién que, por la fe, ha oído las palabras “Consumado es” (Juan 19:30), que salieron de entre las solemnes escenas del Calvario, podría tolerar un «yo hago» o «yo haré» de boca de un mortal pecador? ¿Cómo la gracia es puesta completamente a un lado! ¡Cuánto se empaña el brillo de la salvación de Dios! ¡Qué insulto a la justicia de Dios, que es por la fe, y sin obras! ¡Qué manifiesto retorno a una religión de ordenanzas y a las pobres obras del hombre! Cristo y un niño, o los fiadores de un niño, son puestos sobre la misma base para obtener la salvación. ¿No es así? Si no, ¿qué significan las palabras, «Cristo por Su parte, y este niño por su parte?». ¿No es evidente que la salvación depende de algo o de alguien aparte de Cristo? Incuestionablemente. ¡Los votos deben ser cumplidos, o no hay salvación! ¡Miserable condición! ¡La obra cumplida de Cristo abandonada por los votos y resoluciones no cumplidos de un pecador! ¡El «yo hago» del hombre, sustituido por el “he acabado” de Cristo (Juan 17:4)!

Querido lector, ¿puede usted reconocer tan espantosa renuncia de la verdad de Dios? ¿Está usted contento con un fundamento tan arenoso? ¿Adónde cree usted que lo conducirá tal sistema? ¿Al cielo o a Roma? ¿A cuál de los dos? Sea honesto. Tome el Nuevo Testamento, escudriñelo de tapa a tapa, y fíjese si puede encontrar tal cosa como niños haciendo votos a través de sus fiadores, prometiendo renunciar al mundo, a la carne y al diablo, y guardar todos los mandamientos de Dios, para obtener la salvación. No existe el menor fundamento para tal idea. “Por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él”. “Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley y por los profetas”. “Mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia”. “Porque por gracia sois sal-

vos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe”. “No por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia” (véase Romanos 3:20-28; 4:4-5; Efesios 2:8-9; Tito 3:5-7).

Estos son solo algunos de los numerosos pasajes que podrían citarse para probar el hecho de que los Votos de Confirmación son diametralmente opuestos a la verdad de Dios, y socavan los fundamentos de la gracia de Dios. Si mis votos significan algo, debo ser bastante desdichado, porque estoy en inminente peligro de perderme para siempre, porque no los he guardado, y nunca podría guardarlos.

¡Oh, qué dulce alivio para el corazón cansado y la conciencia cargada de pecado, se halla en la sangre expiatoria de Jesús! ¡Qué liberación plena de todos estos votos inútiles, peor que inútiles! *Cristo hizo todo*. Quitó de en medio el pecado (Hebreos 9:26), hizo la paz (Colosenses 1:20), trajo justicia eterna (Daniel 9:24), sacó a luz la vida y la inmortalidad (2 Timoteo 1:10). En Él puede usted, querido lector, encontrar paz permanente, gozo imperecedero y gloria eterna. A Él, pues, y a su obra perfecta, lo encomiendo muy afectuosamente en cuerpo, alma y espíritu, asegurándole que mi objetivo en este artículo no es atacar los prejuicios ni herir los sentimientos de nadie, sino simplemente aprovechar la ocasión para mostrar cómo la obra perfecta del Señor Jesucristo es puesta de relieve cuando se la mira en contraste con los «Votos de Confirmación».

Saulo de tarso

Al considerar el carácter de este notable hombre, podemos extraer valiosos principios de la verdad del Evangelio. Parece haber sido especialmente preparado para manifestar, en primer lugar, lo que la gracia de Dios *puede* hacer y, en segundo lugar, lo que el mayor esfuerzo legal *no puede* hacer. Si alguna vez hubo un hombre en esta tierra cuya historia ilustró la verdad de que la salvación es “por gracia”, “sin las obras de la ley” (véase Romanos 11:6; 3:28; Efesios 2:8), ese hombre fue Saulo de Tarso. De hecho, es como si Dios se hubiera propuesto de manera especial presentar en este hombre un ejemplo viviente, primero, de la profundidad de la que Su gracia puede rescatar a un *pecador*, y, segundo, de la altura de la que un *legalista* es abatido para recibir a Cristo. Pablo fue al mismo tiempo el *peor* y el *mejor* de los hombres –el primero de los pecadores y el primero de los legalistas–. Descendió hasta lo más profundo de la maldad humana, y alcanzó la cima más elevada de la justicia humana. Fue el pecador de pecadores, que aborreció y persiguió a Cristo en sus santos, y un fariseo de fariseos en su conducta moral y orgullo personal.

El primero de los pecadores

Vamos a considerarlo, pues, en primer lugar, como el primero o principal de los pecadores.

“Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales *yo soy el primero*” (1 Timoteo 1:15). Observemos particularmente lo que el Espíritu de Dios declara acerca de Saulo de Tarso: que él era el principal de los pecadores. No es esta una expresión de humildad de Pablo, aunque indudablemente era humilde ante lo que había sido. No debemos ocuparnos de los sentimientos de un escritor inspirado, sino de las declaraciones del Espíritu Santo, que fue quien lo inspiró. Bueno es ver esto.

Muchas personas hablan de los sentimientos de los distintos escritores inspirados de una manera que tiende a debilitar la fuerza y el sentido de esta preciosa verdad: la inspiración plenaria de las Santas Escrituras. Quizás no sea su intención hacerlo; pero, en un tiempo como el presente, cuando los razonamientos y las especulaciones humanas abundan tanto, debemos guardarnos diligentemente de todo lo que, incluso en apariencia, pueda atentar contra la integridad de la Palabra de Dios. Anhelamos que nuestros lectores atesoren la Palabra de Dios en lo íntimo del corazón, no como una expresión de los sentimientos humanos, por más piadosos y encomiables que sean, sino como la depositaria de los pensamientos de Dios.

“ Porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo (2 Pedro 1:21).

Por eso, cuando leemos 1 Timoteo 1:15, no debemos pensar en los sentimientos del hombre, sino en la Palabra escrita de Dios, que declara que Pablo era “el primero de los pecadores”. De nadie más se dice esto. Sin duda que, en sentido secundario, todo corazón convencido sentirá y reconocerá que es el más culpable en la medida de su conocimiento; pero este es otro asunto. El Espíritu Santo ha declarado esto de Pablo; tampoco el hecho de que Él nos haya dicho esto por la pluma del mismo Pablo, estorba o debilita en lo más mínimo la verdad y el valor de la declaración. Pablo era el primero de los pecadores. No importa lo malo que sea un hombre, Pablo podía decir: “*Yo soy el primero*”. No importa lo lejos que pueda uno sentirse de Dios o lo profundo que haya caído en el abismo de la ruina; una voz llega a sus oídos desde un lugar aún más profundo, y le dice: “*Yo soy el primero*”.

El propósito de Dios respecto a Pablo

Pero notemos cuál era el *objeto* de los designios de Dios respecto al primero de los pecadores: “Pero por esto fui recibido a misericordia, para que Jesucristo mostrase en *mí el primero* toda su clemencia, para *ejemplo* de los que habrían de creer en él para vida eterna” (1 Timoteo 1:16). El primero de los pecadores está en el cielo. ¿Cómo llegó allí? Simplemente por la sangre de Jesús; además, es el hombre “ejemplo” de Cristo. Todos pueden mirarlo a él y ver cómo ser salvos también; porque de la manera en que el “primero” fue salvo, así también deben serlo todos los que le siguen. La *gracia* que alcanzó al primero puede alcanzar también a todos. La sangre que limpió al primero puede limpiar a todos. El título por el cual el primero entró en el cielo es el título para todos. ¡Vemos en Pablo un «ejemplo de la clemencia de Cristo»! No hay pecador de este lado de las puertas del infierno, ni descarriado ni nadie, que esté fuera del alcance del amor de Dios, de la sangre de Cristo o del testimonio del Espíritu Santo.

El primero de los legalistas

Veamos ahora el otro lado del carácter de Saulo, y considerémoslo como *el primero de los legalistas*.

“Aunque yo tengo también de qué confiar en la carne. Si alguno piensa que tiene de qué confiar en la carne, yo *más*” (Filipenses 3:4). Aquí tenemos un punto muy valioso. Saulo de Tarso estaba, por decirlo así, en el más alto pináculo de la justicia legal. Alcanzó el escalón más alto de la religión humana. No toleraba que nadie estuviese por encima de él. Sus logros religiosos fueron de primerísimo orden (véase Gálatas 1:14). “Si *alguno* piensa que tiene de qué confiar en la carne, yo *más*”. ¿Confiaba alguien en su templanza? Pablo podía decir: “Yo *más*”. ¿Confiaba alguien en su moralidad? Pablo podía decir: “Yo *más*”. ¿Confiaba alguien en ordenanzas, sacramentos, servicios religiosos o ritos piadosos? Pablo podía decir: “Yo *más*”.

Todo esto confiere un interés particular a la historia de Saulo de Tarso. Yacía en el fondo del pozo de la ruina, y estaba parado en la cúspide de la justicia propia. Por más hondo que un pecador haya caído, Pablo había caído aún más. Reunía, en su persona, lo mejor y lo peor de los hombres. En él podemos ver, con una simple mirada, el poder de la sangre de Cristo y la absoluta inutilidad del más bello manto de justicia propia que jamás haya ostentado un legalista. Mirándolo a él, ningún pecador tiene que desesperarse, ni ningún legalista puede jactarse. Si el primero de los pecadores está en el cielo, yo también puedo estar allí. Si el mayor de los religiosos, legalistas y cumplidores de la ley que jamás haya vivido, tuvo que *descender* la cuesta de la justicia propia, de nada me sirve a mí subirla.

La culpa de Saulo de Tarso fue completamente cubierta por la sangre de Cristo, y su orgullo religioso y jactancia fueron barridos por una mirada de Jesús, y Saulo encontró su lugar a los pies traspasados de Jesús de Nazaret. Su culpa no fue un obstáculo y su justicia no le sirvió de nada. Su culpa fue lavada con la sangre y su justicia se convirtió en basura y estiércol por la gloria moral de Cristo. No importaba “el *primero*” ni “yo *más*”. La cruz era el único remedio.

“Lejos esté de mí”, dice el primero de los pecadores y principal de los legalistas, “gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo” (Gálatas 6:14). Pablo tenía poca idea de lo que hacía y de lo que le esperaba confiando en su justicia y en sus crímenes. Se le había permitido obtener el laurel de la victoria en la gran batalla legal con sus “iguales en su nación” (Gálatas 1:14, RV 1909), solo para arrojarlo, como una cosa marchita y sin valor, al pie de la cruz. Se le permitió aventajar a todos en la oscura carrera de pecado, solo para ejemplificar el poder del amor de Dios y la eficacia de la sangre de Cristo. Saulo no estaba más cerca de Cristo como el primero de los legalistas que como el primero de los pecadores. No había mayor mérito justificante en sus más nobles esfuerzos en la escuela del lega-

lismo que en sus actos más descabellados de oposición al nombre de Cristo. Saulo fue salvo por gracia, por la sangre de Cristo y por la fe. No existe otro modo de que un pecador o un legalista sean salvos.

El más laborioso de los apóstoles

Otro punto existe en la historia de Pablo, que debemos considerar brevemente, a fin de mostrar los resultados prácticos de la gracia de Cristo, dondequiera que esa gracia sea conocida. Esto lo presentará como *el más laborioso de los apóstoles*.

Si bien Pablo aprendió a dejar de esforzarse para obtener una justicia propia, también aprendió a comenzar a trabajar para Cristo. Cuando vemos en el camino a Damasco los miles de pedazos en que fue deshecho el mejor y el peor de los hombres; cuando oímos esos acentos patéticos que emanan de las profundidades de un corazón quebrantado:

Señor, ¿qué *quieres* que yo haga?

“ (Hechos 9:6);

cuando vemos a ese hombre que había partido de Jerusalén llevado de un furioso celo por perseguir a la Iglesia, dejándose ahora llevar de la mano a Damasco, ciego e impotente como un niño, podemos esperar verle emprender una notable carrera de servicio, y no nos equivocamos.

Notemos el progreso de ese hombre tan notable; veamos esos gigantescos trabajos en la viña de Cristo; sus lágrimas, sus penas, sus viajes, sus peligros, sus luchas; veamos cómo lleva sus doradas mieses al granero celestial y los pone a los pies del Maestro; veamos cómo lleva las nobles “prisiones del Evangelio” (Filemón 13, V. M.), y, finalmente, poniendo su cabeza en el tajo para morir como mártir. ¿Puede alguien decir –después de todo esto– que el evangelio de la gracia que Dios regala –el evangelio de la salvación gratuita de Cristo–, acaba con las buenas obras? ¡De ningún modo!: Ese precioso evangelio es la única base verdadera sobre la cual el edificio de las buenas obras puede erigirse.

La moralidad sin Cristo, es una moralidad gélida y estéril. La benevolencia sin Cristo, es una benevolencia sin valor. Las ordenanzas sin Cristo, no tienen valor ni poder. La ortodoxia sin Cristo, es muerta e infructuosa. Debemos acabar definitivamente con el yo, ya sea un yo culpable o un yo religioso, y hallar en Cristo la porción que satisface nuestro corazón, ahora y siempre. Entonces podremos decir, sin reserva alguna:

Cristo, encuentro todo en ti,

Y no necesito más.

Y también:

Amor tan grande, sin igual,

En cambio exige todo el ser.

Esta fue la experiencia de Saulo de Tarso. Se libró de sí mismo y encontró su todo en Cristo; por eso, cuando recorremos las emocionantes páginas de su historia, oímos, desde lo profundo de su ruina, las palabras: “Yo soy el *primero*”; desde la cúspide del sistema legal: “Yo *más*”, y de en medio de los dorados campos de labor apostólica: “Antes bien he trabajado *más abundantemente* que todos ellos” (1 Corintios 15:10, V. M.).

La perseverancia final - La seguridad eterna del creyente

Querido amigo,

El tema de la perseverancia final, si bien, a nuestro juicio, es un tema muy simple, ha dejado perplejas a muchas personas; y las cuestiones que usted trae a nuestra consideración, así como los pasajes de la Escritura que aduce, prueban abundantemente que su mente no está del todo clara ni definida acerca de este punto. Sin embargo, es posible que usted tenga por objeto más bien ser útil a otros que instruirse a sí mismo, provocando una discusión de esta doctrina, a la luz de la Palabra. En cualquier caso, siempre será una bendición para nosotros compartir con nuestros lectores y con nuestros corresponsales la luz que el Señor, en su gracia, ha tenido a bien comunicarnos sobre temas que son de interés común para todos aquellos que aman la verdad.

Al intentar responder su interesante carta, tenemos que hacer tres cosas, a saber: En primer lugar, *establecer la doctrina de la perseverancia final* o, en otros términos, *la doctrina de la seguridad eterna* de todos los miembros de Cristo. En segundo lugar, responder las preguntas que nos presentó, y que, lo reconocemos, los opositores de la doctrina de la perseverancia final habitualmente plantean. Y, en tercer lugar, explicar los pasajes que ha citado y que parecen presentarle grandes dificultades. ¡Quiera el Espíritu Santo enseñarnos y darnos una mente enteramente sumisa a la autoridad de las Escrituras, a fin de que seamos capaces de formar un sano juicio sobre el tema que ahora habremos de examinar!

La doctrina de la perseverancia final o la seguridad eterna del creyente

Primeramente, pues, en cuanto a la doctrina de la perseverancia final, nos parece extremadamente clara y simple si uno la considera en su relación inmediata con Cristo, como, por cierto, toda doctrina debiera ser considerada. Cristo es el alma, el centro y la vida de toda doctrina. Una doctrina separada de Cristo, no es más que un dogma sin vida y sin poder, una mera idea en la mente, un simple artículo en un *credo*. Esta es, pues, la razón por la cual debemos considerar cada verdad en sus relaciones con Cristo. Debemos hacer de él siempre nuestro punto de vista y nuestro punto de partida. Solo si nos mantenemos cerca de Cristo, y si desde este gran punto central consideramos todos los demás puntos, podremos formarnos una idea verdaderamente correcta y justa de ellos. Si, por ejemplo, hago del *yo* mi punto de vista, y desde este punto considero la cuestión de la perseverancia final, puedo estar seguro de que no arribaremos sino a una visión enteramente falsa del tema, puesto que, de esta manera, se tratará de una cuestión de *mi* perseverancia final, y todo lo que dependa de *mí*, debe ser necesariamente incierto.

Pero si Cristo es mi punto de partida, y si, desde este centro, examino el tema, el punto de vista que tendré –puedo estar seguro– será correcto, puesto que entonces se tratará de una cuestión de la perseverancia de Cristo; pues bien, yo estoy perfectamente seguro de que él *perseverará* y de que ningún poder del mundo, de la carne o del diablo podrán jamás impedir que Cristo persevere hasta el fin para la salvación de aquellos a quienes compró con su propia sangre, porque él “puede también salvar *perpetuamente* (literalmente: *hasta lo sumo, completa o perfectamente*) a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos” (Hebreos 7:25). Esta es seguramente la perseverancia final, independientemente de cuáles puedan ser las dificultades o los poderes hostiles que surjan contra ella: “Él puede salvar hasta lo sumo”. El mundo con sus miles de trampas está contra nosotros; pero, afirma la Palabra, “Él puede”. El pecado en nosotros con sus miles de operaciones está contra nosotros; pero, “Él puede”. Satanás con sus miles de maquinaciones, está contra nosotros; pero, “Él puede”. En una palabra, se trata del poder de Cristo, no del nuestro; se trata de la fidelidad de Cristo, no de la nuestra; se trata de la perseverancia final de Cristo, no de la nuestra. Todo depende de él en este importante asunto. Él compró sus ovejas, y seguramente las guardará de la mejor manera posible; y, si tenemos en cuenta que “*toda* potestad le es dada en el cielo y en la tierra” (Mateo 28:18), sus ovejas deben estar perfectamente y para siempre seguras. Si alguna cosa pudiese tocar la vida del más débil cordero de su rebaño, entonces no podría decirse de Cristo, que tiene “Toda potestad”.

Es, pues, de la mayor importancia considerar la cuestión de la perseverancia final como inseparablemente ligada a Cristo. Entonces, las dificultades desaparecen; las dudas y los temores se desvanecen; el corazón es afirmado, la conciencia aliviada, el entendimiento iluminado. Es imposible que uno que forma parte del cuerpo de Cristo perezca jamás; y el creyente es parte de este cuerpo:

Somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos
“ (Efesios 5:30).

Cada uno de los miembros del cuerpo de Cristo estaba escrito en el libro del Cordero que fue inmolado, desde antes de la fundación del mundo, y nada ni nadie puede borrar lo que está escrito en ese libro. Oigamos lo que nuestro Señor Jesucristo dijo de aquellos que son Suyos: “Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les *doy* vida *eterna*; y no perecerán jamás, ni *nadie* [hombre, diablo o cualquier otro] las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre” (Juan 10:27-29).

Con toda seguridad, pues, la perseverancia final se halla comprendida en estas palabras; y, adviértase, además, que no es la perseverancia de los santos solamente, sino la del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Sí, querido amigo, esta es la manera en que quisiéramos que usted considerase el tema en cuestión. Es la perseverancia final de la santa Trinidad. Es la perseverancia del Espíritu Santo al abrir los oídos de las ovejas. Es la perseverancia del Hijo al recibir a todos aquellos cuyos oídos han sido así abiertos. Y, finalmente, es la perseverancia del Padre al guardar, en su propio nombre y en la palma de su eterna mano, el rebaño comprado por la sangre de su Hijo. Esto está demasiado claro. Debemos o bien admitir la verdad –la verdad consoladora y sustentadora de la perseverancia final–, o bien ceder a la blasfema proposición que atribuye al enemigo de Dios y del hombre el poder de proseguir, con éxito y hasta el fin, la lucha que sostiene contra la santa y eterna Trinidad. No existe término medio entre estas dos posibilidades. “La salvación es de Jehová” (Jonás 2:9), desde el principio hasta su consumación. Es una salvación gratuita, incondicional y eterna. Desciende a las partes más bajas hasta alcanzar al pecador, en toda su culpa, ruina y degradación, para elevarlo allá arriba donde Dios habita en toda su santidad, verdad y justicia; y esta salvación es eterna. Dios el Padre es la fuente; Dios el Hijo es el canal; y el Espíritu Santo es el poder por el cual esta salvación se aplica al alma y se goza. Todo es de Dios, del principio al fin; desde el fundamento del edificio hasta la piedra más alta, desde la eternidad hasta la eternidad. Si así no fuese, sería una presuntuosa necedad hablar de perseverancia final; pero, puesto que es así, sería una incredulidad presuntuosa pensar en otra cosa.

Es cierto que, tanto antes como después de la conversión, diversas y numerosas dificultades se presentan en el camino. Tenemos muchos adversarios poderosos; pero precisamente por esta razón debemos mantener la doctrina de la perseverancia final enteramente libre del *yo* y de todo lo que pertenece a él, y hacerla reposar simplemente en Dios. Cualesquiera que sean las dificultades, y a pesar de todos los adversarios, la fe puede siempre decir triunfante: “Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?”. Y más todavía: “¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito: Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; Somos contados como ovejas de matadero. Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni *ninguna otra cosa creada* nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro” (Romanos 8:31, 35-39).

En estos pasajes, de nuevo, la perseverancia final se enseña de la manera más clara y fuerte posible. “Ninguna cosa creada nos podrá separar”. Ni el yo, bajo ninguna de sus formas; ni Satanás, con todos sus artificios y maquinaciones; ni el mundo, con todos sus atractivos o sus desprecios, podrán jamás separar el “nos” de Romanos 8:39 del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro. Sin ninguna duda, hay personas que pueden ser engañadas, y ellas engañar a otras. Casos de conversiones simuladas pueden presentarse. Puede haber personas que parecen correr bien durante un tiempo, y después fallar. Las flores de la primavera pueden no venir acompañadas de los frutos maduros y dulces del otoño. Todas estas cosas pueden ocurrir y, además, los verdaderos creyentes pueden faltar en muchas cosas. Pueden tropezar y caer en su marcha. Pueden tener más de un motivo para juzgarse a sí mismos y para humillarse en los detalles de la vida práctica. Pero, dejando el mayor margen posible para todas estas cosas, la importante y preciosa doctrina de la perseverancia final permanece, no obstante, inquebrantable e intacta sobre su eterno y divino fundamento: “Yo les doy [a mis ovejas] vida *eterna* [no temporaria ni condicional]; y no perecerán *jamás*”. Y leemos también: “Sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella” (Mateo 16:18). La gente puede razonar según sus propias ideas y basar sus argumentos, en casos que se presentan de vez en cuando, en la historia de los cristianos profesantes ; mas, en cuanto a nosotros, considerando el tema desde un punto de vista divino, y basando nuestras convicciones en la segura e infalible Palabra de Dios, sostenemos que todos aquellos que pertenecen al “nos” de Romanos 8, a las “ovejas” de Juan 10, y a “la Iglesia” de Mateo 16, están tan seguros como Cristo puede hacer que lo estén, y nosotros creemos que esta es la suma y la sustancia de la doctrina de la perseverancia final.

Respuestas breves y puntuales a preguntas planteadas

En segundo lugar, querido amigo, responderemos breve y puntualmente a las preguntas que nos plantea.

a) «¿Podrá un creyente ser salvo, sin importar en qué camino de pecado pueda vivir y morir?». Un verdadero creyente será infaliblemente salvo; pero consideramos que la salvación incluye, no solamente una plena liberación de las consecuencias futuras del pecado, sino también del poder y de la práctica del pecado en el tiempo presente. Por eso si nos encontramos con alguno que vive en el pecado, y, sin embargo, presume de su seguridad de salvación, lo consideramos como un antinomiano , y de ningún modo como una persona salva.

“ Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad (1 Juan 1:6).

El creyente puede caer, pero será levantado; puede ser sorprendido, pero será restaurado; puede errar, pero será traído de vuelta, porque Cristo “puede salvarlo hasta lo sumo”, y ninguno de sus pequeños perecerá.

b) «¿Puede el Espíritu Santo morar en un corazón que *se entrega sin restricciones* al mal y a pensamientos impuros?». El cuerpo del creyente es el templo del Espíritu Santo (1 Corintios 6:19). Esta importante verdad es el fundamento sólido sobre el cual reposa toda exhortación a la pureza y a la santidad del corazón y de la vida. Somos exhortados a no contristar al Espíritu Santo (Efesios 4:30). «*Entregarse*» al mal y a pensamientos impuros, no es en absoluto la marcha cristiana. El cristiano puede verse asaltado, afligido y acosado por malos pensamientos y, en tales casos, solo tiene que mirar a Cristo para obtener la victoria. La marcha que conviene al cristiano está expresada de la siguiente manera en la primera epístola de Juan:

“ Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado, pues Aquel que fue engendrado por Dios le guarda, y el maligno no le toca (1 Juan 5:18).

Este es el lado divino de la cuestión. ¡Lamentablemente, sabemos que también está el lado humano! Pero juzgamos el lado humano por el divino. No rebajamos el punto de vista divino al nivel del punto de vista humano, sino que tenemos siempre por punto de mira el lado divino a pesar del lado humano. No deberíamos jamás estar satisfechos con nada que sea inferior a 1 Juan 5:18. Solo teniendo siempre en vista el verdadero modelo, podremos esperar alcanzar una altura moral más elevada. Hablar de tener el Espíritu, y, no obstante, «*entregarse*» al mal y a pensamientos impuros es, a nuestro juicio, el antiguo nicolaitismo (Apocalipsis 2:6, 15), o el moderno antinomianismo²⁾.

c) «Si es así, ¿no dirán los demás entonces que cada uno puede vivir como bien le parece?». Ahora bien, ¿cómo le gusta a un verdadero cristiano vivir? Como Cristo, tanto como sea posible. Si alguien hubiese dirigido esta pregunta a Pablo, ¿cuál habría sido su respuesta?: 2 Corintios 5:14-15 y Filipenses 3:7-14 nos proporcionan la respuesta. Es de temerse que aquellos que hacen este tipo de preguntas, no conocen sino poco de Cristo. Comprendemos que una persona pueda hallarse

atrapada en los lazos de un sistema teológico que no contempla más que un solo lado de la verdad, y que esté perpleja por los dogmas opuestos de la teología sistemática; pero creemos que aquel que saca de la libertad, de la soberanía y de la firmeza eterna de la gracia de Dios, una excusa para vivir en el pecado, no conoce nada del cristianismo, ni tiene “parte ni suerte en este asunto”, sino que se encuentra en una condición peligrosa y verdaderamente horrible.

En cuanto al caso que usted aduce de un joven que oyó a un ministro declarar en su sermón que «una vez niño, uno es siempre niño», y que tomó ocasión de eso para entregarse y vivir abiertamente en el pecado, no es más que un ejemplo entre mil. Creemos que el ministro tenía razón en lo que dijo, y que el joven estuvo equivocado en lo que hizo. Juzgar las palabras del primero por los actos del último sería un grave error. ¿Qué pensaría yo de mi hijo, si él dijese: «una vez hijo, siempre hijo» y, por tanto, puedo proceder a romper los vidrios de mi padre y a cometer todo tipo de desmanes?

Juzgamos el enunciado del ministro por la Palabra de Dios, y lo declaramos verdadero; juzgamos la conducta del joven por la misma regla, y declaramos que es mala. El asunto es muy simple. No tenemos ninguna razón para creer que el desdichado joven haya realmente gustado alguna vez la verdadera gracia de Dios, porque, si así hubiese sido, él habría amado, cultivado y practicado la santidad. El cristiano tiene que luchar contra el pecado, pero *luchar* contra el pecado y *revolcarse* en el pecado, son dos cosas totalmente opuestas. En el primer caso, podemos contar con la simpatía y la gracia de Cristo para nuestra ayuda; en el otro, se blasfema de hecho el nombre de Cristo por el hecho de que tal conducta hace a Cristo ministro de pecado.

Consideramos que es un grave error juzgar la verdad de Dios por las acciones de los hombres. Todos los que lo hacen deberán llegar a una falsa conclusión. Precisamente se requiere hacer lo contrario para estar en la verdad. Echemos mano de la verdad de Dios primero, y después juzguemos todas las cosas por esta verdad. Tomemos la regla divina, y que ella sea para nosotros la medida de todas las cosas. Tomemos la balanza del santuario, y midamos el peso de todas las cosas y de cada uno. No debemos regular la balanza según el peso de cada uno, sino que el peso justo de cada uno debe ser juzgado tal como lo marca la balanza divinamente calibrada. Aunque diez mil profesantes renunciaran a su profesión para vivir y morir abiertamente en el pecado, ello no sacudiría nuestra confianza en la doctrina divina de la perseverancia final. La misma Palabra que prueba la verdad de esta doctrina, prueba también la falsedad de la profesión de los tales. “Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros” (1 Juan 2:19).

“ El fundamento de Dios está firme, teniendo este sello: Conoce el Señor a los que son suyos; y: Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo
(2 Timoteo 2:19).

Explicación de pasajes generalmente aducidos por aquellos que procuran destruir la doctrina de la perseverancia final

Vamos, en tercer lugar, a examinar los diversos pasajes de las Escrituras que, como usted dice, habitualmente aducen aquellos que quieren hacer zozobrar la doctrina de la perseverancia final. Pero, antes de hacerlo, consideramos importante establecer un principio fundamental que, a nuestro juicio, es de gran utilidad en la interpretación de la Escritura en general. Este principio es muy simple: *Ningún pasaje de la Escritura puede, bajo ningún concepto, contradecir otro*. Si se diera el caso, pues, de alguna contradicción aparente, ella no podría provenir sino de nuestra falta de inteligencia espiritual. Si, por ejemplo, alguien fuese a citar Santiago 2:24 en defensa de *la doctrina de la justificación por las obras*, podría ser que yo no fuera capaz de responder. Es muy posible que millares de personas, como Lutero, se hayan visto tristemente perplejas por este pasaje. Ellas han podido experimentar la más clara y plena seguridad de su justificación, no por alguna obra que hayan hecho, sino simplemente “por la fe en Jesucristo”, y, sin embargo, ser completamente incapaces de explicar estas palabras de Santiago:

“ Vosotros veis, pues, que el hombre es justificado por las obras, y no solamente por la fe
(Santiago 2:24).

Ahora bien, ¿cómo debe uno enfrentar una dificultad como esa? No se entiende realmente al apóstol Santiago. Uno se encuentra muy perplejo por la aparente contradicción entre Santiago y Pablo. ¿Qué se puede hacer? Nada más que aplicar el principio recién mencionado: que ningún pasaje de la Escritura puede, bajo ningún concepto, contradecir otro. Podríamos también considerar que no es posible una colisión entre dos cuerpos celestiales que circulan cada uno en su órbita asignada por el Creador, como tampoco ver dos autores inspirados contradecirse en sus aserciones. Ahora bien, leo en Romanos 4:5 palabras tan claras como estas: “Mas *al que no obra*, sino cree en aquel que justifica al impío, su *fe* le es contada por justicia”. Aquí encontramos que las obras quedan completamente excluidas como fundamento de la justificación, y la fe sola es reconocida. Asimismo en el capítulo 3:28, leemos: “Concluimos, pues, que el hombre es justificado por fe *sin*[o aparte de] *las obras de la ley*” (griego: *choris ergon nomou*). Y de nuevo: “Justifica-

dos, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios” (Romanos 5:1). En la epístola a los Gálatas, tenemos una enseñanza enteramente similar, expresada en estas palabras: “*Sabiendo* que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo, nosotros [los judíos] también hemos creído en Jesucristo, para ser justificados por la fe de Cristo (griego: *ek pisteos*) y no por las obras de la ley, por cuanto por las obras de la ley nadie será justificado” (Gálatas 2:16).

En todos estos pasajes, y en muchos otros más, las obras son cuidadosamente excluidas como fundamento de la justificación, y el lenguaje de estos textos es tan simple y claro que aun “el que anduviere en este camino, por torpe que sea, no se extraviará” (Isaías 35:8). Si, pues, no podemos explicar Santiago 2:24, debemos o bien negar la inspiración del pasaje, o bien recurrir a nuestro principio, a saber, que ningún pasaje de la Escritura puede jamás contradecir otro, y con una confianza inquebrantable y una tranquilidad perfecta, continuar en nuestro gozo en la gran verdad fundamental de la justificación por la fe sola, completamente aparte de toda obra de ley.

Después de haber llamado la atención de mi lector respecto del famoso pasaje de Santiago 2:24, no será superfluo quizá añadir de paso algunas palabras que podrán facilitarle la comprensión. El versículo 14 contiene una pequeña palabra que nos proporciona la clave de todo el pasaje. “¿De qué aprovechará si alguno *dice* que tiene fe, y no tiene obras?”, pregunta el inspirado apóstol (Santiago 2:14). Si él hubiese dicho: «¿De qué aprovechará si alguno *tiene* fe?», la dificultad sería insuperable, y el desconcierto desesperado. Pero esta importante palabra —“dice”— remueve toda dificultad, y expone, de la manera más simple, la doctrina que el apóstol tiene en vista. Podríamos también preguntar: «¿De qué aprovechará si alguno *dice* que posee cien mil dólares de renta anual, si no los posee?».

Ahora bien, sabemos que la palabra “dice” es constantemente omitida por aquellos que citan de memoria Santiago 2:14. Algunos hasta se han atrevido a afirmar que esta palabra no se halla en el original. Pero cualquiera que tiene nociones de griego, no tiene más que leer el pasaje para verificar que la palabra *lege* (dice) ha sido puesta allí por el Espíritu Santo, y que todos nuestros principales críticos y editores del Nuevo Testamento la han dejado; apenas podríamos concebir, en un pasaje, una palabra de más vital importancia. Creemos que la influencia de esta palabra se hace sentir de un extremo al otro en todo este contexto donde aparece. No sirve de nada que un hombre *digamemente* que tiene fe; pero si realmente la tiene, hay para él “provecho” para el tiempo y para la eternidad, ya que la fe lo une a Cristo y lo pone en posesión plena e inalienable de todo lo que Cristo ha hecho y de todo lo que él es para nosotros delante de Dios.

Esto nos conduce a otro aspecto del tema que contribuirá más a desvanecer las aparentes contradicciones entre los dos inspirados apóstoles, Pablo y Santiago. Hay una diferencia muy sustancial entre *las obras de la ley* y *las obras de la fe*. Pablo, con un santo celo, excluye las primeras; mientras que Santiago recomienda con insistencia las últimas. Pero nótese con cuidado que son solo las primeras las que Pablo excluye, así como son solo las últimas las que Santiago recomienda. Las obras de Abraham y de Rahab no fueron obras de ley, sino obras de fe, de la vida divina en ellos. Ellas eran el fruto natural y genuino de la fe, aparte de la cual, ellas no habrían poseído absolutamente ninguna virtud justificadora.

Es digno de notar que, en la historia de cuatro mil años antes de Cristo, el Espíritu Santo, por el apóstol, haya hecho elección de obras tales como las de Abraham en Génesis 22 y la de Rahab en Josué capítulo 2, más que alegar algunos de los numerosos actos de caridad o de benevolencia, si bien seguramente pudo haber seleccionado fácilmente muchos de ellos a partir de la inmensa masa de materiales que tenía a su disposición. Parece que, previendo el uso que el enemigo haría del pasaje que ahora estamos considerando, el Espíritu Santo eligió con cuidado dos ejemplos similares en apoyo de su tesis, que prueban, sin lugar a ninguna duda, que él insiste a favor de las obras de fe, y no a favor de las obras de ley; de manera que la inapreciable doctrina de la justificación por la fe, aparte de las obras de la ley, permanezca enteramente intacta.

Finalmente, si alguno deseara saber cuál es la diferencia entre las obras legales y las obras de la fe, podemos decir simplemente que las obras de ley son aquellas que se llevan a cabo con el objeto de obtener la vida; las obras de fe, en cambio, son el fruto natural y genuino de la vida divina que uno posee. Pero, ¿qué se debe hacer para obtener la vida?

“ De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, *tiene* vida eterna
(Juan 5:24).

Es menester que tengamos la vida *antes* de poder hacer la obra más insignificante; y obtenemos la vida, no “diciendo” que tenemos fe, sino que, teniéndola realmente, obtenemos la vida; y cuando tenemos la vida, seguramente manifestaremos los preciosos frutos de la fe, para la gloria de Dios.

Así pues, podemos no solamente creer implícitamente que Pablo y Santiago *deben* estar de acuerdo, sino que claramente vemos que *lo están*.

Habiendo así procurado definir nuestro principio e ilustrarlo mediante ejemplos, dejamos que usted, querido amigo, lo aplique en los diferentes casos difíciles y desconcertantes que se le puedan presentar al estudiar la Escritura, mientras que nosotros intentaremos explicar, en la medida que el Señor nos dé la capacidad, los importantes pasajes de la Escritura que usted nos ha presentado.

1. 2 Pedro 2:1

La primera cita está tomada de la segunda Epístola de Pedro: “Pero hubo también falsos profetas entre el pueblo, como habrá entre vosotros falsos maestros, que introducirán encubiertamente herejías destructoras, y aun negarán al Señor que los rescató, atrayendo sobre sí mismos destrucción repentina” (cap. 2:1). La dificultad de este pasaje surge, probablemente, de estas palabras: “Negarán al Señor que los rescató”. Pero no existe realmente ninguna dificultad en estas palabras. El Señor tiene un doble derecho sobre cada uno, hombre, mujer y niños, bajo la bóveda celeste. Un derecho basado en la creación (Juan 1, Colosenses 1 y Hebreos 1), y un derecho basado en la redención, como Hijo del hombre, por el cual compró todo (en Mateo 13:44 se ve que el campo es comprado para obtener el tesoro que está en él, y previamente en el v. 38 se dice que el campo es el mundo). A esto último se refieren las palabras del apóstol. Los falsos maestros no solamente negarán al Señor que los *hizo*, sino también al Señor que los *compró*. Es importante prestar atención a este punto; ello nos ayudará a aclarar más de una dificultad. El Señor Jesús ha adquirido un derecho sobre todos los miembros de la familia humana. El Padre le dio potestad sobre toda carne (Juan 17:2). De ahí el pecado de aquellos que lo niegan. Sería un pecado que se lo negara como Creador. Es un pecado mayor negarle como Redentor. No se trata en absoluto de una cuestión de regeneración o nuevo nacimiento. El apóstol no dice que «negarán al Señor que los hizo nacer de nuevo». En este caso, ciertamente habría una dificultad; pero tal como el pasaje está construido, deja enteramente intacta la doctrina de la perseverancia final.

2. 2 Pedro 2:20-22

El segundo pasaje se encuentra al final del mismo capítulo (v. 20-22). “Ciertamente, si habiéndose ellos escapado de las contaminaciones del mundo, por el conocimiento del Señor y Salvador Jesucristo, enredándose otra vez en ellas son vencidos, su postrer estado viene a ser peor que el primero... Pero les ha acontecido lo del verdadero proverbio: El perro vuelve a su vómito, y la puerca lavada a revolcarse en el cieno”. La difusión del conocimiento de las Escrituras y de la luz del Evangelio puede ejercer –y ejerce frecuentemente– una asombrosa influencia sobre la con-

ducta y el carácter de personas que jamás han conocido y experimentado el poder salvador, vivificador y liberador del evangelio de Cristo. Es casi imposible que una Biblia abierta circule o que un evangelio gratuito sea predicado, sin que sean acompañados de resultados sorprendentes, en los que, sin embargo, se verá que falta por completo el gran resultado esencial: el nuevo nacimiento. Se pueden dejar muchos hábitos groseros, renunciar a diversos actos de impureza, bajo la influencia de un “conocimiento del Señor y Salvador Jesucristo” puramente *intelectual*, sin que el *corazón* haya sido jamás realmente alcanzado para salvación. Ahora bien, se verá siempre que aquellos que escapan de la influencia de la luz evangélica –si bien esta influencia nunca se extendió más allá de su conducta exterior– se hunden en el mal mucho más profundamente que antes de haber sufrido esta influencia, y se entregan más que nunca a excesos de mundanalidad e insensatez; “su postrer estado viene a ser peor que el primero” (v. 20). El diablo halla todo su deleite en arrastrar al *otrora* profesante en un fango más profundo que aquel en el cual se revolcaba en los días de su ignorancia y de su indiferente necedad. De ahí la urgente necesidad de insistir, a todos aquellos con quienes nos relacionamos, sobre la importancia de volver segura su profesión, de tal manera que el conocimiento de la verdad no actúe solamente sobre su conducta exterior, sino que alcance el corazón y comunique esa vida que, una vez que se la posee, jamás se puede perder. No hay nada en este pasaje que pueda horrorizar a la oveja de Cristo, sino más bien serias advertencias para aquellos que, aunque hayan revestido por un tiempo la apariencia exterior de ovejas, jamás han sido interiormente algo distinto del perro o de la puerca.

3. Ezequiel 18:24-26

“Mas si el justo se apartare de su justicia y cometiere maldad, e hiciere conforme a todas las abominaciones que el impío hizo, ¿vivirá él? Ninguna de las justicias que hizo le será tomada en cuenta; por su rebelión con que prevaricó, y por el pecado que cometió, por ello morirá... Apartándose el justo de su justicia, y haciendo iniquidad, él morirá por ello; por la iniquidad que hizo, morirá”. Con esto podemos relacionar su alusión a 2 Crónicas 15:2: “Jehová estará con vosotros cuando vosotros estéis con él. Si le buscáis, él se dejará hallar; pero si le abandonáis, él os abandonará”. Nos sentimos constreñidos, querido amigo, a decir que aquellos que aducen pasajes de la Escritura tales como estos, como si afectaran en alguna medida la verdad de la perseverancia final de los miembros de Cristo, dan evidencias de una triste falta de inteligencia espiritual. Estos pasajes, así como otros innumerables textos análogos del Antiguo Testamento, al igual que muchos pasajes similares del Nuevo, nos exponen el tema profundamente importante del gobierno moral de Dios. Ahora bien, ser simplemente un objeto del gobierno de Dios es una cosa, y

ser un objeto de su gracia inmutable, es otra. Nunca debemos confundirlos. Tratar a fondo este tema, desarrollando y haciendo referencia a los diversos pasajes que lo ilustran y le dan vigor, demandaría un volumen. Aquí solo nos limitaremos a añadir que, según nuestra íntima persuasión, ninguno que no distinga correctamente entre el hombre bajo el gobierno y el hombre bajo la gracia, podría comprender la Palabra de Dios. En el primer caso, el hombre es considerado como marchando aquí abajo en una posición de responsabilidad y de peligro; en el segundo caso, es considerado como asociado con Cristo en lo alto, en una posición de privilegios inalienables y de eterna seguridad. Los dos pasajes del Antiguo Testamento a los que usted nos remitió, se relacionan enteramente con el gobierno de Dios y, en consecuencia, no tienen absolutamente nada que ver con la cuestión de la perseverancia final.

4. Mateo 12:45

“Entonces va, y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entrados, moran allí; y el postrer estado de aquel hombre viene a ser peor que el primero. Así también acontecerá a esta mala generación”. La última frase de este pasaje explica todo el contexto. Nuestro Señor describe la condición moral del pueblo judío. El espíritu de idolatría había salido de ellos, pero solo por un tiempo, y para volver de nuevo con una fuerza y una energía siete veces mayores, de manera que su postrer estado vendrá a ser infinitamente peor que todo lo que habrá tenido lugar hasta entonces en su maravillosa historia. Este pasaje, tomado en una acepción secundaria, bien puede aplicarse a un individuo que, habiendo sufrido cierto cambio moral y manifestado un grado de mejora en su conducta exterior, luego retrocede y se vuelve más abiertamente corrompido y más vicioso que nunca.

5. 2 Juan 8-9

“Mirad por vosotros mismos, para que no perdáis el fruto de vuestro trabajo, sino que recibáis galardón completo. Cualquiera que se extravía, y no persevera en la doctrina de Cristo, no tiene a Dios; el que persevera en la doctrina de Cristo, ese sí tiene al Padre y al Hijo”. En el versículo 8 el apóstol exhorta a la señora elegida y a sus hijos a que miren por sí mismos, de manera de no perder nada del fruto de su ministerio. La señora y sus hijos debían ser una parte de su recompensa en el día de gloria venidero, y el apóstol deseaba ardientemente presentarlos exentos de faltas en presencia de esta gloria, a fin de recibir su plena recompensa. El versículo 9 no requiere ninguna explicación. Es de una simplicidad solemne. Si alguno no *permanece* en la doctrina de Cristo⁴⁾, no posee nada. Dejemos escurrir la verdad en cuanto a Cristo, y no tendremos ninguna

seguridad respecto de nada. El cristiano tiene con toda seguridad necesidad de andar con vigilancia para escapar de las múltiples trampas y tentaciones que lo rodean; pero ¿cómo será esta vigilancia mejor obtenida o mantenida: poniendo su pie sobre la arena movediza de sus propias obras, o fijándolos firmemente sobre la roca de la salvación eterna de Dios? ¿Cuál es la posición más favorable para el ejercicio de la vigilancia y de la oración: aquella en la cual uno vive en la duda y el temor perpetuos, o aquella en la cual uno reposa con una confianza ingenua en el inmutable amor de un Dios salvador? Creemos poder anticipar su respuesta, querido amigo.

6. Apocalipsis 3:11

“He aquí, yo vengo pronto; retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona”. En este pasaje hay dos cosas que deben considerarse: primero, que se trata de un mensaje dirigido a una asamblea, y, segundo, no dice «Que ninguno tome tu *vida*». Un *siervo* puede perder su *recompensa*; pero un *hijo* no puede jamás perder su vida eterna. Se evitarían una multitud de dificultades si se prestase atención a esto. Una cosa es la relación de hijo; y muy otra es la relación de discípulo. Una cosa es la seguridad en Cristo, y muy otra el testimonio para Cristo. Si nuestra seguridad dependiese de nuestro testimonio, o nuestra relación de hijos, de nuestra fidelidad como discípulos, ¿dónde estaríamos? Es cierto que, cuanto más conozco mi seguridad y más gozo de mi relación de hijo, más efectivo será también mi testimonio, y más fiel seré como discípulo; pero estas son cosas que nunca deben confundirse.

Por último, querido amigo, usted dice: «Todos los textos que hablan de perseverar hasta el fin y de vencer, indican que, puesto que existe la posibilidad de no perseverar y de no vencer, es también posible no ser finalmente salvo». A esto respondemos simplemente que siempre será un placer para nosotros examinar de cerca con usted cada uno de los pasajes a los cuales ha hecho alusión de una manera general, y probar, por la gracia de Dios, que ninguno de estos pasajes, correctamente interpretados, militan en el menor grado contra la preciosa verdad de la perseverancia final; sino que, al contrario, cada uno de ellos contiene en sí mismo o en su contexto inmediato, la prueba que armoniza perfectamente con la verdad de la seguridad eterna del más débil cordero de todo el rebaño que Cristo compró con su propia sangre .

¡Quiera el Señor establecer siempre más firmemente nuestras almas en su verdad, y “preservarnos para su reino celestial”, para gloria de su santo nombre!

El sábado, la ley y el ministerio cristiano

El sábado

Si se tratara simplemente de guardar o no un día, el tema se resolvería fácilmente, porque, en Romanos 15:5-6 y en Colosenses 2:16, el apóstol nos enseña que tales cosas no deben ser motivo de juicio. Pero como hay un gran principio implicado en el asunto del sábado, creemos que es de suma importancia colocarlo sobre una base bíblica clara. Citaremos el cuarto mandamiento completo: “Acuérdate del día de reposo para santificarlo. Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios; no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas. Porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, Jehová bendijo el día de reposo y lo santificó” (Éxodo 20:8-11). Esta misma ley se repite en Éxodo 31:12-17. Y en Números 15:32-36 la vemos aplicada a un hombre que es apedreado por recoger leña en día sábado. Todo esto es simple y suficiente. El hombre no tiene más derecho de modificar la ley de Dios respecto al sábado, que respecto a matar, cometer adulterio o robar. Creemos que esto no puede ser puesto en duda. Todo el Antiguo Testamento establece que el séptimo día es el sábado; y el cuarto mandamiento establece el modo en que debe observarse. Ahora bien, preguntamos: ¿Dónde se sigue este precedente? ¿Dónde se obedece este mandato? ¿No es evidente que la iglesia profesante ni guarda el sábado en el día correcto, ni lo hace del modo bíblico? Los mandamientos de Dios quedan sin efecto por las tradiciones humanas, y las gloriosas verdades que rondan “el día del Señor” se pierden de vista. El judío es despojada de su día distintivo y de todos los privilegios relacionados con él —que actualmente solo están suspendidos—, mientras el endurecimiento judicial pesa sobre ese amado e interesante pueblo, ahora juzgado y dispersado. Además, la Iglesia es despojada de su día distintivo y de todas las glorias relacionadas con él, lo cual, si realmente se comprendiera, tendría el efecto de elevarla por encima de las cosas terrenales y posicionarla en el lugar que propiamente le pertenece, unida por la fe a su Cabeza glorificada en el cielo. En consecuencia, no tenemos ni un judaísmo puro, ni un cristianismo puro, sino un sistema anómalo que resulta de una combinación completamente antibíblica de los dos.

Sin embargo, no intentaremos desarrollar la doctrina del sábado —de una gran profundidad espiritual—, sino que nos limitaremos a seguir la clara y expresa enseñanza de la Escritura sobre el tema. Ahora bien, si la iglesia profesante cita el cuarto mandamiento y pasajes paralelos en defensa de la observación del sábado, es evidente que, en casi todos los casos, la ley es dejada

completamente de lado. Obsérvese que dice explícitamente: “No hagas en él obra *alguna*” (Éxodo 20:10). Esto debería ser absolutamente obligatorio para todos los que pisan terreno judío. No hay ningún espacio aquí para introducir lo que se estima que son «obras de necesidad». Podemos pensar que es necesario encender fuego (véase Éxodo 35:3), hacer que los criados ensillen nuestros caballos y nos lleven de un lado para otro. Pero la ley es severa y absoluta, severa e inflexible. No es posible que baje su nivel de exigencia para adaptarse a nuestra conveniencia o acomodarse a nuestros pensamientos. El mandato respecto al “séptimo día” – que corresponde a nuestro día sábado–, es: “No hagas en él obra *alguna*”. No hay un solo pasaje de la Escritura en el que el día haya sido cambiado, o en el que se haya relajado su rigurosa observancia en la más pequeña medida.

Rogamos al lector de estas líneas que haga una pausa y escudriñe a fondo este asunto a la luz de las Escrituras. No se deje espantar como si se tratase de una terrible pesadilla, sino escudriñe “las Escrituras” con la misma nobleza de espíritu que tenían los bereanos (Hechos 17:11). Al hacerlo verá que desde el segundo capítulo del Génesis hasta el último pasaje en que se menciona el sábado, siempre se refiere al séptimo día, y a ningún otro; verá también que no hay ni una sombra de autoridad divina para cambiar el modo de observar ese día. La ley es la ley; y, si estamos bajo la ley, estamos obligados a guardarla, de lo contrario seremos malditos,

“ pues escrito está: Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas (Deuteronomio 27:26; Gálatas 3:10).

Pero se dirá: «No estamos bajo la ley mosaica; somos parte de la economía cristiana» (véase Romanos 6:14). Esto lo reconocemos plena y gustosamente. Todo cristiano verdadero, según la enseñanza de Romanos 7 y 8, y de Gálatas 3 y 4, tiene el feliz privilegio de ser parte de la dispensación cristiana. Pero, en este caso, ¿cuál es el día que caracteriza especialmente a esta dispensación? No es “el séptimo día”, sino “el primer día de la semana”, “el día del Señor”. Este es el día del cristiano por excelencia. Observe este día con toda la santidad, la sagrada reverencia, el santo retiro, el tono elevado, del cual su nueva naturaleza es capaz. Creemos que nunca como en el día del Señor, retirarse de todas las cosas seculares cobra tanta importancia para un cristiano. La idea que algunos que se llaman cristianos tienen de hacer del día del Señor un día de recreo y esparcimiento, de viajes innecesarios, de conveniencia personal o de beneficio en las cosas temporales, la consideramos muy irreverente. Somos de la opinión de que tal modo de obrar no puede sino ser severamente censurado. Podemos afirmar con absoluta certeza que nunca aún

nos hemos encontrado con un creyente piadoso, inteligente y cuerdo que no haya amado y reverenciado el día del Señor; tampoco podríamos tener la menor simpatía con alguien que profane deliberadamente ese día santo y feliz.

Sabemos, lamentablemente, que algunas personas, ya sea por ignorancia o por sentimientos equivocados, dijeron cosas en relación con el día del Señor que rechazamos completamente, y que han hecho cosas en el día del Señor que desaprobamos totalmente. Creemos que hay un conjunto de enseñanzas sobre el importante tema del día del Señor en el Nuevo Testamento más que suficientes para que ese día tenga su lugar apropiado en toda mente equilibrada:

- El Señor Jesús resucitó de entre los muertos en ese día (Mateo 28:1-6; Marcos 16:1-2; Lucas 24:1; Juan 20:1).
- Se mostró a sus discípulos varias veces en dicho día (Juan 20:19, 26).
- Los primeros discípulos se reunieron ese día para partir el pan (Hechos 20:7).
- El apóstol, por el Espíritu Santo, instruye a los corintios a que pongan aparte algo para los pobres en tal día (1 Corintios 16:2).
- Y, finalmente, el exiliado apóstol Juan estaba en el Espíritu y recibió las visiones del futuro en ese día (Apocalipsis 1:10).

Los pasajes citados son concluyentes. Demuestran que el día del Señor ocupa un lugar completamente único, celestial y divino. Pero prueban también la entera distinción entre el sábado judío y el día del Señor. Todo el Nuevo Testamento distingue estos dos días con la misma claridad con que distinguimos un día sábado de un día domingo. La única diferencia es que estos últimos son nombres paganos, mientras que los primeros, divinos (compárese Mateo 28:1; Hechos 13:14, 17:2; 20:7; Colosenses 2:16).

Una vez dicho lo suficiente sobre el sábado judío y el día del Señor, sugeriremos al lector las siguientes preguntas: ¿Dónde se dice en la palabra de Dios que el sábado ha sido cambiado por el primer día de la semana? ¿Dónde consta que la ley del sábado ha sido revocada? ¿Dónde está la autoridad para modificar el día o el modo de guardarlo? ¿Dónde encontramos en la Escritura la expresión «el sábado cristiano»? ¿Dónde se llama «sábado» al día del Señor?

Ninguno de nuestros queridos hermanos en las diversas denominaciones en derredor podría querer más que nosotros observar piadosamente el día del Señor. Amamos y honramos ese día con todo nuestro corazón; y si no fuera porque la misericordiosa providencia de Dios ha dispuesto las cosas en estas tierras de modo tal que podemos disfrutar del reposo y el retiro del día del

Señor sin sufrir pérdidas monetarias , nos sentiríamos llamados a abstenernos de trabajar, y a entregarnos por completo a la adoración y al servicio de Dios ese día, no como un asunto de frío legalismo, sino como un santo y feliz privilegio.

Causaría un profundo dolor a nuestro corazón ver a un verdadero cristiano colocándose en el mismo terreno que los impíos, los profanos, los irreflexivos y las multitudes que van tras los placeres, profanando así el día del Señor. Sería ciertamente triste si los hijos del reino y los hijos de este mundo se encontraran en un tren de excursión durante el día del Señor. Estamos persuadidos de que cualquiera que de alguna manera profane o trate con ligereza el día del Señor, actúa en directa oposición a la Palabra y al Espíritu de Dios.

Sigamos con los demás puntos.

La ley

A la ley se la contempla erróneamente de dos maneras:

Primero, como *fundamento de la justificación*, y

Segundo, como *regla de vida* del cristiano.

Un pasaje o dos de la Escritura serán suficientes para zanjar la cuestión tanto de lo uno como de lo otro. En cuanto a la *justificación*: “Ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado”. “Concluimos, pues, que el hombre es justificado por fe sin las obras de la ley” (Romanos 3:20, 28).

“Sabido que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo, nosotros también hemos creído en Jesucristo, para ser justificados por la fe de Cristo y no por las obras de la ley, por cuanto por las obras de la ley nadie será justificado” (Gálatas 2:16).

En cuanto al hecho de ser una *regla de vida*, leemos:

“Así también vosotros, hermanos míos, habéis muerto a la ley mediante el cuerpo de Cristo, para que seáis de otro, del que resucitó de los muertos, a fin de que llevemos fruto para Dios”. “Mas ahora estamos libres de la ley, habiendo muerto á aquella en la cual estábamos detenidos, para que sirvamos en novedad de espíritu, y no en vejez de letra” (Romanos 7:4, 6, RV 1909).

Obsérvense dos cosas en este último pasaje citado:

1. “Estamos libres de la ley”
2. No para hacer lo que agrada a la vieja naturaleza, sino “para que sirvamos en nove-

dad de espíritu”.

Aunque fuimos librados de esclavitud, tenemos el privilegio de “servir” en libertad. Asimismo, leemos también en este capítulo: “Y hallé que el mismo mandamiento que era para vida, a mí me resultó *para muerte*” (v. 10). Evidentemente, la ley no demostró ser una prueba de *vida* para él. “Y *yo sin la ley vivía* en un tiempo; pero *venido el mandamiento*, el pecado revivió y *yo morí*” (v. 9). Independientemente de quién represente el “yo” en este capítulo de la epístola a los Romanos, él estaba vivo *hasta que* vino la ley, y entonces murió. De ahí, pues, que la ley no podía haber sido una regla de vida para él; ella, en realidad, era todo lo contrario: una regla de muerte.

Es evidente, pues, que un pecador no puede ser justificado por las obras de la ley; y es igualmente evidente que la ley no constituye la regla de vida del creyente: “Porque todos los que dependen de las obras de la ley están bajo maldición, pues escrito está: Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas” (Gálatas 3:10). La ley no reconoce ninguna distinción entre un hombre nacido de nuevo y otro que no lo es; maldice a todos los que intentan colocarse ante ella; rige y maldice a un hombre entretanto este vive. Nadie como el verdadero creyente reconocerá plenamente que es incapaz de guardarla, y nadie así estaría más completamente bajo la maldición.

¿Cuál es, pues, *el fundamento de nuestra justificación?*, y ¿cuál es nuestra *regla de vida*? La Palabra de Dios responde de la siguiente manera: Somos “justificados por la fe de Cristo” (Gálatas 2:16), y Cristo es nuestra regla de vida. Él llevó todos “nuestros pecados en su propio cuerpo sobre el madero” (1 Pedro 2:24). Fue “hecho por nosotros maldición” (Gálatas 3:13). Bebió por nosotros la copa de la justa ira de Dios “hasta sus sedimentos” (Isaías 51:17; Juan 18:11). Despojó a la muerte de su aguijón, y al sepulcro de su victoria (1 Corintios 15:55-56). Dio su vida por nosotros. Descendió a la muerte, donde yacíamos nosotros, en estado de muerte y condenación, para llevarnos a una eterna asociación con él en vida, justicia, favor y gloria delante de nuestro Dios y de Su Dios, de nuestro Padre y de Su Padre (véanse cuidadosamente los siguientes pasajes: Juan 20:17; Romanos 4:25; Romanos 5:1-10; Romanos 6:1-11; Romanos 7; Romanos 8:1-4; 1 Corintios 1:30-31; 1 Corintios 6:11; 1 Corintios 15:55-57; 2 Corintios 5:17-21; Gálatas 3:13, 25-29; Gálatas 4:31; Efesios 1:19-23; Efesios 2:1-6; Colosenses 2:10-15; Hebreos 2:14-15; 1 Pedro 1:23.). Si el lector pondera con oración todos estos pasajes de la Escritura, verá claramente que no somos justificados por las obras de la ley; y no solo eso, sino que también verá cómo somos justificados. Verá los profundos y sólidos fundamentos de la vida, la justicia y la paz cristianas, conforme al plan que Dios tenía

en sus consejos eternos, puestos en la expiación cumplida por Cristo, desarrollados por Dios el Espíritu Santo en la Palabra escrita, y hechos efectivos en la feliz experiencia de todos los verdaderos creyentes.

En cuanto a la *regla de vida del creyente*, el apóstol no dice: «Para mí el vivir es la ley», sino: “Para mí el vivir es Cristo” (Filipenses 1:21). Cristo es nuestra regla, nuestro modelo, nuestra piedra de toque, nuestro todo. Lo que el cristiano debiera preguntarse continuamente en su vida, no es: «¿Es esto o aquello conforme a la ley?», sino: «¿Es esto conforme a Cristo?». La ley nunca podría enseñarme a amar, a bendecir y a orar por mis enemigos; pero esto es precisamente lo que el Evangelio me enseña a hacer, y lo que la nueva naturaleza me lleva a hacer.

El cumplimiento de la ley es el amor



(Romanos 13:10).

Y sin embargo, si yo fuese a buscar justificación por la ley, estaría perdido; y si hiciera de la ley mi norma de acción, erraría totalmente mi propio blanco. Fuimos predestinados para ser conformados, no a la ley, sino a la imagen del Hijo de Dios. Debemos ser como él (véanse los siguientes pasajes: Mateo 5:21-48; Romanos 8:29; 1 Corintios 13:4-8; Romanos 13:8-10; Gálatas 5:14-26; Efesios 1:3-5; Filipenses 3:20-21; Filipenses 2:5; Filipenses 4:8; Colosenses 3:1-7).

A algunos les parece una paradoja que se diga que “la justicia de la ley se cumple en nosotros” (Romanos 8:4) y, a la vez, que no podemos ser justificados por la ley, ni hacer de la ley nuestra regla de vida. Sin embargo, así es si hemos de formar nuestras convicciones por la Palabra de Dios. Para la mente renovada no existe la menor dificultad en el entendimiento de esta bendita doctrina. Nosotros estábamos, por naturaleza, “muertos en nuestros delitos y pecados” (Efesios 2:1), y ¿qué puede hacer un hombre muerto? ¿Cómo puede un hombre obtener la vida guardando aquello que requiere vida para poder ser guardado; una vida que no tiene? Y ¿cómo obtenemos nosotros la vida? Cristo es nuestra vida. Vivimos en Aquel que murió por nosotros; somos bendecidos en Aquel que fue hecho maldición por nosotros al ser colgado en un madero; somos justos en Aquel que fue hecho pecado por nosotros; somos hechos cercanos en Aquel que fue desechado por nosotros (Romanos 5:6-15; Efesios 2:4-6; Gálatas 3:13). Teniendo así, pues, vida y justicia en Cristo, somos llamados a andar como él anduvo, y no simplemente a andar como judíos. Somos llamados a purificarnos así como él es puro; a andar en sus pisadas; a anunciar sus virtudes; a manifestar su Espíritu (Juan 13:14-15; Juan 17:14-19; 1 Pedro 2:21; 1 Juan 2:6, 29; 1 Juan 3:3).

Concluiremos nuestras observaciones sobre este tema sugiriendo al lector dos preguntas:

- ¿Podrían los Diez Mandamientos sin el Nuevo Testamento ser una regla de vida suficiente para el creyente?
- ¿Podría el Nuevo Testamento sin los Diez Mandamientos ser una regla de vida suficiente?

Seguramente lo que es insuficiente, no puede ser nuestra regla de vida. Recibimos los Diez Mandamientos como parte del canon de la inspiración; y, además, creemos que la ley conserva su autoridad en todo rigor para enseñorearse y maldecir a un hombre mientras vive (véase Romanos 7:1). Que un pecador tan solo intente obtener la vida por la ley, y verá dónde lo pondrá; y que un creyente tan solo regule su vida conforme a ella, y verá lo que la ley hará de él. Estamos plenamente convencidos de que si un hombre anda conforme al espíritu del Evangelio, no cometerá homicidio ni hurtará; pero también estamos convencidos de que todo hombre que se circunscriba a las normas de la ley de Moisés, se desviará totalmente del espíritu del Evangelio.

El tema de “la ley” demandaría una exposición mucho más elaborada, pero los límites que me he propuesto en este breve escrito, no lo permitirían, por lo que nos vemos obligados a encomendar al lector la consideración de los diversos pasajes de la Escritura a los que hemos hecho referencia y que los examine con cuidado. Podemos estar seguros de que llegará a una sana conclusión, y será independiente de toda enseñanza e influencia humanas. Verá cómo un hombre es “justificado gratuitamente” por la gracia de Dios, mediante la fe en un Cristo crucificado y resucitado; verá que es hecho “participante de la naturaleza divina”, e introducido en una condición de justicia divina y eterna, siendo, en consecuencia, libre de toda condenación; verá que en esta santa y elevada posición, Cristo es su objeto, su tema, su modelo, su regla, su esperanza, su gozo, su fuerza, su todo; verá que la esperanza puesta delante de él, es estar con Jesús donde él está, y ser semejante a él por siempre. Y verá asimismo que, si como pecador perdido halló perdón y paz a los pies de la cruz, no es, como hijo acepto y adoptado, enviado a los pies del Monte Sinaí, para ser allí aterrado y rechazado por las terribles maldiciones de una ley quebrantada (Hebreos 12:18-24). El Padre no podía pensar en gobernar con ley de hierro al hijo pródigo a quien había recibido en Su seno con la más pura, profunda y rica gracia. ¡Oh, no!

“

Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta *gracia* en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios
(Romanos 5:1-2).

El creyente es justificado, no por obras, sino por la *fe*; está firme, no en la ley, sino en la *gracia*; y aguarda, no el juicio, sino la *gloria*.

El ministerio cristiano

Vamos a tratar, por último, el tema del ministerio cristiano, respecto al cual solo vamos a decir que sostenemos que es una institución divina: Su fuente, sus características y su poder son todos divinos y celestiales. Creemos que la gran Cabeza de la Iglesia, en su resurrección, recibió dones para su Cuerpo. Él –no la Iglesia, ni ninguna parte de ella– tiene en su mano el gran depósito de los dones. A él pertenecen los dones, no a la Iglesia. Los da como quiere y a quien quiere. Ningún hombre ni cuerpo de hombres puede dar dones. Ello es prerrogativa de Cristo solamente. Creemos que cuando él comunica un don, el que recibe este don es responsable de ejercerlo, ya sea como evangelista, pastor o maestro, independientemente de toda autoridad humana.

De ninguna manera creemos que todos los creyentes han recibido los dones mencionados, pero todos tienen un ministerio que cumplir. No todos son evangelistas, pastores y maestros. Estos dones preciosos son administrados únicamente de acuerdo con la soberana voluntad de la Cabeza divina de la Iglesia. A los creyentes se les exhorta a acordarse de los que están sobre ellos en el Señor, a conocer a aquellos que los guían, a aquellos que se han dedicado al ministerio de los santos y a quienes les hablaron la palabra de vida. Rehusarse a hacerlo, sería olvidar y faltar a la gracia que se les ha concedido, porque todas las cosas son de ellos (1 Corintios 3:21). (Véanse Romanos 12:3-8; 1 Corintios 3:21-23; 1 Corintios 12; 1 Corintios 14; 1 Corintios 16:15; Gálatas 1:11-17; Efesios 4:7-16; 1 Tesalonicenses 5:12-13; Hebreos 13:7, 17; 1 Pedro 4:10-11).

Todo esto es bastante simple. Podemos ver fácilmente cuándo un hombre está divinamente calificado para cualquier rama del ministerio. No es cuestión de si un hombre dice tener un don, sino de si realmente lo tiene. Cualquiera puede decir que tiene un don de la misma manera que puede decir que tiene fe (Santiago 2:14), y no ser a fin de cuentas sino la vanagloria de su propia mente mal equilibrada, lo cual una asamblea espiritual no puede reconocer jamás. Dios tiene

que ver con realidades. Un evangelista divinamente dotado, es una realidad; y será reconocido debidamente, recibido con agradecimiento y tenido por digno de toda estima y honor por causa de su obra.

Ahora bien, sostenemos que, a menos que un hombre posea un don dado por la Cabeza de la Iglesia, ninguna instrucción, educación ni preparación que haya recibido de los hombres puede constituirlo ministro de Cristo. Si un hombre tiene un don, es responsable de ejercerlo, cultivarlo y atenderlo. Puede, o no, haber leído extensamente la literatura humana; puede, o no, ser capaz de emplear su extensa lectura en el servicio del Maestro. Pero, evidentemente, si un hombre tiene *solo* las cualificaciones que la literatura, la ciencia y la cultura humanas pueden impartir, no es competente para ser ministro cristiano de la misma manera que un curandero constituido por sí mismo no tiene derecho a ser considerado por la facultad de medicina como un médico debidamente reconocido.

Que no se nos malinterprete. Sostenemos que nadie puede ser un ministro cristiano a menos que tenga un don directo de Cristo, por más que tenga toda la erudición de un Newton, la filosofía de un Bacon y la elocuencia de un Demóstenes. Puede ser un muy dotado y eficiente ministro religioso, como se lo llama; pero ministro de religión y ministro de Cristo, son dos cosas diferentes. Además, creemos que allí donde el Señor Jesucristo ha concedido un don, ese don hace del que lo posee un ministro cristiano, al que todo verdadero creyente está obligado a reconocer y recibir, independientemente de todo nombramiento humano. Mientras que, si un hombre tuviera todas las cualificaciones humanas, los títulos humanos y la autoridad humana posibles, pero le faltara la única y magna realidad –esto es, el don de Cristo–, no es un ministro de Cristo.

Damos gracias a Dios por el ministerio cristiano; y estamos seguros de que hay muchos siervos de Cristo dotados de verdaderos dones en las distintas denominaciones alrededor de nosotros; pero ellos son ministros de Cristo, por el hecho de tener un don de Él, y no por ordenación humana. El hombre no puede añadir nada a un don concedido del cielo. Intentar, con su débil autoridad, hacer más eficiente el don que descendió de la resucitada y glorificada Cabeza de la Iglesia, es lo mismo que si intentara añadir color al arco iris, tinte a las flores, movimiento a las olas, altura a las cumbres nevadas, o pintar las plumas del pavo real. ¡Ah, no! La vid, el olivo y la higuera, en la parábola de Jotam, no necesitaban el nombramiento de los otros árboles (Jueces 9). Dios había implantado en cada uno de ellos sus virtudes específicas. Solo la inservible zarza aclamó con júbilo un nombramiento que la pudiese elevar desde una posición en la que no era *realmente nada*, a otra en la que fuese *algo oficial*. Esto es lo que sucede con un hombre divinamente do-

tado. Tiene lo que Dios le dio. No necesita ni requiere nada más. Se abre paso por fuera de los estrechos límites que la autoridad del hombre pretende fijar alrededor de él, y planta su pie en aquel elevado terreno que pisaron los profetas y los apóstoles. Siente que su propio campo de trabajo no está dentro del ámbito de las escuelas y universidades de este mundo. No les es dado a ellas proporcionar un entorno para la joya preciosa que la gracia soberana ha concedido. Solo la mano que dio la joya puede proporcionar el entorno apropiado. Solo la gracia que implantó el don puede determinar el campo de trabajo apropiado para su ejercicio.

Pero, se preguntará, ¿no había ancianos y diáconos en la Iglesia primitiva? ¿No debemos tenerlos también nosotros? Sin duda había ancianos y diáconos en la Iglesia primitiva. Ellos fueron designados por los apóstoles, o por aquellos a quienes los apóstoles encomendaban esta tarea (Hechos 14:23; Tito 1:5). Es decir, fueron designados por el Espíritu Santo, el único que podía entonces, o puede ahora, designarlos. Creemos que nadie excepto Dios puede constituir o designar un anciano; si, pues, el hombre se atreve a llevar a cabo esta obra, será solo una apariencia sin poder, un nombre vacío. Los hombres pueden –y de hecho lo hacen–, señalarnos las sombras de su propia creación, y llamarnos a reconocer en aquellas sombras la realidad divina; pero ¡ay! cuando las examinamos a la luz de la Santa Escritura, no podemos ni siquiera trazar el contorno, y mucho menos los rasgos vivos del original divino.

En el Nuevo Testamento vemos ancianos divinamente designados, y en la iglesia profesante, ancianos humanamente designados; pero en ningún caso podemos aceptar estos últimos como sustituto de los primeros. No podemos aceptar una mera sombra en lugar de la sustancia. Tampoco creemos que los hombres obren con autoridad divina cuando se ponen a constituir y designar ancianos. Creemos que cuando Pablo, Timoteo o Tito nombraban ancianos, lo hacían por el poder y bajo la autoridad directa del Espíritu Santo; pero negamos que cualquier hombre, o cuerpo de hombres, pueda actuar de esa manera hoy día. Creemos que el Espíritu Santo operaba entonces, y que así debe ser también hoy. La pretensión humana es totalmente despreciable. Si Dios levanta un anciano o un pastor, lo reconocemos con gratitud. Él puede levantarlos, y de hecho lo hace. Dios levanta hombres calificados por Su Espíritu para encargarse de la vigilancia de Su rebaño y para apacentar Sus corderos y ovejas. Su mano “no se ha acortado” para proveer esas bendiciones a Su Iglesia, aun en medio de sus humillantes ruinas. El depósito de los dones espirituales en Cristo, la Cabeza, es tan inagotable que puede derramar sobre Su cuerpo todo lo que sea necesario para su edificación.

Somos de la opinión de que, si no fuera por nuestros incansables esfuerzos para bastarnos a nosotros mismos constituyendo nuestros propios pastores y ancianos, seríamos mucho más ricamente dotados de pastores y maestros según el corazón de Dios. Que no nos extrañe si nos deja abandonados a nuestros propios recursos cuando, por nuestra incredulidad, lo limitamos en los Suyos. En vez de *probar* a Dios (véase Malaquías 3:10), lo *limitamos*; por eso nos vemos privados de nuestra fuerza, y abandonados en la esterilidad y la desolación; o, lo que es peor, recurrimos a los miserables recursos de la conveniencia humana.

Pero si no tenemos la realidad de Dios, creemos que es mucho mejor permanecer en la posición de verdadera, sentida y confesada debilidad, que elevar la hueca pretensión de fuerza. Creemos que es mejor ser auténticos en nuestra pobreza, que aparentar riqueza. Que es infinitamente mejor esperar lo que Dios tenga a bien concedernos, que limitar Su gracia por nuestra incredulidad o impedir que provea a nuestras necesidades al suplirlas nosotros por nuestra cuenta.

Preguntamos, ¿dónde encontramos la autorización de la Iglesia para llamar, constituir o nombrar pastores? ¿Dónde encontramos un solo caso en el Nuevo Testamento de una Iglesia que elige a su propio pastor? Se ha citado Hechos 1:23-26 como prueba. Pero las mismas palabras del texto bastan para demostrar que no proporciona el menor respaldo a esa idea. Ni siquiera los once apóstoles podían elegir a un hermano apóstol, sino que tuvieron que encargar esta elección a una autoridad superior. Estas fueron sus palabras:

“ Tú, Señor, que conoces los corazones de todos, muestra cuál de estos *has escogido* (Hechos 1:24).

Esto es muy claro. Ellos no intentaron escoger. Dios conocía el corazón. Fue él quien formó el vaso, y quien puso el tesoro dentro. Y solamente él podía asignarle su lugar apropiado.

Es evidente, pues, que el caso de los once apóstoles que claman al Señor para que escoja a un hombre a fin de completar su número, no ofrece ningún precedente para que una congregación elija a un pastor; está completamente en contra de esa práctica. Dios solamente puede constituir o designar a un apóstol o un anciano, a un evangelista o un pastor. Esta es nuestra firme creencia, y pedimos que se nos suministren pruebas bíblicas para demostrar si es falsa o errónea. La opinión humana no servirá; la tradición no servirá; la conveniencia no servirá. Si nos dejamos enseñar por la palabra de Dios, veremos que la Iglesia primitiva nunca eligió a sus propios pastores o maestros. Afirmamos categóricamente que no hay una sola línea de la Escritura en fa-

vor de esa práctica. Si la palabra de Dios nos diera alguna instrucción para constituir y nombrar pastores, en seguida trataríamos de ponerla en práctica; pero, ante la ausencia de toda directiva divina al respecto, llevar a cabo tal cosa solo lo podríamos considerar una imitación de nuestra parte. ¿Por qué no se instruyó a la Iglesia de Éfeso o a las iglesias de Creta a que eligieran o nombraran ancianos? ¿Por qué dieron esta instrucción a Timoteo y a Tito, sin hacer la menor alusión a la Iglesia ni a ninguna parte de ella? Porque, como lo creemos, Timoteo y Tito obraron por el poder directo del Espíritu Santo y bajo Su inmediata autoridad. Por eso la Iglesia debía considerar su nombramiento como divino .

Pero ¿dónde tenemos algo como esto ahora? ¿Dónde hay un Timoteo o un Tito ahora? ¿Dónde hallamos el menor indicio en el Nuevo Testamento de que debe haber una sucesión de hombres facultados para ordenar ancianos o pastores? Es verdad que, en su segunda epístola a Timoteo, el apóstol Pablo dice:

“ Lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros (2 Timoteo 2:2).

Pero no hay una sola palabra aquí acerca de una sucesión de hombres que tenga el poder de ordenar ancianos y pastores. Enseñanza no es ordenación; menos aún significa transmitir el poder de ordenar. Si el inspirado apóstol hubiera querido plasmar en la mente de Timoteo la idea de que debía encomendar a otros la autoridad de ordenar, y que tal autoridad debía descender por una cadena regular de sucesiones, lo podría haber hecho perfectamente, y, en ese caso, el pasaje habría rezado así: «El poder que has recibido, el mismo transmítelo a hombres fieles que sean capaces de ordenar también a otros». Sin embargo, este no es el caso; y negamos que haya algún hombre, o cuerpo de hombres, hoy sobre la tierra, que tenga el poder de ordenar ancianos, y que ese poder o autoridad haya sido alguna vez encargado a la Iglesia.

Cuando Dios envía un anciano o un pastor, un evangelista o un maestro, aclamamos con gratitud el don concedido del cielo . Creemos que es absolutamente divino. Pero queremos ser librados de toda vana pretensión. Queremos tener la realidad de Dios o nada. Queremos tener la moneda genuina del cielo, no la falsificación de la tierra. Como el Tirshata –o gobernador– de antaño, que dijo “que no comiesen de las cosas más santas, hasta que hubiese sacerdote para consultar con Urim y Tumim” (Esdras 2:63), así también nosotros quisiéramos decir que es preferible permanecer sin puestos oficiales, que poner en lugar de la realidad de Dios las sombras de nuestra propia creación. Esdras no podía aceptar las pretensiones de los hombres. Los hombres

podían *decir* que eran sacerdotes, pero si no tenían la autorización y las calificaciones divinas, eran completamente rechazados. Para que un hombre estuviera calificado para acercarse al altar del Dios de Israel, no solo debía ser descendiente de Aarón, sino que, además, no debía tener ningún defecto físico (véase Levítico 21:16-23). Y para que un hombre ministro hoy en la Iglesia de Dios, debe ser un hombre regenerado, y tener las calificaciones espirituales necesarias. Incluso San Pablo, en su poderoso llamamiento a la conciencia y al juicio de la Iglesia de Corinto, se refiere a sus dones espirituales y a los frutos de su labor, como pruebas indiscutibles de su apostolado (véase 2 Corintios 10 y 12).

Antes de dar por terminado el tema del ministerio cristiano, haremos unas observaciones sobre la práctica de **imposición de manos**, la cual se presenta en el Nuevo Testamento de dos maneras. Primero, la vemos en relación con la comunicación de un positivo don. “No descuides el don que hay en ti, que *te fue dado* mediante profecía con la imposición de las manos del presbiterio” (1 Timoteo 4:14). Se alude nuevamente a lo mismo en la segunda epístola: “Por lo cual te aconsejo que avives el fuego del don de Dios que está en ti por la imposición de mis manos” (2 Timoteo 1:6). Este último pasaje determina el significado de la expresión “presbiterio”, tal como se usa en la primera epístola. Ambos pasajes demuestran que, en el caso de Timoteo, el acto de imposición de manos, estuvo asociado a la comunicación de un don. En segundo lugar, vemos que la imposición de manos se usó simplemente con el objeto de expresar plena comunión e identificación, como, por ejemplo, en Hechos 13:3. No puede significar ordenación en este pasaje, puesto que Pablo y Bernabé habían estado en el ministerio mucho antes. Simplemente expresaba de manera hermosa la plena identificación de sus hermanos en esa obra a la cual el Espíritu Santo los había llamado, y a la cual solo él podía enviarlos.

Ahora bien, creemos que la imposición de manos como gesto de ordenación, sin el poder de comunicar un don, no tiene ningún valor, por no decir que es pura presunción; pero si se usa simplemente como gesto de comunión en cualquier obra o misión particular, nos gozaríamos en ello. Por ejemplo, si dos o tres hermanos se sintieron llamados por Dios para salir a una misión evangelística en un determinado país, y aquellos con quienes estaban en comunión percibieron en ellos el don y la gracia necesarios para esa obra, nos sentiríamos sumamente felices si manifestaran su plena aprobación y comunión fraternal mediante el acto de imposición de manos. Más allá de esto no podemos ver ningún valor en absoluto en aquel acto.

Breve exposición de verdades esenciales y conclusión

Habiendo tratado, dentro de nuestras limitaciones, los temas del sábado, la ley y el ministerio cristiano –y habiendo aclarado que honramos y observamos el día del Señor, que damos a la ley el lugar que Dios le asignó y que sostenemos la sagrada y preciosa institución del ministerio cristiano–, quisiéramos presentar de forma clara y breve, antes de concluir este tratado, algunos puntos de doctrina que sostenemos, ya que nos sentimos responsables de

“ presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que nos demande razón de la esperanza que hay en nosotros (1 Pedro 3:15).

En nuestra enseñanza y predicación generales, procuramos presentar las verdades fundamentales del Evangelio, como la doctrina de la Trinidad, la eternidad del Hijo, la personalidad del Espíritu Santo, la inspiración plenaria de la Santa Escritura, los consejos eternos de Dios con respecto a sus elegidos, e incluso la más plena y gratuita presentación de Su amor a un mundo perdido; la solemne responsabilidad de todo aquel que oyó las buenas nuevas de salvación de aceptarla; la ruina total del hombre por su naturaleza y por su conducta; su incapacidad de ayudarse a sí mismo ya en pensamiento, en palabra u obra; la completa corrupción de su voluntad; la encarnación, muerte y resurrección de Cristo; Su deidad absoluta y perfecta humanidad en una sola persona; la eficacia perfecta de su sangre para limpiar de todo pecado; la perfecta justificación y santificación por la fe en Cristo, por la operación de Dios el Espíritu Santo; la seguridad eterna de todos los verdaderos creyentes; la entera separación de la Iglesia en su llamamiento, posición y esperanza, de este presente mundo.

Sostenemos también, al igual que muchos de nuestros hermanos en las denominaciones, que la esperanza del creyente es la que está expuesta en estas palabras de Cristo: “Vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis” (Juan 14:3). Creemos que los primeros cristianos se convertían a aquella “esperanza bienaventurada” (Tito 2:13; 1 Tesalonicenses 1:9-10); que esta era la esperanza común de los cristianos en los tiempos apostólicos. Presentar las pruebas transformaría este artículo en un volumen.

Además, creemos que todos los discípulos deben reunirse el primer día de la semana para partir el pan (Hechos 20:7), y que, cuando se reúnen, deben acudir a la Cabeza de la Iglesia para que provea los dones necesarios, y al Espíritu Santo para que los guíe en la debida administración de estos dones.

En cuanto a la ordenanza bíblica del bautismo, la consideramos como una bella muestra de la verdad de que el creyente está asociado con Cristo en Su muerte y resurrección (véase Mateo 28:19; Marcos 16:16; Hechos 2:38, 41; 8:38; 10:47-48; 16:33; Romanos 6:3-4).

En cuanto a la preciosa institución de la Cena del Señor, creemos que los cristianos deben celebrarla cada día del Señor, y que, al hacerlo, conmemoran la muerte del Señor hasta que él venga. Creemos que, como el bautismo representa nuestra muerte con Cristo, la Cena del Señor representa la muerte de Cristo por nosotros. No vemos ninguna autoridad en la palabra de Dios para considerar la Cena del Señor como un «sacrificio», «sacramento» o «pacto». La palabra dice “Haced esto en memoria de mí” (véase Mateo 26:26, 28; Marcos 14:22-24; Lucas 22:19-20; 1 Corintios 11:23-26).

Todo lo anterior es una declaración muy breve pero explícita de lo que sostenemos, predicamos y practicamos. Nos reunimos en público, nuestras reuniones de adoración, de oración, de lectura, nuestras conferencias y nuestras predicaciones del Evangelio, son todas abiertas al público.

Y aquí llegamos al final. En estas últimas líneas, quisiera exhortar al lector a que escudriñe “las Escrituras” (Juan 5:39); a que pruebe todas las cosas por esta regla; a que procure que todo cuanto piense, diga o haga esté apoyado por la Escritura. “¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido” (Isaías 8:20).

Francamente podemos decir que amamos, con todo nuestro corazón, a

todos los que aman a nuestro Señor Jesucristo en sinceridad

“

(Efesios 6:24, V. M.);

y dondequiera que haya alguien que predique una salvación plena, gratuita y eterna por la sangre del Cordero, a pecadores que perecen, le deseamos, en el nombre del Señor, que Dios lo ayude.

Encomendamos ahora al lector a la bendición del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Si es un verdadero creyente, rogamos por que, en su marcha en esta tierra, sea un brillante y fiel testigo para su Señor ausente, pero si fuese alguien que aún no ha encontrado la paz en Jesús, le queremos decir, con solemne énfasis y ferviente afecto: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29).

Las obras de la fe - frutos de la vida divina

“ Así que, según tengamos oportunidad, hagamos bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe (Gálatas 6:10).

Si algo puede aumentar el valor de esta hermosa exhortación, es el hecho de que la hallamos al final de la epístola a los Gálatas. En esta notable epístola, el inspirado apóstol corta de raíz todo el sistema de justificación por la ley. Demuestra, de manera irrefutable, que ningún hombre puede ser justificado a los ojos de Dios por las obras de la ley, ya sean morales o ceremoniales.

El apóstol declara que los creyentes no están en manera alguna bajo la ley, ni para tener la vida, ni para ser justificados, ni para su andar práctico. Si nos colocamos bajo la ley, la consecuencia de ello es que debemos renunciar a Cristo, al Espíritu Santo, a la fe, a las promesas. En resumidas cuentas, si nos emplazamos, de cualquier manera, sobre un terreno legal, debemos abandonar el cristianismo, y nos hallamos todavía bajo la maldición de la ley.

Ahora bien, no vamos a citar los pasajes ni a tocar este lado del tema en esta ocasión. Simplemente llamamos la seria atención del lector cristiano respecto de las palabras de oro del versículo que hemos citado al comienzo de este escrito, las cuales sentimos que resaltan con incomparable belleza y con un poder moral particular al final de esta epístola a los Gálatas, en la cual la justicia humana es hecha añicos y arrojada al viento.

Es siempre necesario considerar los dos lados de un tema. Todos nos inclinamos fuertemente a ver un solo lado de las cosas, de manera que nos resulta moralmente saludable que nuestros corazones sean puestos bajo la plena acción de *toda* la verdad. ¡Ay!, es posible abusar de la gracia, y a veces nos olvidamos que una fe real debe manifestarse por las obras, aunque a los ojos de Dios somos justificados por la fe sola.

Debemos todos tener presente que si bien la Escritura denuncia y destruye de la manera más absoluta las *obras de la ley*, sin embargo insiste de manera cuidadosa y diligente, en numerosos pasajes, en las *obras de la fe*.

En efecto, querido lector, este punto demanda nuestra más seria atención. Si profesamos poseer la vida divina, esta vida debe manifestarse en algo más tangible y concreto que meras palabras o que una vana profesión de labios. Es perfectamente cierto que la ley no puede dar vida (Gálatas 3:21), y que, en consecuencia, tampoco puede producir obras de fe. Ni un solo fruto de vida fue,

ni será, jamás recogido del árbol del legalismo. La ley solo puede producir “obras *muertas*” (Hebreos 6:1), respecto de las cuales debemos tener la conciencia purificada, al igual que de las “*malas obras*” (Colosenses 1:21).

Todo esto es muy cierto. Las santas Escrituras lo demuestran a lo largo de sus inspiradas páginas, y no nos dejan ninguna duda respecto de este tema. Pero lo que ellas demandan es que haya obras de fe, en cuyo defecto es menester concluir que la vida está ausente. ¿Qué valor tiene el hecho de profesar que se tiene vida eterna, hablar acerca de la fe, defender las doctrinas de la gracia, si, al mismo tiempo, toda la vida práctica está caracterizada por el egoísmo bajo todas sus formas?

El apóstol Juan dice:

“ El que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él? (1 Juan 3:17).

El apóstol Santiago dirige también a nuestros corazones una seria y saludable pregunta: “Hermandos míos, ¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle? Y si un hermano o una hermana están desnudos, y tienen necesidad del mantenimiento de cada día, y alguno de vosotros les dice: Id en paz, calentaos y saciaos, pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo, ¿de qué aprovecha? Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma” (Santiago 2:14-17).

El autor de la epístola insiste en las obras, frutos de la fe, de una manera tal que debería hablar de la forma más solemne y eficaz a nuestros corazones. Es espantoso ver entre nosotros tanta profesión hueca, tantas palabras superfluas, sin poder y sin valor.

El Evangelio que poseemos es, gracias a Dios, maravillosamente claro. Comprendemos claramente que la salvación es por gracia, por medio de la fe, y no por obras de justicia o de la ley. Esta es una bendita verdad, y nuestros corazones alaban a Dios por ello. Pero una vez que somos salvos, ¿no deberíamos vivir como tales? La vida nueva, ¿no debería manifestarse por los frutos? Si ella está allí, la vida debe manifestarse; y si no se manifiesta, ¿podemos decir que está allí?

Observemos lo que dice el apóstol Pablo: “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe” (Efesios 2:8-9). Aquí tenemos, por así decirlo, lo que podemos llamar el lado superior de esta gran cuestión práctica.

Luego, en el versículo siguiente, viene el otro lado, el que todo cristiano serio y sincero tendrá a bien considerar: “Porque somos hechura suya, *creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas*”(v. 10).

Esta porción nos presenta con toda claridad el tema completo. Dios nos ha creado para andar en un camino de buenas obras, y ese camino de buenas obras ha sido preparado por él para que andemos en ellas. Todo es de Dios, desde el comienzo hasta el fin; todo es por gracia y todo es por fe. ¡Gracias a Dios que es así! Pero recordemos que no sirve absolutamente de nada disertar acerca de la gracia, de la fe y de la vida eterna, si las “buenas obras” no se manifiestan. De nada aprovecha que nos jactemos de grandes verdades, de nuestro profundo, variado y extenso conocimiento de las Escrituras, de nuestra correcta posición, de habernos separado de esto y de aquello, si nuestros pies no marchan en el sendero de las “buenas obras que Dios preparó de antemano” para nosotros.

Dios reclama la realidad. No se contenta con bellas palabras que hablan de una elevada profesión. Nos dice: “Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino *de hecho y en verdad*” (1 Juan 3:18). Él –bendito sea su Nombre–, no nos amó “de palabra ni de lengua”, sino “de hecho y en verdad”; y espera de nosotros una respuesta clara, plena y precisa; una respuesta manifestada en una vida de buenas obras, que produce dulces frutos, según lo que está escrito:

“ Llenos de frutos de justicia que son por medio de Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios (Filipenses 1:11).

Querido lector cristiano, ¿acaso no tenemos el imperativo deber de aplicar nuestro corazón a este importante tema? ¿No debemos tratar diligentemente de “estimularnos al amor y a las buenas obras” (Hebreos 10:24)? ¿Y cuál es la manera más efectiva de llevar esto a cabo? Seguramente andando nosotros mismos en amor, transitando fielmente el sendero de las buenas obras en nuestra vida personal. En cuanto a nosotros, confesamos que estamos hartos de discursos huecos, de una profesión sin obras. Tener elevadas verdades en los labios y un bajo nivel de conducta en la vida cotidiana, constituye uno de los mayores males de nuestros tiempos. Hablamos de la gracia, pero faltamos en la justicia práctica; faltamos en los más simples deberes morales de nuestra vida privada de cada día. Nos jactamos de nuestra *posición* privilegiada, pero es deplorable nuestro relajamiento, descuido e indiferencia en lo que respecta a nuestra *condición* y a nuestro *estado*.

¡Quiera el Señor, en su infinita bondad, conmover nuestros corazones e incitarnos a buscar las “buenas obras” con un celo más vehemente y ardiente, para que adornemos más y mejor la doctrina de Dios nuestro Salvador en todas las cosas (Tito 2:10)!

P. D.: Es muy interesante e instructivo comparar las enseñanzas de Pablo y de Santiago con respecto a “las obras”, ambos divinamente inspirados. Pablo rechaza completamente las *obras de ley*. Santiago, en cambio, insiste celosamente en las *obras de fe*. Cuando se comprende bien este hecho, toda dificultad se desvanece, y vemos brillar la divina armonía de la Escritura. Muchos no lograron comprenderlo, y se han visto así muy perplejos por la aparente contradicción entre Romanos 4:5 y Santiago 2:24. Huelga decir que tenemos allí la más bella y perfecta armonía. Cuando Pablo declara: “Mas al que *no obra*, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia”, él se refiere a las *obras de la ley*. Cuando Santiago dice: “Vosotros veis, pues, que el hombre es justificado *por las obras*, y no solamente por la fe”, se refiere a las *obras de vida, fruto de la fe*.

Esto se halla ampliamente confirmado por los dos ejemplos que da Santiago para probar su punto: el de Abraham que ofrece a su hijo, y el de Rahab que esconde a los espías. Si sustraemos la fe de estos dos casos, serían obras malas. Si, por el contrario, los consideramos como el fruto de la fe, manifiestan la vida.

¡Cuánto brilla la sabiduría infinita del Espíritu Santo en estos pasajes! Él vio de antemano el uso que se haría de ellos. Entonces, en vez de elegir obras buenas en sí mismas, elige, en un período de cuatro mil años, dos obras que habrían sido malas si no hubiesen sido el fruto de la fe.

El cristiano - su posición y su obra

Parte 1

Dos preguntas de gran importancia práctica son:

1. ¿Cuál es la verdadera posición de un cristiano? y
2. ¿Qué debe hacer un cristiano?

Nos referimos, naturalmente, a alguien que tiene vida eterna. Sin esto, nadie puede ser un verdadero cristiano. “El que cree en el Hijo tiene vida eterna” (Juan 3:36). La vida eterna es la porción común de todos los creyentes. No es cuestión de logros, de progreso ni de algo que unos cristianos tienen y otros no. Es algo que pertenece tanto al miembro más débil de la familia de Dios como al más maduro y experimentado siervo de Cristo. Todos poseen vida eterna, y no existe ninguna posibilidad de que alguna vez la puedan perder.

Pero el tema que tratamos ahora no es la vida del creyente, sino su posición y su obra. Le pedimos al lector que se vuelva unos instantes al capítulo 13 de la epístola a los Hebreos y que lo lea con atención:

“No os dejéis llevar de doctrinas diversas y extrañas; porque buena cosa es afirmar el corazón con la gracia, no con viandas, que nunca aprovecharon a los que se han ocupado de ellas. Tenemos un altar, del cual no tienen derecho de comer los que sirven al tabernáculo. Porque los cuerpos de aquellos animales cuya sangre a causa del pecado es introducida en el santuario por el sumo sacerdote, son quemados fuera del campamento. Por lo cual también Jesús, para santificar al pueblo mediante su propia sangre, padeció fuera de la puerta. Salgamos, pues, a él, fuera del campamento, llevando su vituperio; porque no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la por venir” (Hebreos 13:9-14).

Tenemos aquí uno de los grandes aspectos de la posición del cristiano. Está determinada por la posición de su Señor. Esto hace que todo sea divinamente simple, y, podemos agregar, que sea algo establecido por Dios. El cristiano está identificado con Cristo. Es maravilloso el hecho de que “como él es, así *somos* nosotros en este mundo” (1 Juan 4:17). No se dice «como él es, así *sere-*mos nosotros en el mundo venidero». No; esto dista mucho de estar a la altura de la idea divina. Claramente dice “así somos nosotros *en este mundo*”. La posición de Cristo determina la posición del cristiano.

Pero este glorioso hecho se nos presenta bajo dos aspectos. Uno tiene que ver con el lugar del cristiano delante de Dios, y el otro con su lugar en relación con este mundo presente. Las instrucciones de Hebreos 13 se relacionan con este segundo aspecto, y en él nos enfocaremos especialmente.

Jesús padeció “fuera de la puerta”. En este hecho se basa el apóstol para exhortar a los creyentes hebreos a salir “fuera del campamento”. La cruz de Cristo puso fin a su vinculación con el campamento del judaísmo; y todo el que desea seguir a Cristo debe salir fuera, adonde Él está. La ruptura final con Israel tiene lugar, moralmente en la muerte de Cristo, doctrinalmente en la epístola a los Hebreos, e históricamente en la destrucción de Jerusalén. A los ojos de la fe, Jerusalén fue tan rechazada cuando el Mesías fue clavado en la cruz, como cuando el ejército de Tito la dejó reducida a un montón de ruinas humeantes. Los instintos de la naturaleza divina, y las enseñanzas inspiradas de la Escritura, van más allá de los hechos reales de la historia.

Jesús padeció “fuera de la puerta”. ¿Para qué? “Para santificar [o poner aparte] al pueblo mediante su propia sangre”. ¿Qué viene luego? ¿Cuál es el resultado práctico necesario? “Salgamos, pues, a él, fuera del campamento, llevando su vituperio”. Y ¿qué es “el campamento”? En principio se refiere al judaísmo; pero indudablemente tiene una aplicación moral a todo sistema religioso organizado debajo del sol. Si el judaísmo, un sistema de ordenanzas y ceremonias que Dios mismo había establecido, con su ritual imponente, su templo espléndido, su sacerdocio y sus sacrificios, fue hallado defectuoso, condenado y abolido, ¿qué se dirá de todas y cada una de aquellas organizaciones formadas por la mano del hombre? Si nuestro Señor Jesucristo está fuera del sistema judaico, ¿cuánto más fuera está de todos estos sistemas humanos?

Sí, lector; si realmente queremos conocer algo de la verdadera comunión con nuestro Señor Jesucristo, podemos estar seguros de que debemos salir fuera del campamento, hacia el lugar de rechazo y de vituperio. Fijémonos en la expresión “Salgamos”. ¿Dirá algún creyente: «No; yo no puedo salir. Mi lugar está dentro del campamento, y debo trabajar allí»? Si es así, entonces su lugar claramente no está con Jesús, porque es tan cierto que Él está fuera del campamento, como está sentado en el trono de Dios. Si su servicio se circunscribe al ámbito del campamento, cuando su Señor le dice que salga de él, ¿qué diremos de su trabajo? ¿Tendrá algún valor? ¿Contará con la aprobación de su Señor? Puede que en su servicio se vea la mano de Dios que todo lo gobierna y su soberana bondad, pero ¿puede tener Su aprobación incondicional mientras continúa dentro de un ámbito del que, en tono perentorio, le manda a salir?

El punto de vital importancia para todo verdadero siervo es hallarse exactamente en el lugar donde su Señor quiere que esté. La pregunta no es: «¿Estoy trabajando mucho para el Señor?», sino: «¿Hago lo que le agrada a mi Señor?». Quizá parezca estar haciendo maravillas en cuanto al servicio; tal vez vea mi nombre anunciado hasta los confines de la tierra como un muy laborioso, consagrado y exitoso obrero; y, con todo, puedo estar en una situación enteramente falsa, complaciendo mi propia voluntad no quebrantada, agradándome a mí mismo y buscando algún interés u objetivo personal.

Todo esto es muy solemne, y demanda la consideración de todos aquellos que realmente quieren estar en la corriente de los pensamientos de Dios. Vivimos en un tiempo de mucha obstinación. Los mandamientos de Cristo no nos gobiernan. Razonamos y pensamos por cuenta propia, en lugar de someternos de manera absoluta e incondicional a la autoridad de la Palabra. Cuando el Señor nos manda a salir del campamento, en vez de prestar una pronta obediencia, comenzamos a razonar acerca de los resultados que podemos obtener si permanecemos dentro. La Escritura parece tener poco o ningún poder sobre nuestras almas. Nuestro objetivo no es simplemente agradar a Cristo. Con tal que hagamos un gran alarde de trabajo o de servicio, pensamos que todo está bien. Estamos más ocupados con los resultados —los que, a fin de cuentas, solo pueden contribuir a vanagloriarnos—, que con el ferviente propósito de hacer lo que agrada al pensamiento de Cristo.

¿Estaremos ociosos? ¿Acaso no hay nada para hacer fuera del campamento, adonde somos llamados? ¿Está compuesta la vida cristiana solo de una serie de negaciones? ¿No hay nada positivo? Dejemos que Hebreos 13 nos de la clara y contundente respuesta a todas estas preguntas, no solo respecto a nuestro *servicio*, sino también en cuanto a nuestra *posición*.

¿Qué es, pues, lo que debemos hacer? Dos cosas encontramos en el texto inspirado, que abarcan, en su amplio rango, toda la vida cristiana en sus dos grandes aspectos: la vida interior y la vida exterior del verdadero creyente.

En primer lugar, leemos:

“ Así que, ofrezcamos siempre a Dios, por medio de él, sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesen su nombre (Hebreos 13:15).

La alabanza a Dios es siempre lo primero

¿No es esto algo? ¿No tenemos aquí un servicio de carácter muy elevado? Sí, por cierto; el más elevado que pueda absorber las energías de nuestra mente renovada (véase Romanos 12:2). Tenemos el privilegio de estar ocupados, por la mañana, al mediodía, por la tarde y a medianoche, presentando sacrificio de alabanza a Dios, un sacrificio que, como nos lo asegura, es siempre aceptable a él. “El que ofrece sacrificio de alabanza me glorificará” (Salmo 50:23, V. M.).

Notemos con cuidado esto. La alabanza debe ser la ocupación principal y continua del creyente. Nosotros, en nuestra imaginaria sabiduría, pondríamos el trabajo en primer lugar. Somos propensos a darle mayor importancia a la actividad bulliciosa. Tenemos un sentido tan desmesurado del valor de nuestras *actividades*, que perdemos de vista el lugar que ocupa la adoración en los pensamientos de Dios.

Hay también algunos que vanamente se imaginan que pueden agradar a Dios castigando sus cuerpos. Creen que él se complace en sus vigilias, ayunos, azotes y flagelaciones. ¡Qué miserable engaño, que causa la destrucción del alma y deshonra a Dios! Los que sostienen y practican esto, ¿no inclinarán sus oídos y sus corazones a las palabras de gracia que acabamos de citar:

El que ofrece sacrificio de alabanza me glorificará

“ (Salmo 50:23, V. M.)?”

Es cierto que estas palabras son inmediatamente seguidas por esta gran declaración práctica: “Al que ordenare su camino, le mostraré la salvación de Dios”. Pero aún aquí, como en cualquier otra parte, el lugar más elevado se le asigna a la alabanza, no al servicio. Y seguramente nadie puede estar ordenando bien su camino si abusa de su cuerpo y lo hace incapaz de ser el vaso o instrumento mediante el cual puede servir a Dios.

No, lector; si realmente queremos agradar a Dios, complacer su corazón y glorificar su Nombre, prestaremos atención de todo corazón a Hebreos 13:15, y procuraremos ofrecer *siempre* sacrificio de alabanza a Dios. Sí, “siempre”. No solamente ahora o en ciertos momentos, cuando todo alrededor de nosotros va bien. Venga lo que venga, tenemos el santo y elevado privilegio de ofrecer sacrificio de alabanza a Dios. ¡Y qué grato es cultivar un espíritu de alabanza y agradecimiento! Estar siempre dispuestos a exclamar: “¡Aleluya!”. Realmente glorifica a Dios cuando su pueblo vive en una atmósfera de alabanza. Comunica un tono celestial al carácter de los suyos, y habla más poderosamente al corazón de los que están alrededor que si les predicaran de la mañana a

la noche. El creyente debe regocijarse “en el Señor siempre” (Filipenses 4:4). Debe estar siempre lleno de un espíritu de alabanza y reflejar a un mundo oscuro, los benditos rayos del rostro de su Padre.

Así debe ser siempre. Nada es más indigno de un cristiano que un espíritu irritado, un carácter melancólico, un rostro amargado, malhumorado. Y no solo es indigno de un cristiano, sino que deshonra a Dios y hace que los enemigos de la verdad hablen afrentosamente. Sin duda, los caracteres y disposiciones varían; y se debe tener mucha consideración en caso de enfermedad u otra dolencia corporal. No es fácil verse alegres cuando el cuerpo es azotado por dolor de gota, neuralgia, reumatismo, etc.; además, no encomiamos nada que se parezca a una frivolidad o a una sonrisa permanente de la carne.

Pero la Escritura es clara y explícita. Nos dice que “ofrezcamos siempre a Dios, por medio de él, sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesan su nombre”. ¡Qué simple! “*Fruto de labios*”. ¿Es esto todo? Sí; en esto se complace nuestro Dios. Él gusta de verse rodeado de alabanzas de corazones que rebosan del reconocimiento de Su abundante bondad. Así será por toda la eternidad, en ese brillante hogar de amor y gloria en que pronto estaremos para habitarlo.

Y fíjese el lector especialmente en las palabras: “*Por medio de él*”. Debemos ofrecer nuestro sacrificio de alabanza por medio de nuestro gran Sumo Sacerdote, que está siempre en la presencia de Dios por nosotros. Esto da gran consuelo y seguridad a nuestros corazones. Jesús presenta a Dios nuestro sacrificio de alabanza. Por lo tanto, siempre será aceptable, porque viene de la mano sacerdotal del Gran Ministro del santuario. Sube a Dios, no de la manera que proviene de nosotros, sino como Él lo presenta. Despojada de toda nuestra debilidad e imperfección, sube a Dios en toda la perfección del perfume de buen olor de su propia Persona. La más débil nota de alabanza, un simple «gracias a Dios», está perfumada con el incienso de la infinita preciosidad de Cristo. Esto es indeciblemente precioso, y debería animarnos a cultivar un espíritu de alabanza. “Siempre” debemos alabar y bendecir a Dios. Una murmuración o palabra quejosa nunca deben estar en labios de alguien para el cual Cristo es su porción, y que está identificado con el bendito Salvador en Su posición y destino.

El servicio a los demás

Pero echemos un vistazo a la otra cara del servicio del creyente. Si tenemos el privilegio de alabar y bendecir a Dios siempre, también tenemos el privilegio de hacer bien a los demás. “Y de hacer bien y de la ayuda mutua no os olvidéis; porque de tales sacrificios se agrada Dios” (Hebreos 13:16). Pasamos por un mundo de miseria y de pecado, de muerte y de dolor. Vemos corazones quebrantados y ánimos anonadados por todas partes a nuestro alrededor.

En efecto, esto es lo que vemos alrededor de nosotros. Nos resulta fácil cerrar nuestros ojos a tales cosas, darles la espalda, «olvidar» que están allí siempre, al alcance de nosotros. Podemos sentarnos en nuestro sillón y especular acerca de la verdad, de doctrinas y de la letra de la Escritura; podemos discutir las teorías del cristianismo e hilar muy fino sobre profecía y verdades dispensacionales, y, al mismo tiempo, fallar vergonzosamente en el cumplimiento de nuestra gran responsabilidad como cristianos. Estamos en inminente peligro de olvidar que el cristianismo es una realidad viviente. No es una serie de dogmas, un número de principios organizados según un sistema de teología, que la gente inconversa puede conocer como la palma de su mano. Tampoco consiste en una serie de ordenanzas que, profesantes sin vida y sin corazón, tienen que cumplir como una mera y vacía formalidad. No; es cuestión de vida, de vida eterna, de vida implantada por el Espíritu Santo, que se expresa en esas dos bellas formas que hemos estado considerando: la alabanza a Dios y hacer bien a los hombres. Tal era la vida de Jesús cuando holló esta tierra. Vivía en la atmósfera de la alabanza, y, a su vez, “anduvo haciendo bienes”.

Cristo es nuestra vida (Colosenses 3:4). Es nuestro Modelo en la formación de nuestra vida. Todo cristiano debe ser la expresión viva de Cristo, por el poder del Espíritu Santo. No se trata simplemente de llevar lo que se llama una «vida religiosa», que normalmente se reduce al cumplimiento de una serie de tediosos ritos que, ni rinden “alabanza” a Dios, ni hacen el menor “bien” a los hombres. Debe haber *vida*; de lo contrario, nada tiene valor.

“ Porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo. Porque el que en esto sirve a Cristo, agrada a Dios, y es aprobado por los hombres (Romanos 14:17-18).

Amado lector cristiano, apliquemos seriamente nuestros corazones a estas grandes verdades prácticas. Procuremos ser cristianos no solo de nombre, sino en realidad. Que no se nos distinga como meros vendedores de «opiniones» peculiares. ¡Oh, qué poco valor tienen las opiniones! ¡Qué inútiles son las discusiones! ¡Qué fatigosos son los bizantinismos teológicos! Tengamos vi-

da, luz y amor. Esto es lo celestial, lo eterno, lo divino. Todo lo demás es vanidad. ¡Cuánto anhelamos la realidad en este mundo de ficción! ¡Cuánta necesidad tenemos de pensadores profundos y de trabajadores serios en este tiempo de palabreros superfluos!

Parte 2

Rogamos al lector que abra su Biblia y lea Hebreos 10:7-24. Tendrá allí una visión profunda y maravillosa de la posición y de la obra del cristiano. El inspirado escritor nos ofrece, por decirlo así, tres sólidos pilares sobre los cuales se apoya el edificio entero del cristianismo:

1. La voluntad de Dios
2. La obra de Cristo, y
3. El testimonio del Espíritu Santo en la Escritura

El alma gozará de una paz firme cuando haya echado mano, con fe sencilla, de estas tres grandes realidades. Podemos asegurar, con toda la confianza posible, que no hay poder de la tierra, ni del infierno, ni de hombres, ni de demonios, que pueda jamás perturbar la paz fundada en Hebreos 10:7-17.

La voluntad de Dios

Al principio del capítulo se nos instruye acerca de la absoluta ineficacia de los sacrificios ofrecidos bajo la ley. Ellos nunca podían hacer perfecta la conciencia. Nunca podían cumplir la voluntad de Dios. Nunca podían satisfacer el deseo y propósito de Su corazón. “Porque la ley, teniendo la sombra de los bienes venideros, no la imagen misma de las cosas, nunca puede, por los mismos sacrificios que se ofrecen continuamente cada año, hacer perfectos a los que se acercan. De otra manera cesarían de ofrecerse, *pues los que tributan este culto, limpios una vez, no tendrían ya más conciencia de pecados*²⁾” (Hebreos 10:1-2).

Que el lector observe esto cuidadosamente. “Los que tributan este culto, limpios una vez, no tendrían ya más conciencia de **pecados**”. No dice: «No más *consciencia o sentido del pecado*». Hay una inmensa diferencia entre estas dos cosas; y, sin embargo, es de temer que a menudo se confundan. El cristiano, lamentablemente, es consciente del *pecado que mora en él*, pero no debe tener conciencia de *pecados sobre él*—no hay más *pecados sobre* la conciencia— porque ha sido purificado una vez y para siempre por la sangre preciosa de Cristo.

Algunos hijos de Dios suelen hablar de la continua necesidad de acudir a la sangre de Cristo, lo cual demuestra que no han entendido correctamente la enseñanza de la Santa Escritura. Tiene cierto aspecto de humildad; pero podemos estar seguros de que la verdadera humildad solo puede hallarse en relación con una plena y clara comprensión de la verdad de Dios y de su voluntad llena de gracia respecto a nosotros. Si es su voluntad que ya no tengamos “más conciencia de pecados”, no puede ser verdadera humildad de nuestra parte ir continuamente de día en día, año tras año, con la carga de nuestros pecados sobre nosotros. Y además, si Cristo llevó nuestros pecados y los quitó de en medio para siempre; si ofreció un solo sacrificio perfecto por los pecados (1 Pedro 2:24; Hebreos 9:26; 10:12), ¿no debemos saber, con plena certeza, que somos perfectamente perdonados y perfectamente purificados?

¿Puede ser verdadera humildad reducir la sangre de Cristo al nivel de “la sangre de los toros y de los machos cabríos” (Hebreos 10:4)? Pero esto es lo que prácticamente hacen –sin duda, inconscientemente– todos los que hablan de acudir continuamente a la sangre de Cristo. Una de las razones por las que Dios halló defectuosos los sacrificios que se ofrecían bajo la ley, fue, como dice el apóstol, porque “en estos sacrificios cada año se hace memoria de los pecados” (Hebreos 10:3). Esto, bendito sea su Nombre, no era según Su pensamiento. Él quería que el menor rastro de culpa y toda memoria de ella fuesen borrados una vez y para siempre. Por eso no puede ser su voluntad que los suyos estén continuamente encorvados bajo la terrible carga del pecado no perdonado. Es contrario a Su voluntad, subversivo de la paz del creyente y derogatorio a la gloria de Cristo y a la eficacia de su sacrificio único.

Un importante punto del inspirado argumento de Hebreos 10, tiene por objeto mostrar que la memoria continua de los pecados y la repetición continua del sacrificio van juntas. En consecuencia, si los cristianos deben tener ahora la carga de sus pecados constantemente sobre el corazón y la conciencia, se sigue que Cristo debería ser ofrecido una y otra vez, lo cual sería una blasfemia. Su obra está consumada, y de ahí que nuestra carga ha sido quitada para siempre.

“Porque la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados. Por lo cual, entrando en el mundo dice: Sacrificio y ofrenda no quisiste; mas me preparaste cuerpo. Holocaustos y expiaciones por el pecado no te agradaron. Entonces dije: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad, como en el rollo del libro está escrito de mí. Diciendo primero: Sacrificio y ofrenda y holocaustos y expiaciones por el pecado no quisiste, ni te agradaron (las cuales cosas se ofrecen según la ley), y diciendo luego: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu volun-

tad; quita lo primero, para establecer esto último. En esa voluntad somos santificados [o puestos aparte] mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre” (Hebreos 10:4-10).

Aquí somos conducidos, del modo más preciso y eficaz, a la fuente eterna de todo el asunto: la voluntad de Dios –el propósito y consejo formado en la mente divina, antes de la fundación del mundo, antes de que cualquier criatura fuera formada, antes de que el pecado o Satanás existieran–. Era la voluntad de Dios, desde toda la eternidad, que el Hijo, a su debido tiempo, viniese e hiciese una obra que debía ser el fundamento de la gloria divina y de todos los consejos y propósitos de la Trinidad.

Sería un muy grave error, por cierto, suponer que la redención fue el resultado de una ocurrencia tardía en Dios. Él, bendito sea su santo Nombre, no tenía que sentarse y planificar lo que haría cuando entró el pecado. Ya estaba todo resuelto de antemano. El enemigo, sin duda, se imaginó que ganaba una maravillosa victoria cuando se entrometió con el hombre en el jardín de Edén. En realidad, lo único que hizo fue dar lugar a que Dios desplegara sus eternos consejos en relación con la obra del Hijo. No había ninguna base para estos consejos, ninguna esfera para su despliegue, en el ámbito de la creación. La intromisión de Satanás –la entrada del pecado– la ruina del hombre, fue lo que preparó una plataforma en la cual un Dios Salvador podía desplegar las riquezas de su gracia, las glorias de su salvación y los atributos de su naturaleza a todas las inteligencias creadas.

Hay gran profundidad y poder en aquellas palabras del Hijo eterno:

En el rollo del libro está escrito de mí
“ (Hebreos 10:7).

¿A qué “rollo” se refiere él aquí? ¿A las Escrituras del Antiguo Testamento? Seguramente que no; pues el apóstol está citando el Antiguo Testamento. ¿Cuál es entonces el rollo? Nada menos que el rollo de los eternos consejos de Dios en el que se estableció el vasto plan según el cual, en el tiempo señalado, el Hijo eterno había de venir y aparecer en la escena, para cumplir la voluntad de Dios, vindicar la gloria divina, confundir completamente al enemigo, quitar de en medio el pecado y salvar al hombre arruinado de tal modo de producir una más rica cosecha de gloria para Dios, que la que jamás él habría podido recoger en los campos de una creación no corrompida.

Todo esto da una inmensa estabilidad al alma del creyente. Es absolutamente imposible expresar con palabras humanas la preciosidad y dicha de esta serie de verdades. Da un consuelo enorme a toda alma piadosa saber que un Hombre apareció en este mundo para hacer la voluntad de Dios, cualquiera que fuese esa voluntad. “He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad” (Hebreos 10:7, 9). Tal era el único fin y propósito de aquel corazón humano perfecto. Nunca hizo su propia voluntad en nada. Él mismo dice: “He descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió” (Juan 6:38). Nada le importaba lo que pudiera implicar para él esa voluntad personalmente. El decreto estaba escrito en el volumen eterno, que él debía venir y hacer la voluntad divina; y –¡todo homenaje sea a su Nombre sin par!– vino y la cumplió perfectamente. Podía decir, “me preparaste cuerpo”. “Has abierto mis oídos” (Hebreos 10:5; Salmo 40:6).

“Visto de oscuridad los cielos, y hago como cilicio su cubierta. Jehová el Señor me dio lengua de sabios, para saber hablar palabras al cansado; despertará mañana tras mañana, despertará mi oído para que oiga como los sabios. Jehová el Señor me abrió el oído, y yo no fui rebelde, ni me volví atrás. Di mi cuerpo a los heridores, y mis mejillas a los que me mesaban la barba; no escondí mi rostro de injurias y de esputos” (Isaías 50:3-6).

Esto nos conduce, en segundo lugar, a considerar la obra de Cristo.

La obra de Cristo

El deleite del corazón de Jesús fue siempre hacer la voluntad de su Padre y acabar su obra. Desde el pesebre de Belén hasta la cruz del Calvario, el único gran objetivo que movía su santísimo corazón era cumplir la voluntad de Dios. Él glorificó perfectamente a Dios en todas las cosas. Esto, bendito sea Dios, asegura perfectamente nuestra plena y eterna salvación, como tan claramente lo expresa el apóstol en este pasaje:

“ En esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre (Hebreos 10:10).

Aquí, amado lector, nuestras almas pueden descansar en la más dulce paz y perfecta seguridad. Era la voluntad de Dios que fuésemos puestos aparte para él, conforme a todo el amor de su corazón y a todas las demandas de su trono. Y el Señor Jesucristo –a su debido tiempo, en cumpli-

miento del eterno propósito, según nos es presentado “en el rollo del libro”–, vino desde la gloria que tenía con el Padre antes que el mundo fuese, para hacer la obra que constituye la base impecable de todos los consejos divinos y de nuestra salvación eterna.

Y él –por siempre sea adorado su Nombre– acabó su obra. Glorificó perfectamente a Dios en el mismo escenario donde había sido deshonrado. Lo reivindicó con todo lo que a él mismo le costó, y satisfizo todas sus demandas. Magnificó la ley y la hizo honorable. Venció todo enemigo, quitó todo obstáculo, derribó toda barrera, llevó sobre sí el juicio y la ira de un Dios que aborrece el pecado, destruyó a la muerte y al que tenía el imperio de la muerte, privó de su aguijón a la muerte y de su victoria al sepulcro. En una palabra, cumplió gloriosamente todo lo que estaba escrito de él en el rollo del libro; y ahora le vemos coronado de gloria y de honra, a la diestra de la Majestad en el cielo.

Cristo descendió desde el trono de Dios hasta el polvo de la muerte para cumplir la voluntad de Dios, y, una vez cumplida, volvió al trono en un nuevo carácter y sobre un nuevo terreno. Su sendero del trono a la cruz, estuvo marcado por las huellas del eterno amor divino; y su sendero de la cruz al trono, rociado por su sangre expiatoria. Descendió del cielo a esta tierra para hacer la voluntad de Dios, y, una vez hecha, volvió al cielo, abriéndonos así “un camino nuevo y vivo” por el cual nos acercamos a Dios, con santa libertad y confianza, como adoradores purificados.

Todo está cumplido. Toda cuestión está resuelta. Todo obstáculo ha sido quitado. El velo se rasgó. Ese velo misterioso que por siglos y generaciones había dejado a Dios dentro, lejos del hombre, y al hombre fuera, lejos de Dios, “se rasgó en dos, de arriba abajo” (Marcos 15:38), por la muerte preciosa de Cristo; y ahora podemos mirar los cielos abiertos y ver en el trono al hombre que llevó “nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero” (1 Pedro 2:24). Un Cristo sentado es un testimonio para la fe de que todo lo que debía hacerse, está hecho, y hecho para siempre; hecho para Dios y para nosotros. Sí; ya todo está resuelto, y Dios, con perfecta justicia, puede dar rienda suelta al amor de su corazón, borrando todos nuestros pecados y acercándonos a él en toda la aceptación de Aquel que está sentado al lado de él en el trono.

Fíjese bien el lector la manera notable y hermosa con la cual el apóstol pone en contraste a *un Cristo sentado en el cielo con el sacerdote de pie en la tierra*. “Y ciertamente todo sacerdote está [en pie] día tras día ministrando y ofreciendo muchas veces los mismos sacrificios, que nunca pueden quitar los pecados; pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre [*eis to dienekes* = a

perpetuidad] un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios, de ahí en adelante esperando hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies; porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre [a perpetuidad] a los santificados” (Hebreos 10:11-14).

Este pasaje es extraordinariamente bello. El sacerdote, bajo la economía levítica, nunca podía sentarse, por la obvia razón de que su obra no se acababa nunca. No había asiento en el templo ni en el tabernáculo. Hay una fuerza y significación notables en la manera en que el escritor inspirado expresa esto. “*Todo sacerdote*”, “está [en pie] *día tras día*”, “ofreciendo *muchas veces*”, “*los mismos sacrificios*”, “que *nunca pueden quitar los pecados*”. No existen palabras en el lenguaje humano que puedan expresar más gráficamente la sombría monotonía y absoluta ineficacia del ceremonial levítico. ¡Qué extraño que, ante semejante pasaje de la Escritura, la cristiandad haya establecido un sacerdocio humano, con su sacrificio diario! Un sacerdocio, además, que no pertenece a la tribu de Leví, que no proviene de la casa de Aarón, y, por lo tanto, que no cuenta con ningún tipo de título ni aprobación de parte de Dios. Y en cuanto al sacrificio, según lo admite la propia iglesia profesante, es un sacrificio sin sangre, y, por lo tanto, un sacrificio sin remisión, puesto que

sin derramamiento de sangre no hay remisión



(Hebreos 9:22, V. M.).

En consecuencia, el sacerdocio de la cristiandad es una atrevida usurpación, y su sacrificio una vanidad sin valor –una positiva mentira– una nociva ilusión. Los sacerdotes de quien habla el apóstol en Hebreos 10, eran sacerdotes de la tribu de Leví y de la casa de Aarón: la única casa, la única tribu reconocida por Dios que tiene el derecho de ejercer el oficio y la obra de un sacerdote en la tierra. Además, los sacrificios que ofrecían los sacerdotes de Aarón, fueron designados por Dios para aquel tiempo; pero él jamás halló agrado en ellos, porque nunca podían quitar los pecados; y fueron abolidos para siempre.

Ahora bien, en vista de todo esto, ¿qué diremos de los sacerdotes y de los sacrificios de la cristiandad? ¿Qué les dirá un Juez justo? No podemos detenernos en tan terrible tema. Solo podemos lamentarnos por las pobres almas que son engañadas y arruinadas por tales absurdos anticristianos. ¡Quiera Dios, en su gracia, liberarlas y llevarlas a descansar en la ofrenda única de Jesucristo, en esa sangre preciosa que limpia de todo pecado! ¡Ojalá que muchos sean llevados a ver que un sacrificio repetido y un Cristo sentado están en directo antagonismo!

Si el sacrificio debe ser repetido, Cristo no tiene derecho a su trono ni a su corona (¡perdón por escribir así!). Si Cristo tiene un derecho divino a su trono y a su corona, entonces repetir un sacrificio es simplemente una blasfemia contra su cruz, contra su nombre y contra su gloria. Repetir, de la manera que fuere, el sacrificio, es negar la eficacia de la ofrenda única de Cristo, y privar al alma de cualquier posibilidad de llegar al conocimiento de la remisión o perdón de los pecados. Un sacrificio repetido y una remisión perfecta son conceptos absolutamente contradictorios.

Pero vayamos por un momento al tercer gran punto de nuestro tema.

El testimonio del Espíritu Santo

Es sumamente importante que el lector entienda este punto, el cual completa perfectamente el tema. ¿Cómo podemos saber que Cristo, por su obra en la cruz, cumplió perfectamente la voluntad de Dios? Simplemente por el testimonio del Espíritu Santo en la Escritura. Este es el tercer pilar sobre el cual descansa la posición del cristiano, y es tan perfectamente divino, y, por tanto, tan completamente independiente del hombre, como los otros dos. Es evidente que el hombre no tuvo nada que ver con los eternos consejos de la Trinidad –con la gloriosa obra cumplida en la cruz–. Pero también es evidente que el hombre no tiene nada que ver con la autoridad según la cual nuestras almas reciben las alegres noticias acerca de la *voluntad de Dios* y de la *obra de Cristo*, pues se trata nada menos que del *testimonio del Espíritu Santo*.

Debemos tomar esto con la mayor simplicidad. De ninguna manera se trata de nuestros sentimientos, nuestras disposiciones, nuestras evidencias o nuestras experiencias –cosas bastante interesantes en su debido lugar–. Debemos recibir la verdad única y exclusivamente bajo la autoridad de ese augusto Testigo que nos habla en la Santa Escritura. Así leemos: “Y nos atestigua lo mismo el Espíritu Santo; porque después de haber dicho: Este es el pacto que haré con ellos después de aquellos días, dice el Señor: Pondré mis leyes en sus corazones, y en sus mentes las escribiré, añade: Y nunca más me acordaré de sus pecados y transgresiones” (Hebreos 10:15-17).

Tenemos aquí pues una vista completa del sólido fundamento de la posición y de la paz del cristiano. Todo, de punta a cabo, proviene de Dios. La *voluntad*, la *obra* y el *testimonio*, son todos divinos. ¡El Señor sea alabado por este glorioso hecho! ¿Qué haríamos, qué sería de nosotros, si no fuera así? En este tiempo de confusión, cuando las almas son sacudidas por todo viento de doctrina; cuando las amadas ovejas de Cristo son llevadas de aquí para allá, quedando aturdidas y perplejas; cuando el ritualismo con sus ignorantes absurdos, el racionalismo con sus blasfemias

insolentes, y el espiritismo con su horrible trato con los demonios, amenazan los fundamentos mismos de nuestra fe, ¡qué importante es que los cristianos sepan muy bien lo que son realmente esos fundamentos, y que descansen conscientemente en ellos!

Parte 3

Dada su importancia, quisiéramos explayarnos un poco más en el tercer punto de nuestro tema –*El testimonio del Espíritu Santo en la Escritura*–, al que tan solo le hemos dado una rápida ojeada.

Para gozar de una paz inquebrantable, es absolutamente esencial que el corazón descance *únicamente* en la autoridad de la Santa Escritura. Ninguna otra cosa será estable y duradera. Todo lo que tenga que ver con sentimientos y experiencias personales, es algo muy bueno, valioso y deseable en su lugar. Pero, con toda seguridad, ninguna de estas cosas puede constituir el fundamento de la posición del cristiano. Si las consideramos como la base de nuestra paz, pronto nos veremos envueltos en la incertidumbre, inseguros y miserables.

El lector debe tomar esta verdad con la mayor simplicidad. Debe descansar como un niño en el testimonio del Espíritu Santo en la Palabra. Es una verdad bendita que “el que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio en sí mismo” (1 Juan 5:10); y también,

“ el Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios
(Romanos 8:16).

Todo esto es parte esencial del cristianismo; pero de ningún modo debemos confundirlo con el testimonio del Espíritu Santo, tal como se nos da en la Santa Escritura. El Espíritu Santo nunca llevará a nadie a apoyarse en Su obra como fundamento de la paz, sino únicamente en la obra consumada de Cristo y en la inmutable palabra de Dios; y podemos estar seguros de que cuanto más sencillamente nos apoyemos en estas cosas, más firme será nuestra paz, más felices serán nuestros sentimientos y más ricas nuestras experiencias.

En definitiva, cuanto más apartemos los ojos del yo y de todo lo que pertenece a él, y descansen en Cristo, sobre la base de la autoridad clara de la Escritura, más espirituales seremos; y el inspirado apóstol nos dice que “ocuparse del Espíritu (o el ánimo espiritual) es vida y paz” (Romanos 8:6). La mejor prueba de una mente espiritual es reposar, con la simplicidad de un niño, en Cristo y su Palabra. La prueba más clara de una mente no espiritual es estar ocupado consigo

mismo. Es un asunto de poco valor estar ocupados en *nuestras* pruebas o en algo *nuestro*. Esto tiene cierto aspecto de piedad, pero nos aleja de Cristo –nos aleja de la Escritura– nos aleja de Dios. No es piedad, fe ni cristianismo.

Ansiamos intensamente que el lector advierta claramente la importancia de encomendar todo su ser moral a la autoridad divina de la Palabra de Dios. Esto nunca le fallará. Todo lo demás podrá pasar, “mas la palabra del Dios nuestro permanece para siempre” (Isaías 40:8). El corazón y la carne pueden desfallecer (Salmo 73:26). Pruebas que uno busca dentro de sí, pueden verse envueltas en nubes; sentimientos y experiencias pueden resultar insatisfactorios; pero la palabra del Señor, el testimonio del Espíritu Santo, la clara voz de la santa Escritura, siempre permanecerá inquebrantable. “Y esta es la palabra que por el evangelio os ha sido anunciada” (1 Pedro 1:25).

La obra del cristiano y su ámbito de servicio

Hemos dicho bastante ya sobre la base divina y eterna de la posición del cristiano, como se muestra en el capítulo diez de la epístola a los Hebreos. Vamos a ver ahora lo que este mismo pasaje dice acerca de la obra del cristiano y del ámbito en el cual ha de llevar a cabo esa obra.

El cristiano es introducido directamente en la presencia de Dios, dentro del velo, en el lugar santísimo. Este es su propio lugar, si prestamos atención a la voz de la Escritura. “Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino *nuevo y vivo* que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne, y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios, *acerquémonos* con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura” (Hebreos 10:19-22).

Nuestro Dios, bendito sea su santo Nombre, quiere tenernos cerca de él. Nos ha dado un claro e indiscutible título en “la sangre de Jesucristo”. No se necesita ninguna otra cosa. Esa sangre preciosa permanece con todo su infinito valor ante los ojos de la fe. Solo en ella tenemos nuestro título. No en la sangre y algo más, sea lo que fuere. La sangre constituye nuestro único título. Nos allegamos a Dios en virtud de la eficacia perfecta de aquella sangre que rasgó el velo, glorificó a Dios en cuanto a la cuestión del pecado, canceló nuestra culpa conforme a todas las demandas de la infinita santidad, redujo al silencio para siempre a todo acusador, a todo enemigo. Entramos por un camino nuevo y vivo, un camino que nunca puede envejecer ni morir. Dios mismo nos invita a entrar; más aún, nos manda a hacerlo. No ir, no es otra cosa que positiva desobediencia. Entramos para recibir la amorosa bienvenida del corazón de nuestro Padre; es un insulto

a ese amor si no vamos. Él nos dice “acercuémonos confiadamente”, “acercuémonos” (Hebreos 4:16; 10:22) con una seguridad y confianza que pueden medirse por el amor que nos invita, por la palabra que nos manda y por la sangre que nos hace aptos y nos da derecho. No acercarse es dejar de honrar a la eterna Trinidad.

Lector, ¿cree usted que todo esto se comprende y se enseña en la cristiandad? ¿Acaso los credos, las confesiones y los servicios litúrgicos de la cristiandad concuerdan con la enseñanza apostólica de Hebreos 10? ¡Lamentablemente, no! Más bien están en directo antagonismo; y, en consecuencia, el estado de las almas es todo lo contrario de lo que debería ser. En lugar de “acercarse”, se debe permanecer lejos. En vez de libertad y confianza, hay legalismo y esclavitud. En vez de un corazón purificado de mala conciencia, tenemos un corazón doblegado bajo el intolerable peso del pecado no perdonado. En vez de un gran Sumo Sacerdote sentado en el trono de Dios en virtud de una redención cumplida, tenemos a pobres sacerdotes mortales –por no decir pecadores– que están de pie semana tras semana, durante todo el año según la misma rutina fastidiosa, contradiciendo de hecho, con sus estériles formalidades, las mismas verdades fundamentales del cristianismo.

¡Cuán deplorable en verdad es todo esto! ¡Qué triste el estado en que se encuentra el querido pueblo del Señor, los corderos y las ovejas de ese precioso rebaño por el cual murió! Es esto lo que nos afecta tan profundamente. De poco sirve atacar a la cristiandad. Lo admitimos plenamente; pero suspiramos por las almas del pueblo de Dios. Anhelamos verlas totalmente liberadas de falsas enseñanzas, del judaísmo, del legalismo y de todo otro *ismo* que las prive de una salvación plena y de un Salvador precioso. Anhelamos alcanzarlas con las claras enseñanzas de la Santa Escritura que satisfacen todas las aspiraciones del alma, para que puedan conocer y disfrutar de las cosas que Dios les da libremente.

Podemos decir verdaderamente que no hay nada que nos cause mayor preocupación y dolor que el estado en que se encuentra el querido pueblo del Señor, esparcido por montes oscuros y páramos desolados; por eso uno de nuestros principales objetivos es poder ser el instrumento para llevarlos a esos “lugares de delicados pastos... junto a aguas de reposo”, donde el verdadero Pastor y Obispo de sus almas quiere alimentarlos con todo el profundo y tierno amor de Su corazón. Quiere tenerlos cerca de él, reposando en la luz de su bendito rostro.

No es conforme al pensamiento de Dios ni a su corazón de amor que los suyos se mantengan a una fría y sombría distancia de Su presencia, y permanezcan en la duda y la oscuridad. ¡Oh, no, querido lector! Su palabra nos dice que nos acerquemos, que lo hagamos confiadamente, que nos apropiemos gratuitamente, que hagamos nuestros todos los privilegios preciosos a los que el amor de un Padre nos invita y a los que la sangre de un Salvador nos da derecho.

“*Acerquémonos*”. Esto es lo que Dios nos dice. Cristo abrió el camino. El velo se rasgó, nuestro lugar está en el lugar santísimo, la conciencia está purificada, el cuerpo lavado, el alma comprende plenamente el valor expiatorio de la sangre y el poder purificador y santificador de la Palabra –su acción sobre nuestros hábitos, conducta y asociaciones, sobre toda nuestra marcha y carácter–.

Todo esto es de sumo valor práctico para todo aquel que ama verdaderamente la santidad –y todo cristiano verdadero ama la santidad–. El cuerpo lavado “con agua pura” es un pensamiento de lo más encantador. Expresa la acción purificadora de la palabra de Dios sobre la conducta y el carácter del cristiano. No debemos contentarnos con tener el corazón rociado con la sangre; debemos tener también el cuerpo lavado con agua pura.

¿Y luego qué? “*Mantengamos firme*, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza (*elpidos*), porque fiel es el que prometió” (Hebreos 10:23). ¡Bendito paréntesis! Bien podemos mantenernos firmes, porque él es fiel. Nuestra esperanza nunca puede avergonzarse (véase Romanos 5:5). Descansa, con santa calma, en la infalible fidelidad de Aquel que no puede mentir, cuya palabra permanece para siempre en los cielos, muy por encima de todos los cambios y los azares de esta vida mortal, por encima del estruendo de las controversias, de las contiendas de palabras, de los insolentes asaltos de la incredulidad, de los ignorantes delirios de la superstición. Muy lejos y por encima de todas estas cosas, eternamente establecida en el cielo, está esa palabra que constituye el fundamento de nuestra “esperanza”.

Conviene, pues, mantener firme nuestra profesión. No debemos tener un solo pensamiento fluctuante –la más mínima duda– el menor recelo. El que un cristiano dudara, sería deshonestar la palabra de un Dios fiel. Los escépticos, los racionalistas y los infieles dudan, porque ellos no tienen nada en que creer, nada en que apoyarse, ninguna certeza. Pero que un hijo de Dios dude, sería poner en tela de juicio la fidelidad del que prometió. Mantener firme, “sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza”, se lo debemos a Su gloria, por no hablar de nuestra propia paz. ¡Que así sea con todos los amados miembros de la familia de la fe, hasta ese ansiado momento cuando, como dice el poeta, «la fe y la esperanza hayan cesado, y solo el amor haya quedado»!

Pero antes de concluir este tratado, echaremos un vistazo a una de las ramas más interesantes del servicio cristiano: *“Considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras”* (Hebreos 10:24).

Esto está en bella relación moral con todo lo precedente. La gracia de Dios ha satisfecho abundantemente toda nuestra necesidad personal. Ha puesto delante de nosotros un conjunto de preciosos privilegios, un cielo abierto, un velo rasgado, un Salvador coronado y sentado, un gran Sumo Sacerdote, una conciencia perfectamente purificada, confianza para entrar, una calurosa bienvenida, un fiel Prometedor, una esperanza cierta y segura. Ahora bien, si tenemos plena posesión de todas estas maravillosas bendiciones, ¿qué debemos hacer? ¿Considerarnos a nosotros mismos? No, de veras; esto sería superfluo y egoísta. Nunca nos podría ir mejor que cuando Dios hace las cosas por nosotros. Él no dejó nada sin decir, nada sin hacer, nada que desear. Nuestra copa está llena y rebosando. ¿Qué falta? Simplemente considerarnos “unos a otros”; abundar en las diversas actividades del santo amor, y servir a nuestros hermanos de toda forma posible; estar atentos a las oportunidades de hacer bien; estar dispuestos a toda buena obra; buscar de mil maneras dar alegría a otros corazones; tratar de arrojar un rayo de luz en medio de la oscuridad moral que nos rodea, de ser corrientes refrescantes en medio de este páramo estéril y sediento.

Estas son algunas de las cosas que forman parte de la obra de un cristiano. ¡Prestémosles atención! Ojalá que nos hallemos estimulándonos unos a otros, no a la envidia y a los celos, sino al amor y a las buenas obras; exhortándonos unos a otros diariamente; asistiendo diligentemente a la asamblea pública, y tanto más, cuanto vemos que aquel día se acerca.

¡Quiera el Espíritu Santo grabar en el corazón tanto del lector como del escritor estas preciosas exhortaciones tan características de nuestro glorioso cristianismo: *“Acerquémonos”, “mantengamos firme”, “considerémonos unos a otros”!*

*¡Rasgóse el velo!, ya no más distancia mediará;
Al trono mismo de su Dios el alma llegará.*

*¡Rasgóse el velo! ¡Sombras id! La luz resplandeció;
El rostro mismo de su Dios Jesús ya reveló.*

*¡Rasgóse el velo! Hecha está eterna redención;
El alma pura y limpia ya no teme perdición.*

*¡Rasgóse el velo! Dios abrió los brazos de su amor;
Entrar podemos donde entró Jesús el Salvador.*

*Entremos, pues ¡oh adorad! al Dios de amor y luz;
Las preces y las gracias dad en nombre de Jesús.*

La perfección del creyente

Son pocos los lectores del Nuevo Testamento que no se han sentido alguna vez un tanto perplejos por el significado y aplicación de la palabra *perfecto*, que aparece a menudo en él. Esta palabra se utiliza en una variedad de contextos, por lo que es muy importante determinar claramente la aplicación que el Espíritu Santo ha hecho de ella en cada caso particular. En general, el contexto en que aparece el término nos guiará a entender su significado en los distintos pasajes.

Somos conscientes de que el tema de «la perfección del creyente» ha suscitado muchas disputas y controversias teológicas; pero aclaramos de entrada que de ninguna manera es nuestra intención encarar el tema desde este punto de vista, sino simplemente considerar los diversos pasajes del Nuevo Testamento donde aparece el vocablo «perfecto» –o al menos algunos de los casos más significativos en los que se usa–, pidiendo al Señor que nos guíe, para gloria de su nombre y provecho del lector. No seguiremos el significado del término a lo largo del Nuevo Testamento, sino que dividiremos en cuatro los aspectos de su significado en relación con la posición del creyente y su andar práctico en este mundo.

La perfección en cuanto a la conciencia

Creemos que el primer gran aspecto de la perfección cristiana se encuentra en el capítulo 9 de la epístola a los Hebreos, y puede denominarse *perfección en cuanto a la conciencia*: “Lo cual es símbolo para el tiempo presente, según el cual se presentan ofrendas y sacrificios que no pueden hacer *perfecto* (*teleiosai*), en cuanto a la conciencia, al que practica ese culto” (Hebreos 9:9). En este pasaje, el apóstol pone en contraste los sacrificios bajo la ley de Moisés y el sacrificio de Cristo; los primeros no hacían una conciencia perfecta, por la simple razón de que ellos mismos eran imperfectos. Era imposible que la sangre de toros y de machos cabríos quite los pecados y purifique perfectamente la conciencia; podía ser provechoso por un tiempo, un día, un mes, un año, pero no más de eso. Esta es la razón por la cual la conciencia de un adorador judío nunca fue perfectamente purificada; era imposible que lo fuera todavía. No había alcanzado aún –si se me permite la expresión– su fin moral en cuanto a la condición de su conciencia. Jamás podía decir que su conciencia fue perfectamente purificada, porque aún no había podido ofrecer un sacrificio perfecto.

Pero, en el caso del adorador cristiano, es muy diferente. Él sí –bendito sea Dios– alcanzó su fin moral. En cuanto a la conciencia, ha llegado a un punto que le es absolutamente imposible sobrepasar. No puede ir más allá de la sangre de Jesucristo, que lo hace perfecto a perpetuidad en

su conciencia. Tal como es el sacrificio de Cristo, tal es también la conciencia que reposa en él. Nada es más simple, ni más sólido; nada es más consolador para una conciencia despertada. No se trata de lo que soy; *esta* es una cuestión plenamente resuelta para siempre; yo fui juzgado y condenado en mí mismo:

Yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien



(Romanos 7:18).

Acabé conmigo, quedando cubierto con la sangre de Cristo. No necesito nada más; ¿que añadiría a esta sangre tan preciosa? Nada; soy perfecto en mi conciencia; no necesito ninguna ordenanza, ningún sacramento, ninguna formalidad para mejorar mi conciencia; pensar en eso, deshonra al Hijo de Dios.

El lector hará bien en aferrarse a este punto fundamental; cualquier duda o incertidumbre en cuanto a esto, lo harían incapaz de apreciar y comprender los variados aspectos de la perfección cristiana que deseamos considerar. Si las almas piadosas están ocupadas en sí mismas, no es posible que gocen de esta indecible bendición de una conciencia perfecta. La buscan dentro de sí mismos, sin hallar allí nada sólido en que descansar –¿y quién alguna vez lo halló?–, pues creen que buscar la perfección de cualquier otra forma es presunción. Buscar la perfección en uno mismo es, podemos decir, en cierta medida, un piadoso error, pues ¿quién podría hablar de una perfección en la carne? Muchos, lamentablemente, buscan alcanzarla vanamente, mientras que la verdadera piedad rechaza con horror esta presuntuosa y ridícula quimera.

Pero, gracias a Dios, nuestro tema no es la perfección en la carne mediante algún proceso de mejoramiento moral, social o religioso. ¡Sería buscar la perfección en el polvo de la antigua creación, donde reinan el pecado y la muerte, triste tarea! Lamentablemente, ¡son muchos los que se entregan a esto! ¡Tratan de *mejorar al hombre y al mundo!*, pero nunca vieron ni comprendieron –en realidad siempre lo negaron– el primer y más simple aspecto de la perfección del creyente, esto es: la perfección de la conciencia en la presencia de Dios.

Esta es nuestra tesis, y queremos que el lector angustiado la entienda en su simplicidad, para que pueda ver el sólido fundamento que la mano de Dios mismo ha puesto para su fe. Dios solo puede darnos la perfección en nuestra conciencia; necesitamos de él para producir primero el gozo de tener todos nuestros pecados perdonados y luego también una conciencia perfectamente purificada por la sangre de Jesús. Es una cuestión que depende enteramente del sacrificio de

Cristo. ¿Qué encontró Dios en este sacrificio? La perfección. Y esta perfección es para nosotros. Y si usted, querido lector, la ha estado buscando angustiado, puede gozar de ella en seguida y para siempre.

No es cuestión de lo que somos, ni de lo que pensamos de la sangre de Cristo, sino de qué piensa Dios de la sangre de su propio Hijo. Esto lo aclara absolutamente todo. ¿Está claro para usted? Usted puede confiar en él y ser libre en su conciencia cuando haya sido puesto en contacto con este sacrificio perfecto. ¡Que el Espíritu de Dios, querido lector, le muestre la plenitud y perfección de la obra expiatoria de Cristo en toda su claridad y poder, para que sea liberado y su corazón lleno de acciones de gracias y alabanza!

Cuánto desgarrar el corazón pensar en los millares de almas preciosas que quedan en la oscuridad y esclavitud, mientras que podrían andar en la luz y libertad que emanan de una conciencia perfectamente purificada. Tantas cosas se mezclan con el simple testimonio de la Palabra y el Espíritu de Dios en cuanto al valor de la obra de Cristo que resulta imposible que el corazón sea liberado: Cristo en parte y un poco del yo; un poco la gracia y un poco la ley; un poco la fe, un poco las obras. El alma se bambolea así entre la confianza y la duda, según qué ingrediente predomina en la mezcla o qué pasa en el momento. ¡Qué rara es la joya de la salvación eterna para los que dudan! Deseamos que esa joya brille con todo su divino y celestial resplandor ante los ojos del lector vacilante en este momento. Entonces las cadenas de su esclavitud espiritual se romperán. Cuando el Hijo le ha hecho libre, el creyente es verdaderamente libre y capaz de levantarse con fuerza y de aplastar el sistema legal bajo sus pies.

Cuanto más sopesamos esta cuestión, más somos conducidos a pensar que el error y la confusión de tantas almas provienen del hecho de que no comprendieron claramente la muerte y resurrección, el nuevo nacimiento y la nueva creación. Si uno tan solo se aferrara tenazmente a esta gran verdad, todo quedaría claro en lo que respecta a la conciencia. Pero si busco tranquilizar mi conciencia haciendo esfuerzos para mejorarme a mí mismo, me sentiré miserable y me engañaré a mí mismo. No importa qué método adopte para llevar a cabo el proceso: el resultado será siempre el mismo. Si abrazo la profesión de cristianismo con el objeto de mejorar el yo —mi naturaleza o mi condición en la vieja creación—, permaneceré ajeno a la bendición de gozar de una conciencia perfecta. La vieja creación está bajo la funesta influencia del pecado y la carne, “toda carne es como hierba” (1 Pedro 1:24). Un Cristo resucitado es la Cabeza de la nueva creación, “el principio de la creación de Dios”, “el primogénito de entre los muertos (*ek ton nekron*)” (Apocalipsis 3:14; Colosenses 1:18).

Ver colgar del madero a Alguien que cargó con todo el peso de mis pecados, y luego coronado de gloria y de honra a la diestra de Dios, en todo el resplandor de la majestad divina, es lo que vuelve mi conciencia perfecta. ¿Y qué agregar a esto? ¿Necesito ordenanzas, ritos, ceremonias, sacramentos? Ciertamente no. No me atrevería a agregar nada a la muerte y resurrección del eterno Hijo de Dios. La institución del bautismo y de la cena del Señor simbolizan grandes realidades, las que, en su medida, son de incalculable valor para el creyente; pero, si en vez de utilizarlas para simbolizar y conmemorar la muerte y resurrección del Señor, las empleamos como remiendos en la vieja creación –como muletas para el viejo hombre–, caemos en una trampa de Satanás y en maldición. ¡Quiera el Señor guardar a los suyos de este error y fortalecer sus corazones en la verdad que desarrollamos en lo que precede, permitiéndoles considerar otros aspectos de la perfección cristiana!

Desearíamos detenernos más en este primer punto a causa de su inmensa importancia en un tiempo como el presente en el cual prevalecen ordenanzas, tradiciones, religión y todo tipo de formas para intentar mejorar la vieja naturaleza, pero debemos seguir y dejar que el Espíritu Santo ponga el corazón del lector bajo el poder de la verdad que tan débilmente hemos expuesto, y así podemos pasar al segundo gran aspecto de la perfección cristiana.

La perfección del objeto del corazón del cristiano

Todavía somos introducidos aquí en la nueva creación: Cristo por su muerte me dio una conciencia perfecta; por su vida me da un objeto perfecto para el corazón. Es claro que si primero no experimenté la gran bendición de una conciencia purificada, no podré estar debidamente ocupado de este objeto, de la Persona de Cristo. ¡Qué pocos de entre nosotros gozan de manera constante de la comunión con un Cristo resucitado! ¡Qué pocos conocen lo que es tener el corazón fijo en él como el objeto supremo que acapara toda nuestra atención! Estamos ocupados en nuestras cosas: un día en un asunto, al día siguiente en otro. El mundo, de una u otra forma, va entrando poco a poco; vivimos en el ámbito de la naturaleza; respiramos la sombría y pesada atmósfera de la antigua creación; al yo se lo complace; y así nuestra visión espiritual declina, el sentimiento de la paz disminuye, el alma se ve perturbada, el corazón intranquilo, el Espíritu Santo contristado y la conciencia ejercitada. Los ojos entonces vuelven a centrarse en uno mismo y en sus propios actos. El tiempo que debería ser dedicado a la santa y preciosa ocupación con nuestro Objeto, es –y debe ser– ocupado en el juicio de sí mismo –ardua pero necesaria tarea– para poder volver a gozar de aquello que nunca deberíamos haber perdido: una conciencia perfecta.

Desde el momento que apartamos los ojos de Cristo, la oscuridad se hace presente en el corazón.

“ La lumbrera del cuerpo es el ojo; si, pues, tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo estará lleno de luz
(Mateo 6:22, V. M.);

y ¿qué es un ojo sencillo, si no el que tiene a Cristo como único objeto? De esta forma, la luz divina penetra en nosotros hasta alumbrar las partes más profundas de nuestro ser moral, y podemos así alumbrar también a otros, “como cuando una lámpara te alumbra con su resplandor” (Lucas 11:36). Entonces el alma se mantendrá libre de oscuridad, perplejidad y ansiedad. Encontrará todas sus fuentes en Cristo. Será independiente del mundo, y podrá seguir su camino cantando:

En ese Nombre hay salvación

Cura y cuidado para mi dolor

Bálsamo que toda herida sana

Jesús, solo por Ti mi alma clama.

Es imposible encontrar palabras que expresen el poder y la bendición de tener siempre a Jesús como el objeto de nuestros corazones. Es la perfección de Filipenses 3:15, como dice el apóstol: “Así que, todos los que somos *perfectos (teleioi)*, esto mismo sintamos; y si otra cosa (*heteros*), sentís esto también os lo revelará Dios”. Cuando Cristo vive en nuestro corazón, y lo ocupa totalmente, alcanzamos nuestro «fin moral», esto es, el estado espiritual más elevado, pues ¿acaso podemos tener otro objeto superior a la Persona de Cristo, en quien “habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad” y “en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento” (Colosenses 2:3, 9)? ¡Imposible! Nada hay para la conciencia más allá de la sangre de Cristo, ni nada para el corazón más allá de su Persona. Hemos alcanzado, pues, cumplidamente el fin moral en ambas cosas: perfección en cuanto a la conciencia y perfección en cuanto al objeto del corazón. Tenemos entonces paz y poder –paz para la conciencia y poder sobre los afectos–. Cuando la conciencia encuentra su dulce reposo en la sangre de Cristo, los afectos pueden fluir y circular libre y plenamente alrededor de la persona de Jesús. Y ¿qué lengua podría expresar o qué pluma describir, los poderosos resultados morales de contemplar a Cristo?

“ Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor (2 Corintios 3:18).

Nótese: “*Mirando... somos transformados*”. No hay obligación legal, ni vanos esfuerzos, ni dificultades angustiantes. Contemplamos, y contemplamos, y... ¿qué pasa entonces? Seguimos contemplando y, entretanto, somos transformados, nos volvemos moralmente semejantes al bendito Objeto de nuestra contemplación por el poder transformador del Espíritu Santo. La imagen de Cristo se graba en el corazón y es nuevamente reflejada de diez mil maneras en nuestro andar práctico de cada día.

Querido lector, recuerde que esta es la verdadera y única idea de cristianismo. Hay una gran diferencia entre ser un cristiano, y ser un hombre religioso. Pablo era un hombre religioso antes de su conversión; pero solo después se hizo cristiano. Es muy importante ver claramente este punto. Hay gran cantidad de religiones en el mundo, pero, lamentablemente, poco cristianismo. ¿Por qué? Simplemente porque Cristo no es conocido, ni querido; porque no hay interés ni se lo busca. Y aunque se busque su obra para la salvación del alma —se confíe en Su sangre para el perdón de los pecados y la paz con Dios— ¡qué poco se conoce de él y se piensa en él! Tenemos la mejor disposición para echar mano de la salvación por la muerte de Jesús, pero ¡qué lejos nos mantenemos de su bendita Persona! ¡Qué poco su adorable Persona tiene lugar en nuestro corazón! Es una grave pérdida. Podemos concluir que la pálida y vacilante luz de la profesión cristiana moderna se debe a su habitual alejamiento de Cristo, que es el Sol Central del cristianismo. ¿Cómo podría haber luz, calor y frutos si caminamos entre las lóbregas bóvedas y túneles de los placeres de este mundo, de su política y religión? En vano esperamos esto. Y aun cuando hagamos de la salvación nuestro objeto —cuando nos ocupamos de nuestro estado espiritual, alimentándonos de nuestras experiencias y atendiendo a nuestros sentimientos—, seremos débiles y miserables si Cristo mismo no es nuestro objeto.

Hay muchas almas que, por decirlo así, se retiraron del mundo, abandonaron sus bailes, fiestas, teatros, conciertos y todas sus vanidades, pero no encontraron el objeto de su felicidad en un Cristo glorificado. Se retiraron del mundo para concentrarse en sí mismos. Buscan un objeto *en su religión*; están absortos en una especie de pietismo; están bajo la influencia de una conciencia mórbida o una mente supersticiosa, o se encierran en la experiencia del pasado. Estas personas están así tan lejos de la felicidad y del verdadero cristianismo, como aquellos que se entregan a

los placeres de este mundo. Es totalmente posible renunciar a los placeres mundanos y convertirse en un religioso melancólico, místico, un hipocondríaco espiritual. ¿Qué ganan a cambio? Nada excepto una gran decepción.

¿Qué diferente es esto del verdadero cristianismo, en el cual el alma tiene la tranquilidad de conciencia, el corazón liberado y un Objeto que llena toda su visión! Ella encontró su todo en Cristo, y no necesita nada más. Si le hablamos de los placeres del mundo, no hará falta decirle que esto o aquello es malo o hablarle del daño que ocasiona. Simplemente le dirá: «Hallé mi *todo* en Cristo, nada más me hace falta». A menudo sucede que aquellos que hablan de lo malo de las cosas mundanas o del perjuicio que pueden significar, están ocupados, no de Cristo, sino de sí mismos: se preocupan por su propia reputación, por su carácter, por la coherencia consigo mismos. ¿De qué sirve todo esto? ¿No es, al fin de cuentas, estar ocupado consigo mismo? Lo que necesitamos, es tener los ojos fijos en Cristo; el corazón entonces seguirá a nuestros ojos y nuestros pies a nuestro corazón. Nuestra senda será entonces como la luz de la aurora, que va en aumento hasta que se pierde en el pleno resplandor del perfecto y eterno día de gloria (Proverbios 4:18). ¡Quiera Dios concedernos, tanto a mí como a mis lectores, la gracia de conocer mejor lo que es una conciencia perfecta y de poseer un tesoro perfecto para nuestros corazones!

Al tratar el tema de la perfección del creyente, puede parecer suficiente decir que el creyente es un hombre perfecto en un Cristo resucitado, y completo

“ en él, que es la cabeza de todo principado y potestad
(Colosenses 2:10).

Esto lo comprende todo. Nada puede añadirse a tal perfección. Es una bendita verdad; pero no es menos cierto también que las Escrituras emplean la palabra *perfecto* en varios sentidos. Y es importante tratar de comprender, con oración, el sentido preciso y la aplicación justa del término en cada pasaje en que aparece. Es claro que el sentido de *perfección* en Hebreos 9:9 no es el mismo que en Filipenses 3:15. ¿No es justo y provechoso para nuestras almas tratar de comprender, con la ayuda de la gracia, la diferencia? Seguros de esto, seguiremos con el examen del tema de la perfección del creyente llamando la atención del lector, en tercer lugar, respecto de la importancia de *la perfección en nuestro andar*.

La perfección en el andar

Se define en Mateo 5:48: “Sed, pues, vosotros perfectos (*teleioi*), como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto”. Ahora bien, uno puede preguntar: ¿Cómo podemos ser perfectos como nuestro Padre que está en los cielos? ¿Cómo podemos alcanzar un fin tan elevado, una norma tan alta? Podemos comprender la perfección en cuanto a nuestra conciencia, en virtud de lo que Cristo hizo por nosotros; y también podemos comprender la perfección en cuanto al objeto de nuestros corazones, porque tiene por fundamento lo que Cristo es para nosotros; pero ser perfectos como nuestro Padre en los cielos, parece estar totalmente fuera de nuestro alcance. Nuestro Señor ¿nos pediría algo imposible? ¿Nos daría un mandamiento sin proveernos los medios necesarios para cumplirlo? De ninguna manera. Cuando nos llama a ser perfectos como nuestro Padre, nos otorga un santo privilegio y nos reviste de una alta dignidad, y por eso debemos apreciar y buscar conformarnos a su mandamiento.

¿Que debemos entender, pues, por ser “perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto”? El contexto del capítulo nos lo dice: “Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen; para que (*hapos*) seáis hijos (*huioi*) de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos... Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto” (v. 44-48).

Tenemos aquí un bello aspecto de la perfección cristiana como principio de nuestro andar. Somos llamados a andar en gracia hacia todos y a ser así

imitadores de Dios como hijos amados



(Efesios 5:1).

Nuestro Padre hace salir su sol y hace llover incluso sobre Sus enemigos. Trata con todos en gracia. He aquí el modelo; ¿andamos conforme a él?

Querido lector, examine y considere esto. ¿Es perfecto en los principios de su andar? ¿Está tratando con gracia a sus enemigos y a sus deudores? ¿O está reclamando sus derechos, asiendo del cuello a su compañero y diciéndole: “Págame lo que me debes” (Mateo 18:28)? Si hace esto, no es perfecto como su Padre. Él actúa en *gracia* y usted en *justicia*. Si él actuara como actúa usted, el día de gracia habría acabado, y hoy estaríamos en “el día de la venganza”. Si él actuara con usted de la misma manera que usted actúa ahora con los demás, hace tiempo que usted estaría en el lugar sin esperanza.

Meditemos sobre esto; fijémonos bien si no estamos dando una idea falsa de nuestro Padre celestial. Aspiramos a esta perfección en la marcha de nuestra vida diaria. Sin duda nos costará: los bolsillos se vaciarán, pero el corazón se llenará; nuestros recursos pecuniarios se reducirán, pero nuestro dominio espiritual se ensanchará; se extenderá y nos pondrá en una comunión más íntima con nuestro Padre celestial. ¿Acaso no vale la pena asumir pérdidas materiales a cambio de bienes espirituales? ¡Claro que sí! ¡Ojalá que apreciemos más profundamente su valor! ¡Ojalá que apreciemos más la dignidad que se nos ha conferido de representar en este mundo malo y egoísta a nuestro Padre celestial que derrama tan abundantemente sus bendiciones sobre los impíos e ingratos, y de ser Sus imitadores! De nada sirve que prediquemos la gracia si no la ponemos en práctica. Poco aprovecha que hablemos al mundo de la paciente misericordia de Dios, si actuamos con una justicia arbitraria.

Pero algunos dirán tal vez: «¿Cómo podríamos conducir nuestros negocios con principios como estos, si no afirmamos nuestros derechos? Seríamos saqueados y quedaríamos arruinados. Gente mal intencionada, que no tiene estos principios, se abusaría de nosotros y se apoderaría de todos nuestros bienes». Esta no es la manera de llegar a una conclusión justa sobre esta cuestión. Un discípulo obediente jamás razona ni dice «¿Cómo?». La forma de abordar la cuestión es esta: «El Señor Jesús nos llama a ser perfectos como nuestro Padre que está en los cielos es perfecto». Si llevo a juicio a mi prójimo, ¿es esto actuar como Él? Él está en un trono de gracia; está

“ reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados (2 Corintios 5:19).

Esto es muy claro. Tan solo requiere la sumisión del corazón. Humillemos nuestros corazones en presencia de esta verdad tan gloriosa. Consideremos con atención este aspecto tan hermoso de la perfección cristiana y procuremos llevarlo a la práctica. Si nos detenemos a pensar en las consecuencias, nunca alcanzaremos la verdad. Lo que necesitamos es estar en una condición espiritual de alma que reconozca plenamente la autoridad y el poder de la Palabra. Entonces, aunque podamos fallar en los detalles, siempre tendremos una piedra de toque para probar nuestros caminos, y una norma a la cual pueden remitirse el corazón y la conciencia. Pero si esgrimimos nuestros argumentos y discutimos, si negamos que es nuestro privilegio ser perfectos en el sentido de Mateo 5:48, si justificamos recurrir a la *ley* cuando nuestro Padre no recurre a tal cosa—sino que actúa en la *gracia* más absoluta e incondicional—, nos apartamos del modelo perfecto al cual siempre deberíamos conformar nuestro carácter y conducta.

¡Que Dios, por su Espíritu, nos haga capaces de comprender y poner en práctica este principio perfecto y de someternos a él! Es lamentable ver hijos de Dios que en su vida diaria adoptan un curso de acción diametralmente opuesto al de su Padre celestial. Debemos recordar que somos llamados a ser los representantes morales de nuestro Padre. Somos sus hijos por un nuevo nacimiento espiritual, pero somos llamados a ser sus hijos por una asimilación moral a Su carácter y una conformidad práctica a Sus caminos: “Haced bien a los que os aborrecen... *para que seáis* hijos de vuestro Padre que está en los cielos”. ¡Notables palabras! Para ser moral y característicamente hijos de Dios, somos llamados a hacer bien a nuestros enemigos. Es lo que él mismo hace y nos llama a imitarlo. ¡Qué poco lo hacemos! ¡Qué distintos somos! ¡Ojalá que podamos representarlo más fielmente!

Nos faltaría tiempo y espacio para profundizar, como nos gustaría, en esta parte sumamente práctica de nuestro tema. Pasaremos, pues, a considerar, en último lugar, la perfección en el carácter de nuestro servicio.

La perfección en el carácter de nuestro servicio

“No he hallado tus obras perfectas (*pepleromena*) delante de Dios” (Apocalipsis 3:2). El lector debe advertir que la palabra original traducida *perfecto* en este pasaje, no es la misma que aparece en los pasajes que hemos estado considerando. A menudo se traduce como «lleno», «completo», «cumplido». Su uso en referencia a las obras de la iglesia de Sardis, nos enseña una lección muy solemne, que escudriña nuestro corazón. Esta asamblea tenía el nombre de que vive, pero sus obras no fueron cumplidas en la dependencia de Dios. Nada es más peligroso para un cristiano que tener un “*nombre*”: es una trampa del enemigo.

Muchos que profesan la fe cristiana cayeron por estar ocupados con un nombre. Muchos siervos útiles cayeron en la ruina en su empeño por mantener un nombre. Haber adquirido una reputación en alguna rama del servicio –como evangelista activo, maestro dotado, como escritor lúcido y atractivo, como hombre de fe y oración, como alguien de notable santidad o gran devoción personal, alguien benevolente, en resumen, un nombre por algo–, pone en peligro a uno de “hacer naufragio”. El enemigo me inducirá a que haga de mi reputación mi objetivo en vez de Cristo. Todos mis esfuerzos se concentrarán en mantener un nombre y no en el Señor y su gloria, y estaré ocupado con los pensamientos de los hombres en vez de hacer todo mi trabajo bajo la mirada inmediata de Dios.

Todo esto demanda una intensa vigilancia y una rígida censura de mí mismo. Puedo hacer obras excelentes, pero si no son hechas en la presencia de Dios, pueden ser una trampa del enemigo. Puedo predicar el Evangelio, visitar a los enfermos, ayudar a los pobres, realizar todo tipo de actividad religiosa, y nunca estar en la presencia de Dios. Puedo hacerlo por un nombre, porque otros lo hacen o porque los demás esperan que yo lo haga. Esto es muy serio. Requiere verdadera oración, despojamiento de sí mismo, cercanía y dependencia continua de Dios, un ojo sencillo y santa consagración a Cristo. El yo –la propia voluntad– aparece continuamente en nuestro corazón. El yo se interpone, hasta en las cosas más santas; y, mientras tanto, aparentamos que llevamos una vida muy activa y devota en el servicio. ¡Miserable engaño! No conocemos nada más terrible que tener un nombre religioso sin vida espiritual, sin Cristo, sin que Dios posea nuestros corazones.

Querido lector, examinemos esto atentamente. Consideremos que comenzamos, continuamos y terminamos nuestro trabajo bajo la mirada del Señor. Esto comunicará a nuestro servicio una pureza y una elevación moral de inestimable valor. No paralizará nuestra energía, sino que dará impulso y mayor intensidad a nuestras acciones; no cortará nuestras alas, sino que dirigirá nuestros movimientos, para hacernos independientes de los pensamientos de los hombres y del deseo de hacernos un nombre y de mantener nuestra reputación. ¡Miserable y denigrante esclavitud! ¡Quiera el Señor concedernos plena liberación de ella! ¡Quiera Dios concedernos la gracia de cumplir *en su presencia* nuestros trabajos, cualesquiera que sean, poco numerosos o muy numerosos, grandes o pequeños!

Habiendo dicho mucho acerca del *carácter* de nuestro servicio, terminaremos estas consideraciones con algunas palabras sobre la *perfección en el equipamiento para nuestro servicio*.

La perfección en el equipamiento del servicio

“Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea *perfecto (artios)*, enteramente preparado para toda buena obra” (2 Timoteo 3:16-17).

Aquí tenemos de nuevo una palabra diferente, que aparece esta sola vez en todo el Nuevo Testamento. Significa *presente preparación para cualquier exigencia*. Un hombre que conoce la Palabra de Dios y está sujeto a ella, está listo en toda ocasión. No necesita ir a prepararse para ninguna ocasión, consultar una autoridad, ni completar su preparación en ningún punto: *está listo ahora*.

Si un inquiridor angustiado aparece, está listo; si un curioso lo interroga, está listo; si viene un escéptico, está listo; si un infiel se presenta, está listo. En una palabra: siempre está listo, perfectamente equipado para toda ocasión.

¡Que el Señor sea alabado por todos estos aspectos de la perfección! Perfección en cuanto a la conciencia. Perfección del objeto, perfección en el andar, en el carácter de nuestro servicio, en nuestro equipamiento. ¿Qué nos falta todavía? ¿Qué esperamos? La perfección en gloria, perfección en espíritu, alma y cuerpo, a la imagen de Aquel que está glorificado en el cielo.

¡Quiera el Señor obrar en nuestros corazones por su Espíritu y producir aquello que es agradable a sus ojos, para que estemos “firmes, perfectos y completos en todo lo que Dios quiere” (Colosenses 4:12)!

El ministerio de la reconciliación

Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación; que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándonos en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación. Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios. Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (2 Corintios 5:18-21).

El capítulo 5 de 2 Corintios es una de las partes más importantes del Libro de Dios. Los últimos versículos contienen el tema principal que desarrollaremos en las páginas siguientes. Pero antes dirigiremos la atención del lector hacia algunos puntos interesantes e importantes que se presentan en el curso del capítulo.

La certeza cristiana y su fundamento

En primer lugar, fijémonos con qué expresión comienza el capítulo: “*Sabemos*” (v. 1). Es el lenguaje de la certeza cristiana. No dice: «*Esperamos*». Tampoco «tememos» o «dudamos». No; estos términos no expresarían esa absoluta certeza y calma seguridad de la cual el más débil hijo de Dios tiene el privilegio de gozar. Lamentablemente, son pocos los creyentes que gozan de esta bendita certeza. Muchos creen que sería el colmo de la presunción decir “sabemos”. Parecen pensar que las dudas y los temores son la actitud correcta del alma; que es imposible estar seguros; que lo máximo que podemos esperar es abrigar una vaga esperanza de alcanzar el cielo cuando muramos.

Ahora bien, es preciso reconocer que si el fundamento de la certeza o seguridad dependiera de nosotros en el grado más insignificante, entonces sería el colmo de la insensatez pensar que estamos seguros; nuestra esperanza sería vaga. Pero, gracias a Dios, no es el caso. Nosotros no tenemos nada que ver con el fundamento de nuestra seguridad. Este yace enteramente fuera de nosotros y solo debe buscarse en la eterna palabra de Dios. Esto lo simplifica todo, pues hace que todo dependa de la verdad de la Palabra de Dios. Estoy seguro, porque la Palabra de Dios es verdad. La más mínima sombra de duda o desconfianza de mi parte, indicaría una falta de autoridad y seguridad en la Palabra de Dios. No, la seguridad del cristiano depende enteramente de la fidelidad de Dios. Si usted duda de lo primero, también duda de lo último.

Podemos entender este simple principio por nuestro trato con los demás. Si alguien me declara algo, y yo expreso la más mínima duda, o simplemente la siento sin expresarla, pongo en duda su confianza o credibilidad. Si es una autoridad competente, entonces no tengo que dudar. Mi seguridad está ligada a su credibilidad. Si es una autoridad competente, puedo tener plena tranquilidad de lo que me ha dicho. Ahora bien, todos sabemos lo que es recibir de manera absolutamente incondicional el testimonio de un hombre y reposar con calma en él. No es cuestión de sentimiento, sino de recibir, sin la menor duda, una clara declaración, y de depender de la autoridad de un testigo confiable. Así lo tenemos en la primera epístola de Juan: “Si recibimos el testimonio de los hombres, mayor es el testimonio de Dios” (1 Juan 5:9). Y nuestro Señor dijo a los de su tiempo:

Si digo la verdad, ¿por qué vosotros no me creéis?

“

(Juan 8:46).

Él apela a la verdad de lo que dice, como la razón por la cual esperaba que le creyesen.

Este, querido lector cristiano, es un principio muy importante, el cual demanda especial atención por parte de todo buscador ansioso, como también de todo aquel que se compromete a tratar con los tales. Hay una fuerte tendencia a mirar *dentro de uno mismo* para buscar la base de la seguridad; a fundamentarse en sentimientos, experiencias y ejercicios del pasado o del presente; a mirar atrás a algún proceso especial por el cual hayamos pasado, o a buscar ciertas impresiones o convicciones de nuestras mentes, y hallar en estas cosas el fundamento de nuestra confianza, la seguridad de nuestra fe. Esto no servirá de nada. De este modo es imposible encontrar perfecta paz y plena tranquilidad. Los sentimientos, por más ciertos y auténticos que sean, cambian y desaparecen. La experiencia, por más genuina que sea, puede resultar deficiente. Las impresiones y convicciones pueden llegar a ser completamente falsas. Ninguna de estas cosas, pues, puede constituir un sólido fundamento para la seguridad cristiana. Este fundamento solo lo hemos de buscar y hallar en la Palabra de Dios. No en los sentimientos, las experiencias, las impresiones o convicciones, los razonamientos, las tradiciones o las doctrinas humanas, sino solamente en la inmutable y eterna Palabra del Dios viviente. Esa Palabra, que permanece para siempre en los cielos, y que Dios ha engrandecido sobre todo su Nombre (Salmo 119:89; 138:2), es lo único que puede traer paz a la mente y dar estabilidad al alma.

Es cierto que solo por el ministerio de gracia del Espíritu Santo podemos comprender y echar mano de esa Palabra. No obstante, Su palabra –y ella *solamente*–, es la base de toda la seguridad cristiana, y la verdadera base y autoridad del cristiano para todo acto de nuestra vida cristiana práctica. Conviene estar prevenidos tocante a esta cuestión. Solo podemos decir “sabemos”, cuando tomamos la palabra de Dios como el único y suficiente fundamento de nuestra confianza personal. De nada servirá si nos apoyamos en la autoridad humana. Miles de hijos de Dios han probado la amargura de confiar en los mandamientos y doctrinas de hombres. De seguro que, tarde o temprano, eso termina en decepción y confusión. La casa que se construye sobre la arena de la autoridad humana, caerá en un momento u otro; mientras que la que está fundada sobre la roca de la verdad eterna de Dios, permanecerá para siempre. La palabra de Dios comunica su propia estabilidad al alma que se apoya en ella. “Por tanto, Jehová el Señor dice así: He aquí que yo he puesto en Sion por fundamento una piedra, piedra probada, angular, preciosa, de cimiento estable; el que creyere, no se apresure” (Isaías 28:16).

Como el fundamento, así es la fe que se apoya en él. Por eso es tan importante tratar de conducir a las almas a que se apoyen *únicamente* en la preciosa Palabra de Dios. Fijémonos en el cuidado que tuvo el apóstol Pablo respecto a este asunto. Oigamos lo que les dice a los corintios, que estaban en peligro de ser arrastrados por la dirección y la autoridad humanas. “Así que, hermanos, cuando fui a vosotros para anunciaros el testimonio de Dios, no fui con excelencia de palabras o de sabiduría. Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a este crucificado. Y estuve entre vosotros con debilidad, y mucho temor y temblor; y ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios” (1 Corintios 2:1-5).

He aquí un magnífico ejemplo para todos los predicadores y maestros. Pablo declaró “el testimonio de Dios”, nada más, nada menos, nada diferente. Y no solo eso, sino que dio ese testimonio de tal modo que las almas de sus oyentes fueran puestas directamente en contacto con el Dios vivo. Pablo no quería que los corintios se apoyaran en él; más bien *temblaba* (v. 2) por miedo a que se vieran tentados a hacerlo. Les habría causado un daño terrible si, de alguna manera, se hubiera interpuesto entre sus almas y la verdadera fuente de toda autoridad –el verdadero fundamento de confianza y paz–. Si él los hubiese llevado a apoyarse en él, los habría privado de Dios, y esto les habría causado un grave daño. No ha de asombrarnos, pues, que él haya estado entre ellos “con mucho temor y temblor”. Ellos eran evidentemente muy propensos a establecer

y seguir líderes humanos, perdiendo así la sólida realidad de la comunión personal con el Dios vivo y la dependencia de Él. De ahí el celoso cuidado del apóstol de limitarse al testimonio de Dios; de darles *solo* lo que él había recibido del Señor (véase 1 Corintios 11:23; 15:3), no sea que el agua pura de la Palabra se viera alterada en su paso desde su fuente en Dios a las almas de los corintios, o que él, aunque sea en el grado más insignificante, tiñera con sus propios pensamientos la preciosa verdad de Dios.

Lo mismo vemos en la primera epístola a los Tesalonicenses. “Por lo cual –dice el fiel siervo de Cristo– también nosotros sin cesar damos gracias a Dios, de que cuando recibisteis la palabra de Dios que oísteis de nosotros, la recibisteis *no como palabra de hombres*, sino según *es en verdad, la palabra de Dios*, la cual actúa en vosotros los creyentes” (1 Tesalonicenses 2:13). Si Pablo hubiese buscado sus propios intereses, habría estado contento de tener influencia sobre los tesalonicenses, asociándolos a él y llevándolos a apoyarse en él. Pero no; él se regocija al verlos en una conexión viva, en contacto directo con Dios mismo. Este es siempre el resultado de un verdadero ministerio, así como el objetivo de todo verdadero siervo. Si el alma no está en contacto con el Dios vivo, no pasó nada en realidad. Si solo se tratara de seguir a los hombres, de tomar lo que dicen, porque ellos lo dicen; de apegarse a ciertos predicadores o maestros porque se encuentra algo agradable en su estilo y forma, o porque parecen tan santos, separados y consagrados, no se llegará a nada. Esos vínculos humanos no tardarán en romperse. La fe que se asienta, en la medida que sea, en la sabiduría de los hombres, mostrará ser una fe hueca y sin valor. Solo la fe que se apoya en el testimonio y en el poder del único Dios verdadero, mostrará que permanece, que lo soporta todo.

Lector cristiano, lo invitamos encarecidamente a que fije su atención en este punto. Lo consideramos de gran importancia en el momento actual. El enemigo procura con diligencia alejar a las almas de Dios, de Cristo y de las Santas Escrituras. Trata de que ellas se apoyen en algo excepto en *la verdad*. No le importa lo que sea, con tal que no sea Cristo. Puede que sea la razón, la tradición, la religiosidad, el sacerdocio humano, el pietismo carnal, la santidad en la carne, el sectarismo, la moralidad, las buenas obras, el llamado servicio, la influencia humana, el patrocinio, la filantropía, cualquier cosa excepto Cristo, excepto la palabra de Dios, excepto una fe viva, personal, directa en el Dios vivo.

Ahora bien, esto que nos pesa en el corazón es lo que nos lleva a instar encarecidamente al lector a que sienta la necesidad de saber claramente en qué terreno se encuentra en este momento. Queremos que sea capaz de decir ante todos los que lo rodean: “*Yo sé*”. Nada menos que esto po-

drá sostenerse en pie. De nada servirá decir: “*Espero*”. No; debe haber certeza. Debe ser capaz de decir: “Porque sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciere, *tenemos* de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos” (2 Corintios 5:1). Este es el lenguaje de la fe, el lenguaje del cristiano. Todo es calmo, claro y seguro, porque todo es de Dios. Puede haber un “si” con respecto a “la morada terrestre”. Puede ser deshecha, convertirse en polvo. Todo lo que pertenece a esta escena terrenal lleva el sello de la muerte; cambia, pasa, pero la palabra del Señor permanece para siempre, y la fe que echa mano de esa palabra y se apoya en ella, participa de su estabilidad eterna. Esto le permite decir a uno: “*Sé que... tengo*”. Nada sino la fe puede decir esto. La razón solo puede decir: «dudo»; la superstición: «temo»; pero solo la fe puede decir: «Yo sé, y estoy seguro».

Un maestro infiel dijo una vez a una mujer moribunda, a quien había adoctrinado con sus nociones infieles: «Mantente firme, María». ¿Cuál fue su respuesta? «No puedo mantenerme firme, puesto que usted nunca me ha dado nada a qué aferrarme». ¡Tajante reproche! Él le había enseñado a la pobre mujer a dudar, pero no le había dado nada en qué creer; y luego, cuando la carne y el corazón desfallecían, cuando las escenas terrenales estaban pasando y las terribles realidades de la eternidad se acumulaban en la visión de su alma, la infidelidad le falló completamente; sus miserables telarañas no podían darle cobijo frente a la muerte y el juicio. ¡Qué diferente es la condición del creyente, quien, con toda humildad y simplicidad de corazón, se apoya en la roca sólida de la Santa Escritura! Él puede decir con absoluta calma: “Porque yo ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cercano. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no solo a mí, sino también a todos los que aman su venida” (2 Timoteo 4:6-8).

El creyente gime junto con la creación

Es muy probable que a algunos les resulte difícil conciliar la calma certeza expresada en el primer versículo de nuestro capítulo con el gemido del segundo versículo. Pero la dificultad se desvanece tan pronto como consideramos el verdadero motivo del gemido: “Por esto también gemimos, deseando ser revestidos de aquella nuestra habitación celestial; pues así seremos hallados vestidos, y no desnudos. Porque asimismo los que estamos en este tabernáculo gemimos con angustia; porque no quisiéramos ser desnudados, sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida” (2 Corintios 5:2-4).

Aquí vemos que la misma seguridad de tener “de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos”, nos hace gemir deseando poseerlo. El apóstol no gimió en la duda o la incertidumbre, ni bajo el peso de la culpa o el miedo. Menos aún gimió por no poder satisfacer los deseos de la carne o de la mente, o por no poder rodearse de los bienes perecederos de este mundo. No; él añoraba la morada celestial. Lo divino, lo verdadero, lo eterno. Sentía la pesada carga de este pobre tabernáculo que se desmoronaba, y que era un penoso obstáculo para él. Era el único eslabón que lo unía a la escena que lo rodeaba, y que sentía como una pesada rémora de la que se quería desprender.

Pero está muy claro que él no habría podido anhelar la morada celestial si hubiese tenido alguna duda respecto a ella. Nadie se quiere deshacer de su cuerpo a menos que esté seguro de que tiene otro mejor; los hombres se aferran tenazmente a la vida presente, y tiemblan al pensar en el futuro, que, para ellos, es totalmente oscuro e incierto. Ellos gimen ante la idea de tener que dejar este cuerpo; el apóstol gimió porque estaba en él.

Esto marca toda la diferencia. La Escritura nunca habla de un creyente que gime bajo el pecado, la culpa, la duda o el miedo; o que suspira tras las riquezas, los honores o los placeres de este vano mundo herido por el pecado. Lamentablemente, gemimos a veces por ignorancia de nuestra verdadera posición en un Cristo resucitado y de nuestra porción en el cielo. Pero ese no es el motivo o el carácter del gemido en la porción que estamos considerando; Pablo vio, con absoluta claridad, su casa en el cielo; y sintió además la pesada carga del tabernáculo de barro; y anhelaba ardientemente dejar este último y ser revestido del celestial.

Aquí vemos, entonces, la perfecta armonía entre “*sabemos*” y “*gemimos*”. Si no estamos seguros de que tenemos un hogar en el cielo, trataríamos de conservar nuestra casa terrenal el mayor tiempo posible. Esto es lo que vemos siempre a nuestro alrededor. Los hombres se aferran a la vida presente. Hacen todo lo posible para mantener el cuerpo y el alma juntos. No tienen ninguna certeza en cuanto al cielo. No pueden decir “*sabemos*” que “*tenemos*” algo allí. Tienen además un terrible temor por el futuro, que, a sus ojos, está envuelto en nubes y densas tinieblas. Ellos nunca se han encomendado en una calma confianza a Dios y su palabra; nunca han sentido el poder tranquilizador de Su amor. Lo ven como un Juez enojado en vez de verlo como el Amigo del pecador; como un Dios justo y Salvador; como un Justificador justo. No ha de asombrarnos, pues, si huyen con horror ante la idea de tener que verse con Él.

Pero es totalmente diferente el caso de un hombre que conoce a Dios como su Padre, como su Salvador, como su mejor Amigo; que sabe que Jesús murió para salvarlo de sus pecados y de todas las consecuencias del pecado. Esa persona puede decir:

*Arriba tengo un hogar,
Donde no hay pecado ni dolor;
Una mansión que el eterno Amor
Para mí diseñó y preparó.*

*La mano misericordiosa del Padre
Esta bendita morada edificó;
Prevista desde la eternidad,
La habitación de Dios.*

*La sangre preciosa del Salvador
Derecho a la celestial mansión me dio;
Por las profundas aguas de la muerte pasó,
Y mi reposo allí aseguró.*

Así son los suspiros de una fe sencilla, los mismos gemidos de un espíritu que ve más allá de su prisión y anhela huir. El creyente ve su cuerpo de pecado y de muerte como una pesada carga, y anhela librarse de él y ser revestido de un cuerpo apto para su nuevo estado eterno; un cuerpo de la nueva creación, perfectamente libre de toda traza de mortalidad. Esto solo podrá suceder cuando llegue la mañana de la resurrección, ese momento glorioso tanto tiempo esperado, cuando los muertos en Cristo resuciten, y los santos vivos sean transformados en un momento; cuando la muerte sea “sorbida en victoria”, y “lo mortal sea absorbido por la vida” (1 Corintios 15:54; 2 Corintios 5:4).

Por esto gemimos, no porque queremos ser desnudados, sino revestidos. Si bien sabemos que estar ausentes del cuerpo es estar presentes con el Señor, y que partir y estar con Cristo es muchísimo mejor (2 Corintios 5:8; Filipenses 1:23), el objetivo no es el estado de desnudez. El Señor Jesús aguarda aquella consumación gloriosa, y nosotros la aguardamos juntamente con él. Mientras tanto, “toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora; y no solo ella, sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro

cuerpo. Porque en esperanza fuimos salvos; pero la esperanza que se ve, no es esperanza; porque lo que alguno ve, ¿a qué esperarlo? Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos” (Romanos 8:22-25).

Aquí tenemos, pues, querido lector, la respuesta a la pregunta: «¿Por qué gime el creyente?». Gime “con angustia”. Gime junto con la creación, con la cual está unido mediante un cuerpo de pecado y de muerte, un cuerpo de humillación. Ve cada día en derredor las tristes consecuencias del pecado. No puede caminar por las calles de los pueblos y las ciudades sin tener ante sus ojos miles de pruebas del lamentable estado del hombre. Oye el grito de dolor, el gemido de angustia; ve la opresión, la violencia, la corrupción, la discordia, la vileza despiadada y sus víctimas. Ve zarzas y ortigas (véase Isaías 55:13). Ve las distintas fuerzas perturbadoras extendidas por doquier en el mundo físico, en el mundo moral y en el mundo político. Advierte todo tipo de enfermedades y de miseria. El clamor de los pobres y de los necesitados, de la viuda y de los huérfanos, golpea tristemente sus oídos y su corazón; y ¿qué puede hacer sino gemir con toda la creación, y anhelar ardientemente el bienaventurado momento cuando

“ la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios (Romanos 8:21)?

Es imposible que un cristiano verdadero pase por un mundo como este sin gemir. El mismo Maestro bendito gimió. Veámosle cómo se acercó a la tumba de Lázaro, en compañía de las dos hermanas llorosas: “Jesús entonces, al verla llorando, y a los judíos que la acompañaban, también llorando, se estremeció en espíritu y se conmovió, y dijo: ¿Dónde le pusisteis? Le dijeron: Señor, ven y ve. Jesús lloró” (Juan 11:33-35).

¿De dónde vinieron esas lágrimas y gemidos? ¿No era el “Autor de la vida” (Hechos 3:15), el que “da vida a los muertos” (Romanos 4:17), el Vencedor de la muerte y del sepulcro, el que iba de camino a la tumba de Lázaro? ¿Por qué entonces gimió? Gimió en simpatía con los objetos de su amor y con toda la escena que lo rodeaba. Sus lágrimas y gemidos emanaron de lo más profundo de un corazón humano perfecto que sentía, según Dios, cuál era el verdadero estado de la familia humana y particularmente de Israel. Contemplaba a su alrededor los distintos frutos del pecado. Se compadeció del hombre, así como de Israel. “En todas sus aflicciones él fué afligido” (Isaías 63:9, V. M.). Fue “varón de dolores, experimentado en quebranto” (Isaías 53:3). Sanaba gente, pero en su espíritu estaba abrumado con la realidad de lo que hacía. No echó fuera la muerte, la enfermedad y el dolor con ligereza. No; él experimentaba profundamente todo esto, como hom-

bre; y también según las infinitas perfecciones de su naturaleza divina. Todo esto abrumaba su espíritu, de manera muy real, delante de Dios. Si bien Su naturaleza era absolutamente pura y estaba libre de todo esto, él, en gracia y voluntariamente, lo hizo suyo a tal grado que lo probó, lo experimentó y lo conoció como nadie más podría hacerlo.

Todo está plenamente expresado en Mateo 8, donde leemos las palabras siguientes: “Y cuando llegó la noche, trajeron a él muchos endemoniados; y con la palabra echó fuera a los demonios, y sanó a todos los enfermos; para que se cumpliese lo dicho por el profeta Isaías, cuando dijo: *El mismo tomó nuestras enfermedades, y llevó nuestras dolencias*” (v. 16-17).

Tenemos muy poca idea de lo que el corazón de Jesús sintió cuando pasó por este triste mundo pecaminoso. Somos demasiado propensos a pasar por alto la realidad de Sus sufrimientos al limitarlos a lo que sufrió en la cruz, y al suponer que, porque era “Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos” (Romanos 9:5), no sintió todo lo que un corazón humano es capaz de sentir. Esto es una lamentable pérdida. De verdad podemos decir que es una pérdida incalculable. El Señor Jesús, como el Autor de nuestra salvación, fue hecho perfecto mediante los sufrimientos. En Hebreos 2, el inspirado escritor hace una cuidadosa distinción entre “el padecimiento de la muerte” (v. 9) y los “padecimientos” del Autor de nuestra salvación (v. 10). Para salvar a los pecadores de la *ira*, gustó “la muerte por todos”, y luego lo vemos “coronado de gloria y de honra”. Pero para “*llevar muchos hijos a la gloria*”, tuvo que ser perfeccionado “por medio de los sufrimientos”. Todos los verdaderos creyentes tienen el inmenso privilegio de saber que hay Uno sentado a la diestra de la Majestad en los cielos que, cuando anduvo en este mundo de pecado y de miseria, probó todas las formas posibles de sufrimiento y de dolor que un corazón humano pueda conocer. Él podía decir:

“ El escarnio ha quebrantado mi corazón, y estoy acongojado. Esperé quien se compadeciese de mí, y no lo hubo; y consoladores, y ninguno hallé.
(Salmo 69:20).

¡Cuán profundamente conmovedor es todo esto! Pero no podemos seguir con este tema aquí. Simplemente lo mencionamos en relación con la pregunta «¿Por qué gime el creyente?». Confiamos en que el lector verá claramente la verdadera respuesta a esta pregunta, y que le resultará claro que los gemidos de un cristiano provienen de la naturaleza divina que ahora posee, y que por tal motivo no pueden ser causados por dudas o temores. Ni siquiera por deseos egoístas o ansias insaciables de su vieja naturaleza. Al contrario, el hecho de que, por la fe en Cristo, posee

vida eterna, y la bendita seguridad de tener una casa no hecha de manos, eterna en los cielos, hace que suspire por aquella morada bendita, indestructible, y que gima por su relación con una creación que gime, así como en simpatía con ella.

El nuevo hombre es hechura de Dios

Si se necesitasen más pruebas sobre esta cuestión tan interesante, podemos leer los versículos 5-8 de este capítulo, donde el apóstol sigue diciendo: “Mas el que nos hizo para esto mismo es Dios, quien nos ha dado las arras del Espíritu. Así que vivimos *confiados siempre* [no dudando ni temiendo], y sabiendo que entre tanto que estamos en el cuerpo, estamos ausentes del Señor (porque por fe andamos, no por vista); pero confiamos, y más quisiéramos estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor” (2 Corintios 5:5-8).

Aquí tenemos dos grandes verdades fundamentales: primero, el creyente es obra de las manos de Dios; y, segundo, Dios le ha dado las arras del Espíritu. ¡Qué hechos maravillosos y gloriosos! Hechos que demandan la atención del lector. Cualquiera que cree sencillamente y de corazón en el Señor Jesucristo, es la obra de las manos de Dios. Dios lo ha creado de nuevo en Cristo Jesús. Claramente, pues, no puede haber ninguna razón para que ponga en duda la aceptación que tiene con Dios, puesto que Dios nunca puede poner en tela de juicio Su propia obra. No hará esto en Su nueva creación, como no lo hizo en la vieja. Cuando, al principio del libro del Génesis, Dios contempló su obra, no lo hizo para juzgarla o cuestionarla, sino para anunciar que era “buena en gran manera”, y expresar su complacencia en ella. De igual manera ahora, cuando Dios mira al creyente más débil, ve en él la obra de Sus manos, y, con toda seguridad, ni aquí ni en el más allá, va a poner en tela de juicio Su propia obra. Dios es una roca, su obra es perfecta, y el creyente es la obra de Dios; y por esta causa lo ha sellado con el Espíritu Santo.

La misma verdad se declara en Efesios 2, donde leemos:

“ Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas
(Efesios 2:10).

Este, de verdad podemos decir, es un punto de suprema importancia. Demanda la más seria atención del lector que desea estar completamente establecido en la verdad de Dios en cuanto a qué es realmente un cristiano, el verdadero cristianismo. No es un pecador culpable, arruinado y perdido que se esfuerza en hacer algo que sea digno de Dios. Es todo lo opuesto. Es Dios quien,

según las riquezas de su gracia, en virtud de la muerte expiatoria de Cristo, toma a un hombre muerto, sin valor, condenado –a un pecador culpable y merecedor del infierno–, y lo crea de nuevo en Cristo Jesús. Es Dios que comienza de nuevo, que forma algo enteramente nuevo: un hombre en Cristo, colocado en una posición enteramente nueva, no ahora como un ser inocente sobre la base de la creación, sino como uno justificado en un Cristo resucitado. No es la vieja condición del hombre mejorada por algún tipo de esfuerzo humano, sino la nueva obra de Dios en un Cristo resucitado, ascendido y glorificado. No es la propia vestidura del hombre, con agujeros y remiendos, producto del ingenio humano, sino la nueva vestidura de Dios, introducida en la persona de Cristo, quien, por su infinita gracia, descendió hasta “el polvo de la muerte”, y soportó el juicio por el pecado, por amor al hombre, la justa ira de un Dios que aborrece el pecado, y se levantó de entre los muertos por la gloria del Padre, llegando a ser la Cabeza de la nueva creación, “el principio de la creación de Dios” (Apocalipsis 3:14).

Ahora bien, el lector debe comprender con toda claridad que si nuestro Señor Jesucristo es en verdad “el *principio*” de la creación de Dios, entonces debemos empezar por el principio, de lo contrario no hemos hecho absolutamente nada. Podemos trabajar duro y sin cesar; hacerlo con el mayor esfuerzo y con total sinceridad. Podemos hacer votos, tomar resoluciones, tratando de mejorar nuestro estado, de cambiar nuestro rumbo, de corregir nuestros caminos, de cambiar nuestro modo de vida; pero, mientras tanto, seguimos estando en la vieja creación, la cual ha sido dejada de lado por completo y está bajo el juicio de Dios; no comenzamos por “el principio” de la nueva creación de Dios, y, por consecuencia, no ganamos absolutamente nada. Trabajamos en vano y gastamos nuestras fuerzas en balde. Hemos hecho grandes esfuerzos para tratar de mejorar algo que Dios ha condenado y desechado por completo. Somos, para ilustrarlo con un ejemplo, como un hombre que emplea su tiempo, energías y dinero pintando y decorando una casa sobre la cual pesa una orden municipal de demolición a causa del mal estado de sus cimientos.

¿No calificaríamos a esa persona de insensata? Sin duda. Pero si es una insensatez pintar y decorar una casa condenada a ser demolida, ¿qué diremos de aquellos que tratan de mejorar una naturaleza condenada, un mundo condenado? Ellos siguen un camino que tarde o temprano terminará en decepción y confusión.

¡Ah, que todos los creyentes estén más penetrados de esto y lo comprendan mejor! ¡Que todos los escritores, predicadores y maestros cristianos lo comprendan más y lo propaguen claramente con la pluma y con la voz! Es nuestro ferviente deseo que el lector comprenda y penetre más pro-

fundamente en esto. Estamos plenamente convencidos de que esta es fundamentalmente una verdad para este tiempo. Una verdad que satisface las necesidades de miles de almas, las libera de sus cargas, alivia sus corazones y conciencias, resuelve sus dificultades y disipa sus nubes. Hay, en este momento, en toda la cristiandad, multitudes incontables comprometidas con el trabajo infructuoso de pintar y decorar una casa que está condenada, sobre la cual Dios ha pronunciado Su juicio, debido al estado irremediablemente arruinado de sus cimientos. Tratan de hacer pequeños trabajos de reparación por toda la casa, olvidando, o quizás ignorando, que todo el edificio en breve será demolido por orden del gobierno divino. Algunos lo hacen con la mayor sinceridad, con muchos ejercicios dolorosos de alma y lágrimas, porque no logran satisfacer sus corazones, y mucho menos las demandas de Dios. Pues Dios demanda algo perfecto, no una cosa arruinada y remendada. No sirve de nada empapelar y pintar paredes viejas que se tambalean sobre cimientos podridos. Dios no puede ser engañado por el trabajo superficial, por las apariencias. Si los cimientos están mal, todo el edificio se derrumbará. Nosotros debemos poner toda nuestra confianza en Aquel que es “el principio de la creación de Dios”.

Lector cristiano, haga una pausa aquí y considere unos momentos este asunto con calma y seriedad. Pregúntese: «¿Busco remendar algo que está completamente en ruinas? ¿Trato de mejorar la vieja naturaleza? ¿O realmente he encontrado mi lugar en la nueva creación de Dios, de la cual un Cristo resucitado es la Cabeza y el Principio?». Recuerde, se lo rogamos, que no puede haber esfuerzo más inútil que tratar de hacerse mejor a sí mismo. Sus esfuerzos pueden ser sinceros, pero, a la larga, no servirán de nada. Los materiales y la pintura para decorar la casa pueden ser buenos y genuinos, pero los está poniendo en algo arruinado y condenado. Usted no puede decir de su naturaleza no renovada que es “hechura” de Dios. *Sus* acciones, *sus* buenas obras, *sus* prácticas religiosas, *sus* esfuerzos por guardar los diez mandamientos, en una palabra *nada* de lo que usted haga puede ser llamado “hechura” de Dios. Es lo que hace usted y no Dios. Él no puede reconocerlo; no puede sellarlo con Su Espíritu. Todo es falso e inútil. Si usted no puede decir, “el que nos hizo para esto mismo es Dios” (2 Corintios 5:5), entonces no tiene nada. Aún está en sus pecados (1 Corintios 15:17). No ha comenzado por el principio de Dios. Todavía está “en la carne”, y la voz de la Santa Escritura declara que

los que están en la carne no pueden agradar a Dios

“ (Romanos 8:8, V. M.).

Esta es una afirmación solemne y devastadora. Un hombre fuera de Cristo está “en la carne”, y no puede agradar a Dios. Puede que sea muy religioso, muy moral, amable, benévolo, un excelente patrón, un amigo generoso, un dador generoso, un compañero cordial, un protector de los pobres, recto y honesto en todas sus relaciones, un elocuente predicador y un escritor popular, pero, si no está “en Cristo”, si está “en la carne”, *no puede*, entonces, “agradar a Dios”.

¿Puede algo ser más solemne que esto? ¡Y pensar que una persona puede llegar tan lejos en todo lo que es considerado excelente entre los hombres, y, con todo, no estar en Cristo, sino en sus pecados, en la carne, en la vieja creación, en la casa condenada! Y notemos que no se trata de pecados groseros ni de una vida escandalosa, en sus formas diversas y horribles de inmoralidad, en sus tonos más profundos y oscuros. No; la declaración de la Santa Escritura es: “Los que están en la carne *no pueden* agradar a Dios” (Romanos 8:8, V. M.). Esto, realmente, subyuga el alma y demanda una reflexión profunda y solemne de parte de todo creyente considerado y serio.

Los dos Adanes

Pero puede que el lector todavía encuentre dificultades y escollos en torno a este tema tan importante. Quizás todavía no consiga comprender lo que significa la expresión “en la carne”. Si es así, le recordamos que la Escritura habla de *dos hombres*: “El primer hombre” y “el segundo hombre” (1 Corintios 15:47). Estos dos hombres se presentan como las cabezas de dos razas distintas. El Adán caído es la cabeza de una raza. El Cristo resucitado es la Cabeza de la otra. Ahora bien, el solo hecho de que haya un “segundo hombre” demuestra que el primer hombre fue dejado de lado. Porque si el primer hombre hubiese sido intachable, entonces no habría habido lugar para un segundo. Esto es claro e incuestionable. El primer hombre es una ruina total e irreparable. Los fundamentos del viejo edificio se han derrumbado; y aunque al hombre le parece que el edificio todavía está en pie y puede ser reparado, no obstante a los ojos de Dios lo viejo está totalmente puesto a un lado, y un segundo Hombre –un nuevo edificio– ha sido establecido en la tierra sobre la sólida e imperecedera base de la redención.

Por eso, en Génesis 3 leemos que Dios echó “fuera al hombre, y puso al oriente del huerto de Edén querubines, y una espada encendida que se revolvía por todos lados, para guardar el camino del árbol de la vida” (Génesis 3:24). El primer hombre fue expulsado, y cualquier posibilidad de retorno le fue totalmente vedada *en esa condición*. Solo podía volver por “un camino nuevo y vivo” (Hebreos 10:20), es decir, por el velo rasgado de la carne del Salvador. La espada encendida “se revolvía por todos lados” para que no hubiera ninguna posibilidad de que el primer

hombre pudiese regresar alguna vez a su estado anterior. La única esperanza que había ahora era a través de *la simiente de la mujer* (Génesis 3:15), esto es, “el segundo Hombre”. La espada encendida declaraba, en lenguaje simbólico pero elocuente, la verdad que sale a luz en el Nuevo Testamento despojada de toda forma de imagen y de sombra, a saber, que “los que están en la carne *no pueden* agradar a Dios” (Romanos 8:8, V. M.).

Es necesario nacer de nuevo



(Juan 3:7).

Toda alma inconversa forma parte del primer hombre, caído, arruinado, puesto de lado y echado fuera. Es miembro del primer Adán –de la vieja raza–, una piedra en el viejo edificio que está condenado.

Así son las cosas, si hemos de guiarnos por las Escrituras. La cabeza y su raza van juntas. Como es el uno, así es el otro; lo que es cierto del uno, es cierto del otro. A los ojos de Dios, son absolutamente idénticos. ¿Era un ser caído el primer Adán cuando llegó a ser la cabeza de una raza? ¿Había sido expulsado? ¿Fue enteramente puesto de lado? Sí, de acuerdo con las Escrituras. Entonces, el que lee estas líneas y no ha sido convertido, no ha nacido de nuevo, es un ser caído, expulsado y puesto de lado. Tal cual la cabeza, así son los miembros; cada miembro en particular, como todos los miembros juntos, son inseparables, si hemos de ser enseñados por la revelación divina.

Pero, además, preguntamos: ¿Todo posible camino de regreso estaba definitivamente cerrado para la cabeza caída? Sí; la Escritura declara que la espada encendida “se revolvía *por todos lados*, para guardar el camino del árbol de la vida”. Por eso es completamente imposible que el lector inconverso, no regenerado, pueda mejorarse a sí mismo o hacerse apto para Dios. Si la cabeza caída no pudo regresar al árbol de la vida, tampoco lo puede hacer el miembro caído. “Los que están en la carne *no pueden* agradar a Dios” (Romanos 8:8, V. M.). Los que están sobre el viejo fundamento, en la vieja creación, los miembros del primer Adán, los que forman parte del viejo edificio, no pueden agradar a Dios. “Es necesario nacer de nuevo” (Juan 3:7). El hombre debe ser renovado en el origen más profundo y la fuente de su ser. Debe ser “hechura suya, creado en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas” (Efesios 2:10). Debe ser capaz de decir, en el lenguaje de nuestro texto: “El que nos hizo para esto mismo es Dios” (2 Corintios 5:5).

Por la fe nos apropiamos de nuestra posición en Cristo

Pero esto nos lleva a otro punto. ¿Cómo podemos entrar en esta maravillosa posición? ¿Cómo puede alguien hablar este lenguaje? ¿Cómo puede alguien cuyos ojos han sido abiertos para ver su completa e irremediable ruina –su relación con el primer hombre, su posición en la vieja creación, que es una piedra del viejo edificio–, alcanzar alguna vez una posición en la que pueda agradar a Dios? Alabado sea el Señor, la Escritura da una respuesta clara y definida a esta pregunta. Un segundo Hombre apareció en la escena, la simiente de la mujer, y, al mismo tiempo,

Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos

“ (Romanos 9:5).

En él todo comienza de nuevo. Vino a este mundo “nacido de mujer y nacido bajo la ley” (Gálatas 4:4), puro y sin mancha, libre de toda traza de pecado, sobre el cual, en lo personal, ni el pecado ni la muerte tenían derecho, y anduvo en medio de un mundo arruinado, de una raza culpable, siendo él mismo ese grano de trigo puro y sin mácula. Lo vemos como un niño en el pesebre, y luego crecer como un joven bajo el techo paterno. Lo vemos como un hombre que trabaja en una carpintería en Nazaret; bautizado en el río Jordán, donde todo el pueblo era bautizado confesando sus pecados, siendo él mismo sin pecado, pero cumpliendo toda justicia, e identificándose en perfecta gracia con el remanente arrepentido de la nación de Israel. Lo vemos ungido con el Espíritu Santo para la obra que tenía por delante. En el desierto, cansado y hambriento, a diferencia del primer hombre que fue puesto en un paraíso de deleites. Tentado por Satanás y saliendo victorioso. Lo vemos andar el camino de su ministerio público, ¡y qué ministerio! ¡Qué trabajo duro e incesante! ¡Qué cansancio y vigilia! ¡Qué hambre y sed! ¡Qué dolor y fatiga! En peores condiciones que las aves y las zorras, el Hijo del hombre no tenía donde recostar su cabeza. La contradicción de pecadores en el día, la soledad del monte por la noche.

¡Que vida tan maravillosa la de nuestro bendito Señor! Pero esto no era todo. ¡Él murió! Sí; murió bajo el peso de la culpa del primer hombre; murió para quitar el pecado del mundo, y cambiar completamente el fundamento de la relación de Dios con el mundo, para que Dios pueda tratar con el hombre y con el mundo sobre el nuevo fundamento de la redención, en lugar del viejo fundamento del pecado. Murió por la nación de Israel (Juan 11:51-52). Gustó “la muerte por todos” (Hebreos 2:9). Murió el justo por los injustos. Padeció por los pecados (1 Pedro 3:18). Murió y fue sepultado, conforme a las Escrituras (1 Corintios 15:3). Pasó por todo, satisfizo todo, pagó todo, terminó todo. Descendió hasta “el polvo de la muerte”, y yació en la oscura y silenciosa tumba. Descendió a las partes más bajas de la tierra (Efesios 4:9). Bajó al fondo de todo. Sufrió la sen-

tencia que pesaba sobre el hombre. Pagó la pena, llevó el juicio, agotó la copa de la ira, pasó por todo tipo de pruebas y formas de sufrimiento humano, fue tentado en todo, sin pecado (Hebreos 4:15). Abolió todo lo que se interpuso en el camino, y, *habiendo consumado todo*, encomendó su espíritu en las manos de su Padre, y su cuerpo precioso fue puesto en una tumba en la cual nunca hubo olor a muerte.

Ni esto fue todo. ¡Él resucitó! Sí, resucitó triunfando sobre todo, como la Cabeza de la nueva creación, “el principio de la creación de Dios”, “el primogénito de entre los muertos”, “el primogénito entre muchos hermanos” (Apocalipsis 3:14; Colosenses 1:18; Romanos 8:29). Y ahora “el Segundo Hombre” está delante de Dios, “coronado de honra y de gloria”, no en un paraíso terrenal, sino “a la diestra de la Majestad” en los cielos (Hebreos 2:9; 1:3). Este “Segundo Hombre” es “el postrer Adán” (1 Corintios 15:45), porque nadie viene después de él, no podemos ir más allá del último. Hay solo un Hombre delante de Dios ahora. El primero fue puesto de lado, y en su lugar se estableció el último. Y como el primero fue la cabeza de una raza caída, así también el último es la cabeza resucitada de una raza salvada, justificada y aceptada. La Cabeza y sus miembros están inseparablemente identificados, todos los miembros juntos, y cada uno en particular. Somos aceptados en Él.

Como él es, así somos nosotros en este mundo

“ (1 Juan 4:17).

Nada hay delante de Dios excepto Cristo. La Cabeza y el cuerpo, la Cabeza y cada miembro individual, están indisolublemente unidos; inseparablemente y para siempre. Dios piensa en los miembros como piensa en la Cabeza. Los ama como lo ama a Él. Esos miembros son hechura de Dios, introducidos por Su Espíritu en el cuerpo de Cristo, y en la presencia de Dios, no teniendo ningún otro fundamento, ningún otro rango ni posición que no sea “en Cristo”. No están más “en la carne”, sino “en el Espíritu” (Romanos 8:9). Pueden agradar a Dios porque poseen Su naturaleza, están sellados por Su Espíritu y son guiados por Su Palabra. “*El que nos hizo... es Dios*”, y él siempre se complace en su propia obra. Nunca pondrá reparos ni condenará la obra de sus propias manos. Dios “es la Roca; perfecta es su obra” (Deuteronomio 32:4, V. M.) y por eso el creyente, como hechura de Dios, es perfecto. Él está “*en Cristo*”, y eso basta. Basta para Dios, basta para la fe y basta para siempre.

Ahora bien, si se pregunta: ¿cómo se puede obtener todo esto? La Escritura responde: “por la *fe*”. “De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida” (Juan 5:24).

El tribunal de Cristo

El lector que ha venido leyendo atentamente este tratado desde el inicio de nuestro capítulo, estará en condiciones de entender algo del solemne e importante tema al cual vamos a pasar ahora: el tribunal de Cristo. Si es cierto que el creyente es la obra de Dios; que es miembro de Cristo; que está asociado con el segundo Adán; ligado “en un mismo haz de vida con” el Señor resucitado y glorificado (1 Samuel 25:29, V. M.); si todo esto es cierto –y la Palabra de Dios declara que lo es–, entonces es evidente que el tribunal de Cristo no puede de ninguna manera afectar la posición del cristiano, ni llegar a ser para él en absoluto poco amistoso. Es un tema sin duda muy serio y solemne, de consecuencias muy trascendentales para todo siervo de Cristo, y que tiene como objeto ejercer la influencia más saludable en el corazón y la conciencia de todo hombre. Pero eso solo si se lo contempla desde el verdadero punto de vista. Que nadie vaya a suponer que recogerá la bendición que Dios tiene preparada para aquel que medita en este tema del tribunal, si lo considera como el lugar donde se ha de resolver la gran cuestión de su salvación eterna. Sin embargo, muchos lo hacen. ¡Cuántos verdaderos hijos de Dios hay, quienes, por no ver la simple verdad contenida en estas palabras: “el que nos hizo para esto mismo es Dios”, prevén el tribunal de Cristo como algo que, al fin y al cabo, puede condenarlos!

Esto es muy lamentable, pues deshonra al Señor y destruye completamente la paz y la libertad del alma. Porque ¿cómo es posible que alguien disfrute de la paz, teniendo dudas sobre su salvación? Creemos que es totalmente imposible. La paz de un verdadero creyente descansa en el hecho de que toda posible duda ha sido resuelta divinamente y para siempre. Por consecuencia, ninguna duda puede surgir, ni ante el tribunal de Cristo, ni en ningún otro momento. Oigamos lo que nuestro Señor Jesucristo dice respecto de esta gran cuestión: “De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, *tiene* vida eterna; y no vendrá a condenación [o juicio], mas ha pasado de muerte a vida” (Juan 5:24).

Es importante entender que la palabra empleada por nuestro Señor en este pasaje, no es “condenación”, sino “juicio”. Él asegura al creyente que nunca vendrá a juicio; y esto en directa relación con la declaración de que

el Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo (v. 22).

“

Y también: “Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo; y también le dio autoridad de hacer juicio, por cuanto es el Hijo del Hombre” (v. 26-27).

Así pues, Aquel a quien se le ha encomendado todo juicio, el único que tiene autoridad para ejecutar juicio por el justo decreto del Padre, esta bendita Persona nos asegura que si oímos su Palabra, y creemos al que le envió, nunca vendremos a juicio.

Esto es claro y concluyente. Tranquiliza el corazón completamente. Dispersa toda niebla y toda nube, y conduce al alma a una región donde jamás puede surgir ninguna duda que perturbe su profundo y eterno reposo. Si Aquel que tiene todo juicio en su mano y toda autoridad para ejecutarlo, me asegura que yo nunca vendré a juicio, estoy perfectamente satisfecho. Creo Su Palabra, y descanso en la feliz certeza de que, independientemente de lo que pueda ser para los demás, el tribunal de Cristo no puede ser cruel conmigo. Sé que la Palabra del Señor permanece para siempre, y que la Palabra me dice que yo nunca vendré a juicio.

Pero puede que al lector le resulte difícil, o incluso imposible, conciliar esta total exención de juicio con esta declaración solemne del Señor:

“

Mas yo os digo que de toda palabra ociosa que hablaren los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio (Mateo 12:36).

Pero en realidad no existe ninguna dificultad aquí. Si un hombre tiene que enfrentar el juicio, deberá dar cuenta de toda palabra ociosa. ¡Qué terrible y solemne pensamiento! No hay forma de evitarlo. Si se dejara pasar una sola palabra ociosa, sería una deshonra para el tribunal del juicio. Sería una señal de debilidad e incompetencia, lo cual es completamente imposible. Sería una blasfemia contra el Hijo de Dios suponer que una sola mancha podría escapar a su escrutadora mirada. Si el lector viniera a juicio, ese juicio debe ser perfecto, y, por ende, su condena es inevitable.

Queremos llamar la atención del lector inconverso sobre este serio asunto. Demanda imperativamente su inmediata y seria consideración. El día se acerca rápidamente, en el cual toda palabra ociosa, todo pensamiento ligero y todo acto pecaminoso, saldrá a la luz, y se deberá dar

cuenta de ello. Cristo, como Juez, tiene “ojos como llama de fuego” y “pies semejantes al bronce bruñido”, ojos para descubrir y pies para aplastar el mal. No habrá escapatoria. Entonces no habrá misericordia: el juicio será absoluto, severo e implacable. “Y vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar se encontró para ellos. Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras. Y el mar entregó los muertos que había en él; y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras. Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda. Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego” (Apocalipsis 20:11-15).

Nótese la diferencia entre “los libros” y “el libro de la vida”. Toda la escena, de principio a fin, presenta el juicio de los impíos ya difuntos, de los que han muerto en sus pecados. “El libro de la vida” es abierto; pero no hay ningún juicio para aquellos cuyos nombres están inscritos en él con la mano del amor electivo y redentor. “Los libros” son abiertos; los terribles archivos escritos con trazos tan profundos, amplios y negros; las listas espantosas de los pecados de cada hombre y mujer, desde el principio hasta el fin del tiempo. No habrá escapatoria. Cada uno estará allí con su propia individualidad en ese terrible momento. Los ojos de cada individuo se volverán hacia sí mismo, y hacia su vida pasada. Todo se verá a la luz del gran trono blanco, del cual no hay escapatoria.

El escéptico puede argumentar en contra de todo esto y decir: «¿Cómo puede ser eso? ¿Cómo pueden estar todos los muertos delante de Dios? ¿Cómo podrían los incontables millones que han muerto desde la fundación del mundo encontrar suficiente espacio ante el tribunal del juicio?». La respuesta, cualquiera que sea para el escéptico, es muy simple para el creyente verdadero: Dios que los creó, hará un lugar para que estén en el juicio y un lugar para que pasen el tormento eterno. ¡Tremendo pensamiento! Dios “ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos” (Hechos 17:31).

Cada uno juzgado según sus obras

Recuérdese que “*cada uno*” será juzgado “según *sus* obras”. La solemne sesión del juicio en Apocalipsis 20, no será un acto indiscriminado. Que nadie vaya a suponer esto. Hay “*libros*” –o rollos, registros–. “Cada uno” será juzgado. ¿Cómo? “Según *sus* obras”. Nada podría ser más preciso y específico. Cada uno tiene sus propios pecados, y por ellos será juzgado y castigado eternamente. Ya sabemos que muchos mantienen la idea de que la gente solo será juzgada por haber rechazado el Evangelio. Es un fatal error. La Escritura enseña directamente lo contrario. Ella declara que la gente será juzgada *según sus obras*. ¿Qué significa que unos recibirán “muchos azotes” y que otro será “azotado poco” en Lucas 12:47-48? ¿Cuál es la fuerza de las palabras “más tolerable” para unos que para otros en Mateo 11:22, 24? ¿No nos enseñan claramente que habrá una diferencia en los grados de juicio y de castigo? ¿No nos enseña claramente el apóstol en Efesios 5 y Colosenses 3, que la ira de Dios viene sobre los hijos de desobediencia (o incredulidad) “a causa de” ciertos pecados contra los cuales advierte solemnemente a los santos?

Por supuesto, el rechazo del Evangelio deja a la gente sobre el terreno del juicio, como la verdadera fe en el Evangelio deja al creyente fuera de ese terreno. Pero el juicio, en todos los casos, será según las obras de cada uno. ¿Hemos de suponer que un pobre e ignorante salvaje, que vivió y murió sumido en las tenebrosas sombras del paganismo, se hallará en el mismo “libro” o será castigado con la misma severidad que un hombre que vivió y murió rodeado de la plena luz del Evangelio y sus privilegios, pero que lo rechazó totalmente? Ni por un momento, mientras las palabras “más tolerable” estén en las páginas inspiradas. El salvaje será juzgado según sus obras, y el pecador bautizado también será juzgado según sus obras; pero seguramente será “más tolerable” para el primero que para el último. Dios sabe cómo tratar con la gente. Él puede distinguir, y declara que dará a “cada uno según sus obras”.

Querido lector, le rogamos que piense seriamente en este tema tan trascendental. Si no es convertido, piense en él con respecto a su vida. Y si es convertido, considérela en relación con los demás, como dice el apóstol:

“ Conociendo, pues, el temor [lit. *terror*] del Señor, persuadimos a los hombres
(2 Corintios 5:11).

Es imposible que alguien piense en el tremendo y espantoso hecho del juicio venidero y no se conmueva y advierta a sus semejantes. Creemos que es de suma importancia que las conciencias de los hombres sean tocadas por la solemne verdad del tribunal de Cristo. Que sean llevados a sentir la gravedad de tener que ver con Dios como Juez.

¿Ha sido el lector, quienquiera que sea, llevado a sentir esto? Si su alma ha sido sacudida por este tema tan trascendental; si, incluso ahora, se plantea la pregunta: «¿Qué debo hacer?», la respuesta es sencilla. El Evangelio declara que Aquel que pronto actuará como Juez, ahora es revelado como Justificador, como aquel que justifica al pecador más impío que cree en Jesús (véase Romanos 3:29). Esto cambia completamente el aspecto de las cosas. El pensamiento del tribunal del juicio no pierde ni una jota ni una tilde de su gravedad y solemnidad. Todo lo contrario. Permanece en toda su importancia y extensión. Pero el creyente lo ve desde un punto de vista totalmente diferente. En vez de verlo como un miembro culpable del primer Adán, lo contempla como un miembro justificado y aceptado del Segundo Adán. En vez de aguardar el tribunal como el lugar donde se ha de resolver la cuestión de su salvación o perdición eterna, lo ve como alguien que sabe que es hechura de Dios, y que nunca puede venir a juicio, porque fue puesto completamente fuera del terreno de la culpa, de la muerte y del juicio, y colocado, por la muerte y la resurrección de Cristo, sobre un terreno totalmente nuevo: el de la vida, la justicia y el favor sin nubes.

La incertidumbre de algunos creyentes

Es preciso tener en claro esta gran verdad fundamental. Muchos, incluso un gran número de hijos de Dios, tienen dudas en cuanto a ella, y por eso tienen miedo cuando piensan en el tribunal del juicio. Ellos no conocen a Dios como Justificador. Su fe no se ha apoderado de él como el que levantó de entre los muertos a Jesús, nuestro Señor. Miran a Cristo para evitar a Dios como Juez, de la misma manera que los israelitas miraban la sangre para evitar que el destructor entrara en sus casas y los hiriese (véase Éxodo 12). Por supuesto que esto es cierto y verdadero, dentro de sus limitaciones; pero está lejos de ser la verdad revelada en el Nuevo Testamento. Hay una diferencia enorme entre mantener lejos a Dios como Juez y Destructor, y verlo como un Salvador que justifica. Un israelita habría temido, sobre todo, que Dios entrara. ¿Por qué? Porque Dios pasaba por el país como un Destructor. Al cristiano, por el contrario, le complace estar en la presencia de Dios. ¿Por qué? Porque Él se ha revelado como un Justificador, al levantar de entre los muertos a Jesús nuestro Señor.

Hay tres formas de expresión empleadas por el inspirado apóstol en Romanos 3 y 4 que deben ser detenidamente examinadas. En Romanos 3:26, él habla de creer “en Jesús”. En Romanos 4:5, habla de creer “en aquel que justifica al impío”. Y en el versículo 24, habla de creer “en el que levantó de los muertos a Jesús, Señor nuestro”.

Ahora bien, no hay distinciones sin importancia en la Escritura; cuando vemos una distinción, debemos averiguar cuál es la diferencia. ¿Qué diferencia hay pues entre creer “en Jesús”, y creer “en el que levantó de los muertos a Jesús”? Creemos que es la siguiente. Muchas veces encontramos personas que realmente buscan a Jesús y creen en él, pero que en el fondo de sus corazones tienen como cierto temor de encontrarse con Dios. No es que duden de su salvación, o que no sean verdaderamente salvos. De ninguna manera. Son salvos, porque van a Cristo por la fe, y todo el que acude a él de esta manera, es salvo en Él con salvación eterna (compárese Isaías 45:17, 22). Todo esto es una bendita verdad pero todavía está latente en ellos un oculto temor o miedo a Dios y una aversión por la muerte. Saben que Jesús se muestra amigo de ellos, porque murió por ellos; pero no ven tan claramente la amistad de Dios tal como se halla manifestada en el acto de haber levantado a Jesús nuestro Señor de entre los muertos.

Por eso vemos a tantos hijos de Dios sumidos en la incertidumbre y en angustia y aflicción espiritual. Su fe aún no ha echado mano de Dios como el que levantó a Jesús nuestro Señor de entre los muertos. No están seguros de qué va a suceder con ellos. A veces son felices, por el poder de la nueva naturaleza, de la cual son ciertamente participantes (2 Pedro 1:4), y viven ocupados en Cristo. Pero otras veces se ven miserables, porque comienzan a fijar su atención en sí mismos, y no ven a Dios como su Justificador y como el que “condenó al pecado en la carne” (véase Romanos 8:3). Piensan en Dios como Juez, con quien todavía queda alguna cuestión que resolver. Sienten como si la mirada de Dios se fijara en el pecado que mora en ellos, y como si ellos, de algún modo u otro, tuvieran que arreglar este asunto con Dios.

Esto es lo que ocurre, estamos convencidos, con centenares de verdaderos hijos de Dios. Ellos no ven a Dios como el Condenador del pecado en Cristo en la cruz, y como el que justifica al pecador que cree en Cristo levantándose de entre los muertos. Ellos ven a Jesús en la cruz, para protegerlos de Dios como Juez, en vez de mirar a Dios como Justificador, al resucitar a Cristo de entre los muertos.

“ Jesús fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación
(Romanos 4:25).

Nuestros pecados están perdonados; el pecado que mora en nosotros, o la mala naturaleza, ha sido condenado y dejado a un lado. Ya no existe *para Dios*. Está en nosotros, pero Él nos ve solamente en un Cristo resucitado; y a nosotros se nos exhorta a *considerarnos* muertos (Romanos 6:11), y, por el poder del Espíritu de Dios, a hacer morir nuestros miembros (Romanos 8:13; Colosenses 3:5), a negar y someter la mala naturaleza que todavía mora en nosotros, y que morará hasta que pasemos de nuestra condición presente a nuestra nueva morada donde estaremos siempre con el Señor (véase 1 Tesalonicenses 4:17).

Esto lo aclara absolutamente todo. Ya hemos considerado el hecho de que “los que están en la carne no pueden agradar a Dios”; pero el creyente no está en la carne, aunque la carne está en él. Él está en el *cuerpo* y en la *tierra*, en cuanto al hecho de su existencia; pero no está en *la carne*, ni es del *mundo*, en cuanto al fundamento o principio de su posición. “Vosotros”, dice el Espíritu Santo, “no estáis en la carne sino en el Espíritu” (Romanos 8:9, LBLA). “Ellos”, dice nuestro bendito Señor, “no son del mundo, así como yo tampoco soy del mundo” (Juan 17:16, V. M.).

¡Qué alivio da esto a un corazón abatido por el sentimiento de pecado que mora en él, y que no sabe qué hacer con él! ¡Qué paz firme y qué sólido consuelo se apoderan de mi alma cuando veo a Dios condenar mi pecado en la cruz y justificarme en un Cristo resucitado! ¿Dónde están mis *pecados*? Han sido borrados. ¿Dónde está mi *pecado*? Ha sido condenado y dejado de lado. ¿Dónde estoy yo? Justificado y aceptado en un Cristo resucitado. Soy llevado a Dios sin dudas ni desconfianza. No me infunde temor el que me justifica. Confío en él, lo amo y lo adoro. Me regocijo en Dios, y me glorío en la esperanza de su gloria (véase Romanos 5:2).

De esta manera, hemos despejado en alguna medida el camino para que el creyente aborde el tema del tribunal de Cristo, según se nos muestra en el versículo 10 de nuestro capítulo, que citaremos entero a fin de que el lector tenga una vista completa del tema en el propio lenguaje de la inspiración: “Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos [más bien, *seamos manifestados*] ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo” (2 Corintios 5:10).

Ahora bien, no hay realmente ninguna dificultad ni nada que pueda causar perplejidad. Solo necesitamos mirar el asunto desde un punto de vista divino y con una mente simple para ver con claridad. Esto es cierto de cualquier tema contenido en la Palabra de Dios, y sobre todo del que ahora tratamos. No tenemos dudas de que la verdadera causa de la dificultad que tantos sienten con respecto al tribunal de Cristo es la ocupación con uno mismo. Por eso a menudo oímos pre-

guntas como la siguiente: «¿Es posible que todos nuestros pecados, nuestros fracasos, nuestras debilidades, nuestros caminos equivocados e insensatos, sean públicos para todos los que estén presentes en el tribunal de Cristo?».

Pues bien, en primer lugar, tenemos que hacer notar que la Escritura no dice nada de eso. El versículo citado, que contiene una exposición detallada de la importante verdad que nos ocupa, simplemente declara que

todos hemos de ser manifestados ante el tribunal de Cristo

“ (2 Corintios 5:10, V. M.).

Pero ¿cómo seremos manifestados? Ciertamente, *tal como somos*. Pero ¿cómo es eso? Como hechura de Dios, perfectamente justos, perfectamente santos y perfectamente aceptados en la Persona de aquel que está sentado en el tribunal y que “llevó él mismo en su cuerpo sobre el madero” todo el juicio que nosotros merecíamos, y puso fin definitivamente a todo el sistema o condición en que nos hallábamos. Todo lo que teníamos que soportar como pecadores, Cristo lo sufrió en nuestro lugar. Él llevó nuestros *pecados*; fue condenado por nuestro *pecado*. Ocupó nuestro lugar y cumplió todas las responsabilidades que nos incumben a nosotros como hombres que vivimos todavía en la carne, como miembros del primer hombre, estando en el terreno de la vieja creación. El propio Juez es nuestra justicia. Estamos en él. Todo lo que somos y tenemos se lo debemos a él y a su obra perfecta. Si nosotros, como pecadores, tuviésemos que enfrentar a Cristo como Juez, sería totalmente imposible escapar; pero como él es nuestra justicia, la condena es totalmente imposible. En fin, el caso es al revés. La muerte expiatoria y la resurrección triunfante de nuestro Sustituto Divino cambiaron todas las cosas, de modo que el efecto del tribunal de Cristo será el de revelar que no hay, ni puede haber, una sola mancha ni defecto en esa hechura de Dios que es el creyente, como lo declara la Escritura.

Pero entonces surge la pregunta: ¿De dónde viene ese miedo a que todas nuestras maldades sean descubiertas en el tribunal de Cristo? ¿No sabe él todo acerca de nosotros? ¿Tenemos más miedo de quedar expuestos a la mirada de los hombres y de los ángeles que a la mirada de nuestro bendito y adorable Señor? Si somos manifestados ante él, ¿qué importa por quién más somos conocidos? ¿Cuánto a Pedro y a David, y a muchos otros hombres de Dios, los afecta el hecho de que millones han leído la historia de sus pecados, y de que esa historia ha quedado impresa en las páginas inspiradas? ¿Acaso eso va a impedir que sus dedos rasguen las cuerdas del arpa de oro, o que echen sus coronas a los pies de Aquel cuya sangre preciosa ha borrado para siempre

todos sus pecados, y los llevó, sin mancha, a la plena luz del trono de Dios? Sin duda que no. ¿Por qué entonces debería perturbarnos el pensamiento de que seremos completamente manifestados ante el tribunal de Cristo? “El Juez de toda la tierra, ¿no ha de hacer lo que es justo?” (Génesis 18:25). ¿No podemos dejar todo con seguridad en manos de aquel que nos amó y nos lavó con su sangre? ¿No podemos confiar incondicionalmente en Aquel que nos amó con tanto amor? ¿Acaso el Señor nos delatará ante todos? ¿Hará o podrá hacer algo incompatible con el amor que lo llevó a dar su preciosa vida por nosotros? ¿Delatará la Cabeza al cuerpo o a alguno de sus miembros? ¿Delatará el Novio a la novia? Sí, en cierto sentido. Pero ¿cómo? Expondrá abiertamente, ante todas las criaturas inteligentes, que no hay mácula ni defecto, “mancha ni arruga ni cosa semejante”, que se vea en esa Iglesia a la que amó con un amor “que las muchas aguas no podrán apagar” (Cantares 8:7).

¡Ah, lector cristiano! ¿No se ve cómo esa cercanía al corazón de Cristo, así como el conocimiento de Su obra perfecta, despejan completamente las nieblas que envuelven el tema del tribunal? Si usted ha sido lavado de sus pecados con la sangre de Jesús, y amado por Dios como él ama a Jesús, ¿qué motivo tiene para temer el tribunal, o para retroceder a la idea de ser manifestado ante él? Ninguno en absoluto. Nada puede suceder allí que modifique nuestra posición ante Dios, que afecte nuestra relación con Dios, que enmiende o tache nuestro título u oscurezca nuestra perspectiva. Estamos plenamente persuadidos de que la luz del *tribunal* disipará muchas de las nubes que han oscurecido el *trono de la gracia*. Muchos, cuando hayan de estar de pie ante el tribunal, se preguntarán por qué alguna vez tuvieron temor de él. Entonces reconocerán su error y adorarán la gracia que ha sido mucho mejor que todos sus temores legalistas. Muchos de los que casi nunca fueron capaces de leer y gozar de su título aquí en la tierra, lo leerán allá y se regocijarán y asombrarán, amarán y adorarán. Entonces verán, en plena luz, qué pobres, débiles, superficiales e indignos pensamientos se habían ellos formado una vez del amor de Cristo y del verdadero carácter de Su obra. Entonces se darán cuenta de cuán tristemente propensos estuvieron siempre a medirlo a Él por ellos mismos, y a pensar y sentir como si Sus pensamientos y caminos fuesen como los de ellos. Todo esto será visto a la luz de aquel día, y entonces un estallido de alabanzas –de vibrantes aleluyas– brotará de muchos corazones que, cuando estuvieron aquí, fueron despojados de su paz y gozo por pensamientos legalistas e indignos de Dios y de su Cristo.

Pero, si bien es divinamente cierto que nada de lo que saldrá a luz en el tribunal de Cristo perturbará en absoluto la posición o relación del miembro más débil del cuerpo de Cristo, o de cualquier miembro de la familia de Dios, sin embargo la idea del tribunal es solemne e importante. Sí, en verdad; y nadie sentirá más su peso y solemnidad que aquellos que pueden mirar adelante con perfecta calma. Téngase muy presente que, para disfrutar de esta calma de espíritu, se necesitan indispensablemente dos cosas: Primero, debemos tener un título sin enmiendas ni tachaduras; y, en segundo lugar, nuestro estado moral y práctico debe ser sano. Toda la claridad evangélica que tengamos en cuanto a nuestro título, no nos servirá de nada a menos que andemos en integridad moral delante de Dios. No es admisible que un hombre *diga* que no tiene temor del tribunal de Cristo porque Cristo murió por él, al mismo tiempo que anda de una manera relajada, descuidada, desenfrenada. Es un terrible error. Es extremadamente alarmante encontrar personas capaces de ver en la claridad evangélica un pretexto para eludir la santa responsabilidad que recae sobre ellos como siervos de Cristo. ¿Hemos de hablar palabras ociosas porque sabemos que nunca vendremos a juicio? El solo pensarlo es un horror; sin embargo, podemos horrorizarnos ante tal pensamiento cuando se nos presenta en un lenguaje claro y, a la vez, por una mala aplicación de las doctrinas de la gracia, caer en la más culpable desidia y laxitud en cuanto a las demandas de la santidad.

Todo esto debe ser diligentemente evitado. La gracia que nos libró del juicio debe ejercer una influencia más poderosa en nuestros caminos que el temor a ese juicio. Y no solo eso, sino que debemos recordar que, si nosotros, *como pecadores*, hemos sido librados del juicio y de la ira, *como siervos*, debemos dar cuenta de nosotros mismos y de nuestros caminos. No se trata de estar expuestos aquí o allá a hombres, ángeles o demonios. No; “cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí” (Romanos 14:11-12). Esto es mucho más serio, importante e influyente que ser expuestos a la vista de cualquier criatura. “Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres; sabiendo que del Señor recibiréis la recompensa de la herencia, porque a Cristo el Señor servís. Mas el que hace injusticia, recibirá la injusticia que hiciere, porque no hay acepción de personas” (Colosenses 3:23-25).

Esto es muy grave y saludable. Puede que alguien pregunte: «¿Cuándo tendremos que dar cuenta a Dios? ¿Cuándo recibiremos por el mal que hayamos hecho?». No se nos dice, porque ese no es el tema aquí. El gran objetivo del Espíritu Santo en la porción citada es llevar a la conciencia a un santo ejercicio en la presencia de Dios y del Señor Jesucristo. Esto es algo bueno y muy necesario en un tiempo de fácil profesión como el presente, cuando se habla mucho de la gracia, de la

salvación gratuita, de la justificación sin obras, de nuestra posición en Cristo. ¿Necesitamos acaso debilitar la fuerza y el sentido de estas verdades? ¡Lejos de nosotros tal pensamiento! Al contrario, más bien tratamos, por todos los medios posibles, de llevar a las almas al conocimiento divino y al goce de estos privilegios tan preciosos. Pero no debemos olvidar el poder equilibrador de *la verdad*. Todo asunto tiene dos lados, y en las páginas del Nuevo Testamento encontramos las declaraciones más claras y completas de la gracia, al lado de las declaraciones más solemnes y escrutadoras acerca de nuestra responsabilidad. ¿Acaso estas últimas oscurecen las primeras? Sin duda que no. Tampoco las primeras deben debilitar las últimas. Cada una debe ocupar el lugar que le corresponde, y hay que permitir que ejerzan su influencia formativa sobre nuestro carácter y nuestros caminos.

Algunos que profesan ser cristianos tienen una gran aversión a palabras como «deber» y «responsabilidad»; pero notamos de un modo invariable que los que tienen el sentido más profundo de la gracia, tienen también, como consecuencia necesaria, el verdadero sentido del deber y de la responsabilidad. No conocemos ninguna excepción. Un corazón que está puesto bajo el santo influjo de la gracia divina, de seguro dará la bienvenida a toda alusión a las exigencias de la santidad. Solo los “vanos palabrerios” (Tito 1:10, V. M.), que hablan vanamente acerca de la gracia y la posición del creyente, protestan por el deber y la responsabilidad. Dios trata con realidades morales, espirituales. Él es verdadero con nosotros, y quiere que nosotros seamos verdaderos con él. Es verdadero en Su amor, y verdadero en su fidelidad; y quiere que seamos verdaderos en nuestra relación con él y en nuestra respuesta a sus santas exigencias. De nada sirve decir “Señor, Señor” (Lucas 6:46) si no guardamos sus mandamientos. Es una mera falsedad decir “Sí, señor, voy” (Mateo 21:30), si no vamos. Dios busca la obediencia de sus hijos.

Él es galardonador de los que le buscan

“ (Hebreos 11:6).

No perdamos de vista estas cosas, y recordemos que todo habrá de salir a luz ante el tribunal de Cristo. “Todos hemos de ser manifestados” allí. Esto es puro gozo para una mente verdaderamente recta. Si no nos gozamos sinceramente al pensar en el tribunal de Cristo, debe haber algo que anda mal en nosotros. O no tenemos afirmado “el corazón con la gracia” (Hebreos 13:9), o bien no andamos en el camino correcto. Si sabemos que somos justificados y aceptados ante Dios en Cristo, y si andamos en integridad moral en Su presencia, la idea del tribunal de Cristo no perturbará nuestros corazones. El apóstol pudo decir: “Hemos sido manifestados a Dios, y espero que hemos sido manifestados también a vuestras conciencias” (2 Corintios 5:11, V. M.).

¿Tenía Pablo miedo del tribunal? No. ¿Por qué? Porque sabía que, en cuanto a su persona, era aceptado en un Cristo resucitado, y, en cuanto a sus caminos, procuraba también, ya sea ausente o presente, serle agradable (2 Corintios 5:9). Así fue con este santo hombre de Dios y fiel siervo de Cristo. “Y por esto procuro tener siempre una conciencia sin ofensa ante Dios y ante los hombres” (Hechos 24:16). Pablo sabía que era aceptado *en* Cristo, y por lo tanto procuró serle agradable en todos sus caminos.

Estas dos cosas nunca se deben separar; y nunca estarán separadas en una mente divinamente enseñada y una conciencia divinamente ordenada. Deben estar perfectamente unidas en santo acuerdo y ejercer su poder formativo en el alma. Nuestro objetivo debe ser andar ahora a la luz del tribunal. Eso sería un sano regulador de nuestros caminos en muchos aspectos. No conducirá a un espíritu legalista. Imposible. ¿Tendremos un espíritu legalista cuando estemos de pie ante el tribunal de Cristo? Sin duda que no. Pues bien, ¿por qué entonces la idea del tribunal de Cristo debería ejercer una influencia legalista ahora? En realidad, nos tranquiliza –y no puede haber mayor gozo para un corazón honesto– saber que todo será claramente revelado, en la luz perfecta de aquel día solemne que se aproxima. Entonces veremos todo como Cristo lo ve, y lo juzgaremos como él lo juzga. Veremos toda nuestra vida pasada en este mundo desde el resplandor de la luz divina que emana del tribunal. Veremos los errores que hemos cometido, lo mal que hicimos esto o aquello, motivos mezclados, secretas intenciones, objetivos equivocados. Todo será visto entonces en la verdad y en la luz divinas. No se trata de ser expuestos al universo entero. Eso no debe preocuparnos. No puede afectar nuestra aceptación. No, brillaremos en toda la perfección de nuestra Cabeza resucitada y glorificada. El propio Juez es nuestra justicia. Estamos en él. Él es nuestro todo. ¿Qué nos puede hacer daño? Apareceremos allí como el fruto de su trabajo perfecto. Incluso estamos asociados con él en el juicio que ejerce sobre el mundo.

¿No basta esto para resolver toda cuestión? Sin duda. Pero aun así, debemos pensar en nuestro andar individual y servicio. Tengamos cuidado de no traer madera, heno y hojarasca a la luz del día venidero, porque si lo hacemos seguramente sufriremos pérdida, aunque seremos salvos así como por fuego (véase 1 Corintios 3:12-15). Debemos conducirnos ahora como aquellos que ya están en la luz, y cuyo único deseo es hacer lo que es agradable a nuestro adorable Señor, no por miedo al juicio, sino, como dice el poeta, bajo «la vasta influencia constrictiva» de su amor. “El amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos” (2 Corintios 5:14-15). Esta es la verdadera fuente motora en todo servicio cristiano.

No es el temor al juicio, sino el amor de Cristo que nos constriñe; y podemos decir, con la más plena seguridad, que nunca vamos a tener un sentimiento más profundo de ese amor que cuando estemos ante el tribunal de Cristo.

*Cuando este mundo haya pasado,
Y el resplandor de su sol haya cesado,
Cuando con Cristo en el cielo estemos
Y toda nuestra vida pasada miremos,
Entonces, Señor, antes no,
Sabré cuán deudor a tu amor soy.*

El ministerio de la reconciliación

Hay muchos otros puntos de interés y valor en este maravilloso capítulo; pero como ya debemos concluir este artículo, nos limitaremos a desarrollar, con la ayuda del Espíritu y de la forma más resumida posible, el tema específico de “El ministerio de la reconciliación”, hacia el cual dirigimos ahora la atención de nuestros lectores.

Lo presentaremos bajo los tres siguientes aspectos:

Primero: El *fundamento* del ministerio de la reconciliación

Segundo: Los *objetos* en relación con los cuales se ejerce

Tercero: Los *rasgos* que caracterizan este ministerio

1. El fundamento del ministerio de la reconciliación

En primer lugar, pues, consideremos el fundamento sobre el cual se apoya el ministerio de la reconciliación. Lo vemos en el último versículo de nuestro capítulo: “Al que no conoció pecado [Cristo], por nosotros [Dios] lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (1 Corintios 5:21).

Tenemos aquí, por una parte a Dios, por otra a Cristo, y por otra el pecado. Este último es simplemente la expresión de lo que somos por naturaleza. En “nosotros” no hay nada excepto “*el pecado*”, desde la coronilla de la cabeza hasta la planta de los pies; el hombre entero es pecado (Isaías 1:6). El principio del pecado impregna todo el sistema de la humanidad caída. La raíz, el tronco, las ramas, las hojas, la flor, el fruto, todo es pecado. No se trata solamente de que hayamos cometido pecados; en realidad *nacimos* en pecado (véase Salmo 51:5). Es verdad que cada uno de nosotros tiene sus pecados característicos. No solo que “*todos nosotros nos descarriamos*”, sino

que “*cada cual se apartó por su camino*” (Isaías 53:6). Cada uno siguió su propio camino particular de maldad y de locura. Y todo esto es fruto de lo que se llama “pecado”. La vida exterior del individuo es solo el flujo de la fuente –una rama del árbol–; la fuente es el pecado.

¿Y qué es el pecado? Es la acción de la voluntad en abierta oposición a Dios. Es buscar nuestro propio placer, hacer lo que nos gusta a nosotros. Esta es la raíz, la fuente del pecado. Cualquiera que sea la forma en que se manifieste, o el disfraz en que se esconda, ya sea grosero o más educado, el gran principio fundamental, el tronco original, es la *propia voluntad*, y eso es pecado. No hace falta entrar en detalles; solo deseamos que el lector tenga una percepción clara y definida de lo que es el pecado; y no solo esto, sino de que él es pecador por naturaleza. Cuando, por el poder del Espíritu Santo, el alma toma posesión de este grande y solemne hecho, solo puede hallar reposo permanente cuando se apodera de la verdad expuesta en 2 Corintios 5:21. La cuestión del pecado debe ser resuelta antes de que pueda haber un solo pensamiento acerca de la reconciliación. Dios nunca puede reconciliarse con el pecado. Pero el hombre caído era pecador por naturaleza y por sus actos. Las fuentes mismas de su ser se corrompieron y contaminaron, y Dios era santo, justo y verdadero. “*Tú eres de ojos demasiado puros para mirar el mal, ni puedes contemplar la iniquidad*” (Habacuc 1:13, V. M.). Por eso, entre Dios y la humanidad pecadora no puede haber reconciliación. Es cierto que Dios es bueno, misericordioso y compasivo. Pero también es santo; y la santidad y el pecado nunca pueden coexistir.

a) Cristo sufrió por los pecados solamente en la cruz

¿Qué debía hacerse? Oigamos la respuesta: Dios “hizo [a Cristo] pecado por nosotros” (2 Corintios 5:21, LBLA). Pero ¿dónde? Fijémonos bien en esto. ¿Dónde fue hecho Cristo pecado? ¿Lo fue en su nacimiento? ¿En el río Jordán? ¿En el huerto de Getsemaní? No; aunque, seguramente, en aquel huerto las sombras se extendían, las tinieblas se hacían más densas, la oscuridad se acentuaba. Pero ¿dónde y cuándo fue el Cordero precioso de Dios, santo y sin mancha, hecho pecado? *¡En la cruz, y solo allí!* Esta es una gran verdad fundamental –una verdad de vital importancia–, una verdad que el enemigo de Dios y de su Palabra procura oscurecer y hacer a un lado por todos los medios posibles. El diablo trata, de la manera más engañosa, de reemplazar la cruz. No le importa cómo logrará su objetivo. Se valdrá de cualquier cosa para quitar mérito a la gloria de la cruz, esa gran verdad central del cristianismo alrededor de la cual gira toda otra verdad, y sobre la cual descansa todo el edificio de la revelación divina como fundamento eterno.

Dios “lo hizo pecado”. Esta es la raíz de todo el asunto. Cristo fue hecho pecado por nosotros en la cruz. Murió y fue sepultado. El pecado fue condenado. Recibió el justo juicio de un Dios santo, quien no podía pasar por alto una simple jota o tilde de pecado. Él derramó su ira no atenuada sobre el pecado en la Persona de su Hijo, cuando ese Hijo fue “hecho pecado”. Es un serio error creer que Cristo llevó el juicio de Dios durante su vida, o que algo más podía resolver la cuestión del pecado excepto su muerte. Él puede haber sido hecho carne, haber vivido y trabajado en esta tierra, haber hecho incontables milagros, sanado enfermos, limpiado leprosos y resucitado muertos, puede haber orado, llorado y gemido; pero ninguna de estas cosas, ni todas ellas juntas, podían borrar una sola mancha de esta cosa tan terrible que es “el pecado”. Dios el Espíritu Santo declara que

sin derramamiento de sangre no se hace remisión



(Hebreos 9:22).

Ahora bien, si la vida santa y las labores que el Hijo de Dios llevó a cabo en su vida, sus oraciones, sus lágrimas y gemidos, no pudieron quitar de en medio el pecado, ¿cómo cree usted que su vida y sus trabajos, sus oraciones, sus lágrimas y gemidos, sus buenas obras, ritos, ordenanzas y ceremonias podrían alguna vez quitar de en medio el pecado? El hecho es que la vida de nuestro bendito Señor en este mundo solo mostró con mayor evidencia la culpabilidad del hombre. Esto colocó la piedra cimera sobre el edificio de su culpa, y, por tanto, dejó la cuestión del pecado sin resolver.

Pero esto no fue todo. Nuestro Señor mismo afirma en varias ocasiones la necesidad absoluta e indispensable de su muerte. “De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto” (Juan 12:24). “Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese” (Lucas 24:46). “¿Cómo entonces se cumplirían las Escrituras, de que es necesario que así se haga?” (Mateo 26:54). En una palabra, *la muerte* era el único sendero de vida, la única base de unión, el único fundamento de la reconciliación.

b) Cristo nos unió consigo por su resurrección, no por su encarnación

Todos los que afirman que la encarnación es la base de nuestra unión con Cristo, niegan sencillamente todas las verdades relacionadas con un Cristo muerto y resucitado. Puede que muchos no vean esto; pero Satanás sí lo ve, y sabe también qué efectos produce. Satanás sabe lo que está haciendo, y seguramente los siervos de Cristo deben saber lo que implica el error contra el cual queremos advertir a nuestros lectores.

El hecho es que el enemigo no quiere que las almas vean que en la muerte de Cristo se dictó sentencia contra la naturaleza humana caída y contra el mundo entero. Esto no sucedió en la encarnación. Un Cristo encarnado puso al hombre a prueba. Un Cristo muerto lleva al hombre a la muerte. Un Cristo resucitado une al creyente con Él. Cuando Cristo vino en carne, el hombre caído estaba todavía bajo prueba. Cuando Cristo murió en la cruz, el hombre caído fue totalmente condenado. Cuando Cristo resucitó de entre los muertos, se convirtió en la cabeza de una nueva raza. Y cada miembro de ella, vivificado por el Espíritu Santo, es visto por Dios como unido a Cristo, en la vida, la justicia y la misericordia. Es visto como muerto, como habiendo pasado por el juicio y como libre de toda condenación, como Cristo mismo. “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él”.

Ahora bien, resultará evidente a todo lector que se inclina ante la autoridad de la Escritura, que la encarnación no logró, ni podía lograr, esto. La encarnación no quitó de en medio el pecado. ¿Hará falta detenernos aquí a considerar las glorias del misterio de la encarnación? ¿Puede alguien pensar que restamos valor, o que manchamos la integridad de esta preciosa verdad fundamental, porque neguemos que quite de en medio el pecado, o que constituya la base de nuestra unión con Cristo? Esperemos que no. Que la encarnación era esencialmente necesaria para llevar a cabo la redención, es evidente a todos. Cristo tuvo que hacerse hombre para morir. “Sin derramamiento de sangre no hay remisión” (Hebreos 9:22, V. M.). Él tuvo que dar su carne por la vida del mundo (véase Juan 6:51). Pero esto solo demuestra la absoluta necesidad de la muerte. Fue el hecho de *dar* su carne, no de *tomarla*, lo que puso el fundamento de todo el edificio: la vida, el perdón, la paz, la justicia, la unión, la gloria, todo. Sin la muerte no hay, ni podía haber, absolutamente nada; pero a través de Su muerte lo tenemos todo.

La fuente y el fundamento de todo, no es un Cristo encarnado que da vida –vida comunicada a través de los sacramentos de la iglesia–, sino un Cristo crucificado y resucitado. Lo primero, para decirlo en términos sencillos, es la mentira engañosa de Satanás; lo segundo es la verdad preciosa de Dios. Lo primero forma los cimientos de todo el sistema de falso cristianismo que ahora prevalece alrededor de nosotros bajo distintos nombres; mientras que lo segundo es el fundamento del verdadero cristianismo, y de todos los consejos y propósitos de la Trinidad.

No podemos extendernos más en este tema. Se ha dicho lo suficiente para mostrar su conexión con nuestro tema particular: *El ministerio de la reconciliación*. Cuando leemos que Dios “hizo [a Cristo] pecado por nosotros”, debemos ver que esto se refiere nada menos que a la muerte de la cruz. “[Tú] me has puesto en el polvo de la muerte” (Salmo 22:15). ¡Qué expresión! ¿Quién puede

sondear la profundidad de estas palabras: «Tú», «yo» y la «muerte»? ¿Quién puede comprender la pregunta: “Dios mío, Dios mío ¿por qué me has desamparado?”? ¿Por qué un Dios santo y justo abandonó a su unigénito, a su Hijo amado y eterno? La respuesta contiene la sólida base de este maravilloso ministerio de la reconciliación: *Cristo fue hecho pecado*. No solo “llevó él mismo nuestros *pecados* en su propio cuerpo sobre el madero” (1 Pedro 2:24), sino que fue hecho pecado. Cargó con toda la cuestión del pecado.

Era el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo

“ (Juan 1:29).

De esta manera vindicó gloriosamente a Dios en el mismo escenario en el que había sido deshonrado. Lo glorificó en todo aquello por lo que su majestad había sido insultada. Se hizo cargo de todo: se colocó bajo el peso de toda la carga, y allanó el camino sobre el cual Dios podía sentar las bases de la nueva creación. Abrió las compuertas eternas que el pecado había cerrado, para que la corriente del amor divino pueda fluir, con toda su plenitud, a través del canal que solo su muerte expiatoria podía preparar. No había reconciliación posible mientras el pecado estuviese allí. Pero Cristo, que fue hecho pecado, murió y quitó de en medio el pecado para siempre, cambiando así completamente el fundamento y el carácter de las relaciones de Dios con el hombre y con el mundo.

Así pues, la muerte de Cristo, según hemos visto, es la única base de la reconciliación. Esta obra divina ha abierto el camino para poner a los hombres y las cosas en su correcta relación con Dios y sobre su propia base delante de él. Y este es el verdadero significado de la reconciliación. El pecado había alejado a los *hombres* de Dios, y había torcido completamente las *cosas*; por eso, tanto los hombres como las cosas tenían que ser reconciliados o rectificadas. La muerte de Cristo abrió el camino para esto.

c) Diferencia entre expiación y reconciliación

Es muy importante ver claramente la distinción entre «expiación» y «reconciliación» .

La palabra *expiación* o *propiciación*, aparece, en alguna de sus formas, seis veces en el Nuevo Testamento griego (léanse cuidadosamente los siguientes pasajes: Lucas 18:13; Romanos 3:25; Hebreos 2:17; 9:5; 1 Juan 2:2; 1 Juan 4:10). La palabra *reconciliación* aparece, en alguna de sus formas, trece veces en el Nuevo Testamento (véase Romanos 5:10-11; 11:15; 1 Corintios 7:11; 2 Corintios 5:18-20; Efesios 2:16; Colosenses 1:20-21).

Si el lector se toma la molestia de examinar y comparar estos pasajes, verá que la expiación y la reconciliación no son lo mismo, sino que la expiación es la base de la reconciliación. El pecado había hecho del hombre un enemigo y confundió las cosas. En Colosenses 1:20-22 leemos: “Y por medio de él reconciliar consigo todas las *cosas*, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz [este es el fundamento]. Y a vosotros también, que erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras, ahora *os ha reconciliado* en su cuerpo de carne, *por medio de la muerte*, para presentaros santos y sin mancha e irrepreensibles delante de él”. Aquí se presenta la muerte de Cristo como la base de la reconciliación, tanto de los hombres como de las cosas .

Ahora bien, esto nos lleva a otro punto de inmensa importancia. Se dice a veces que «la muerte de Cristo era necesaria para *reconciliar a Dios con el hombre*». Este es un error piadoso, que se produce por no prestar atención al lenguaje del Espíritu Santo y al significado claro de la palabra *reconciliar*. Dios nunca cambia, nunca salió de su posición normal y verdadera. Él permanece fiel. En él no hay, ni puede haber, perturbación, confusión ni alienación; por eso no podía haber necesidad de que se reconcilie con nosotros. Todo lo contrario. El hombre se había extraviado; él era el enemigo, y necesitaba ser reconciliado. Pero esto era totalmente imposible si no se acababa con el pecado; y eso solo podía hacerse mediante la *muerte*. En efecto, la muerte de Uno que, por ser hombre, podía morir, y por ser Dios, podía comunicar toda la dignidad, el valor y la gloria de su Persona divina al sacrificio expiatorio que ofreció.

Por tanto, la Escritura nunca habla de reconciliar a Dios con el hombre. No existe tal expresión de tapa a tapa del Nuevo Testamento. “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo [en su aspecto más amplio incluye a personas y cosas] no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados”. Y de nuevo:

“ Todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo
(2 Corintios 5:18-19).

En síntesis, Dios, en su infinita gracia y misericordia, nos trae de nuevo a él mediante la muerte expiatoria de Cristo. No solo nos coloca en nuestra posición original, o sobre la base del principio, o en la relación original, sino que, como era debido a la obra de Cristo, nos da mucho más de lo que habíamos perdido, y nos introduce en la maravillosa relación de hijos, y nos da un lugar en su presencia, en la justicia divina y eterna, y en la gracia infinita y agradable de su propio Hijo Jesucristo nuestro Señor.

¡Qué gracia más maravillosa! ¡Qué plan más asombroso y glorioso! ¡Qué ministerio! Pero ¿hemos de asombrarnos cuando pensamos en la muerte de Cristo como el fundamento de todo esto? Cuando recordamos que Cristo fue hecho pecado por nosotros, parece solo la contrapartida necesaria que “nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él”. Traer de nuevo a las personas y las cosas al terreno adámico o a la vieja creación, no habría sido el resultado adecuado de una obra como la que Cristo realizó. Esto nunca habría satisfecho en modo alguno el corazón de Dios, ya sea en cuanto a la gloria de Cristo o en cuanto a nuestra bendición. No habría dado una respuesta a esa omnipotente declaración que Cristo dirige en Juan 17:4-5: “Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese. *Ahora* pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese”. ¿Quién puede sondear la profundidad y el poder de estas palabras que cayeron en los oídos del Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo?

2. Los objetos del ministerio de la reconciliación

Pero no debemos extendernos más sobre esto, por mucho que quisiéramos hacerlo. Poco queda por decir en cuanto a los *objetos* del ministerio de la reconciliación, puesto que, hasta cierto punto, ya nos hemos referido a ellos al hablar de las *personas* y las *cosas*. Estos son los objetos que están incluidos en el vocablo “mundo”. “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al *mundo*”. Solo quisiéramos añadir que no hay una sola criatura bajo el cielo que pueda excluirse a sí misma del ámbito de aplicación de este precioso ministerio. Antes de que alguien pueda excluirse de la aplicación de toda esta gracia a sí mismo, debe probar que él no pertenece al mundo. Puesto que no puede hacerlo, debe ver que Dios le ruega que se reconcilie.

3. Los rasgos que caracterizan este ministerio

Esto nos lleva a considerar unos instantes los *rasgos* que caracterizan este glorioso ministerio.

a) La actitud de Dios

En primer lugar, notemos la actitud de Dios. Él ruega a los pecadores. ¡Qué pensamiento! Nuestro corazón no es capaz de concebir algo tan elevado. Lector, ¡piense por unos momentos en el Altísimo y Poderoso Dios, el Creador de los confines de la tierra –en Aquel que tiene el poder de destruir el alma y el cuerpo en el infierno–, que le ruega que sea amigo de él! No se trata de que usted le ruega a él y de que él lo oye a usted. Todo lo contrario. Él le ruega a usted. ¿Y qué le ruega? ¿Es para hacer algo o darle algo? No; simplemente le ruega que sea amigo de él porque él le ha ofrecido su amistad al precio de Su propio Hijo. Piénselo. Dios no escatimó a su propio Hijo

amado, sino que lo “quebrantó” (Isaías 53:5, V. M.) en su lugar. Él lo hizo pecado por usted. Juzgó el pecado de usted en la persona de Su Hijo, en la cruz, para poder reconciliarlo a usted. Y ahora le extiende sus brazos y le abre su corazón, y le ruega que se reconcilie con él, que sea amigo de él. ¡Qué gracia incomparable! Realmente nos parece como si el lenguaje humano solo tendiera a debilitar y empobrecer esta magnífica realidad.

Solo queremos añadir que la palabra «os» debilita enormemente la fuerza del versículo 20, por lo que no debería insertarse. Parece como si el apóstol rogara *a los santos* de Corinto que se reconcilien, pero él solo expresa las palabras y el estilo utilizados por los “embajadores” de Cristo adondequiera que fueran por todo el vasto mundo, el lenguaje con que debían dirigirse “a toda criatura debajo del cielo” (Colosenses 1:23, V. M.). No: «Haz esto o aquello» –«Da esto o aquello»–, ningún mandamiento, ninguna prohibición, sino simplemente: “Reconciliaos”.

b) No imputándoles sus transgresiones

Es consolador para un pobre corazón temeroso que siente el peso del pecado y de la culpa, saber que Dios no imputará, no tendrá en cuenta, ninguno de sus pecados. Este es otro rasgo precioso del ministerio de la reconciliación. “No tomándoles en cuenta [o no imputándoles] a los hombres sus pecados” (2 Corintios 5:19). Esto debe tranquilizar al corazón. Si Dios me dice que no tomará en cuenta ninguna de mis transgresiones, porque ya las imputó a Jesús en la cruz, bien puede esto tranquilizar mi espíritu y liberar mi corazón. Si creo que Dios quiere decir lo que dice, una paz perfecta debe ser mi porción. Por cierto que solo el Espíritu Santo puede hacer que disfrute del poder de esta gloriosa verdad. Pero lo que el Espíritu Santo me lleva a creer y en lo que me hace descansar, es en el hecho de que Dios –bendito sea su Nombre– no me imputa un solo pecado, porque ya lo ha imputado *todo* a Cristo.

c) Justicia de Dios en él

Esto nos conduce al tercer rasgo del ministerio de la reconciliación.

Si Dios no me imputará mis pecados, entonces ¿qué imputará? La justicia, la justicia de Dios. No podemos desarrollar aquí la naturaleza y el carácter de esta justicia, lo que dejaremos para otra ocasión si el Señor lo permite. Nos limitaremos a la declaración del texto: “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él”. ¡Gloriosísima verdad! Para el creyente, el pecado acabó para siempre. Cristo vive como nuestra continua justicia delante de Dios, y nosotros vivimos en él. En el libro de la justicia divina, no figura ninguna deuda pendiente. Pero tenemos un Cristo resucitado y glorificado en nuestro ha-

ber. Y no es esto todo. No solo nuestros pecados han sido borrados, nuestra deuda cancelada, nuestro viejo yo completamente ignorado; no solo somos hechos justicia de Dios en Jesús, sino que somos amados por Dios como Jesús es amado. Somos aceptos en él. Somos uno con él en todo lo que él es y tiene como Hombre resucitado, victorioso, ascendido y glorificado a la diestra de Dios. Por encima de esto, no es posible ir.

Pero debemos concluir ya este tratado, por mucho que nos resistamos a hacerlo. Lo hacemos conscientes de la debilidad y pobreza de cuanto hemos expuesto sobre este tema tan amplio y elevado. Pero dejamos todo en las manos del Señor. Él sabe todo sobre el tema y cómo tratarlo; sabe todo sobre el lector y el escritor de estas líneas. Encomendamos todo a Él, mientras hacemos un solemne llamado a los lectores que todavía no se han convertido. Permítanos recordarle que este ministerio glorioso muy pronto terminará. “El año aceptable”, “el día de salvación” (véase Lucas 4:19; 2 Corintios 6:2), pronto llegará a su fin. Pronto todos los embajadores serán llamados a casa y su misión se cerrará para siempre. La puerta de la misericordia pronto se cerrará, y “el día de venganza” (Isaías 61:2) amanecerá con terror e ira sobre un mundo que rechaza a Cristo. Permítanos suplicarle que huya de la ira venidera. Recuerde que Aquel que ahora le ruega que se reconcilie, pronunció estas terribles palabras: “Por cuanto llamé, y no quisisteis oír, extendí mi mano, y no hubo quien atendiese, sino que desechasteis todo consejo mío y mi reprensión no quisisteis, también yo me reiré en vuestra calamidad, y me burlaré cuando os viniere lo que teméis” (Proverbios 1:24-26). ¡Ojalá escape el lector de los indescriptibles horrores del día de la ira y el juicio!